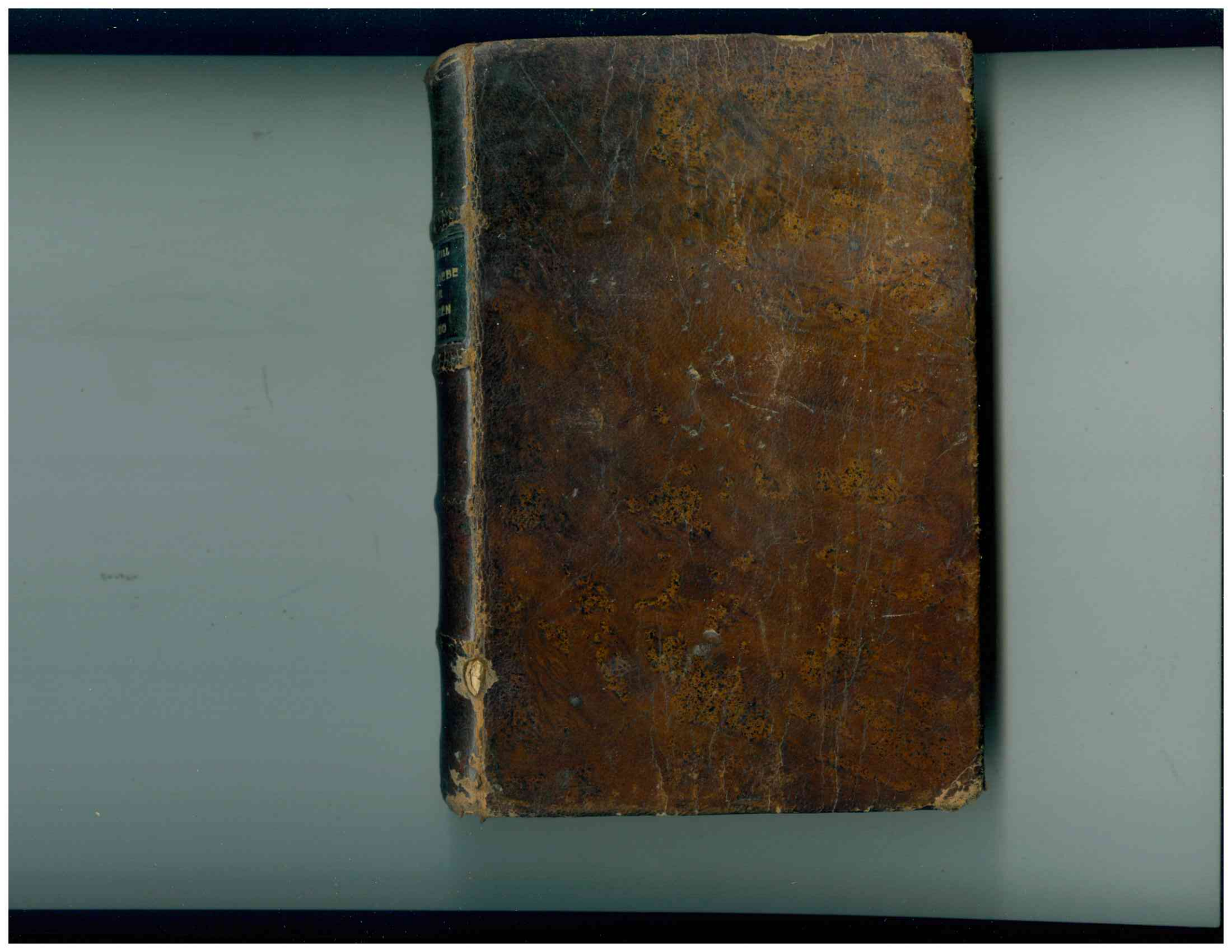

Sobre la Colección "Pureza y Verdad"

LIBRERIA MODERNA
JUAN B. LOPEZ O.
MANIZALES

Opiniones de la Prensa

Sobre la colección «Pureza y Verdad»

España y América, *revista de la Orden Agustiniana, número del 15 de octubre de 1908.*

No desconocemos el toque de atención dado por alguna de las publicaciones católicas de provincias, en el cual se previene á los lectores contra LO QUE HA DE SABER EL JOVEN y LO QUE HA DE SABER LA JOVEN, por ser éstos continuación de LO QUE HA DE SABER LA NIÑA y LO QUE HA DE SABER EL NIÑO. *Libros peligrosos* es el epígrafe del artículo que aparece en uno de los semanarios á que nos referimos, y si el articulista no incluye otro de igual naturaleza, LO QUE HA DE SABER LA RECIÉN CASADA, obedece, sin duda alguna, á que aún no había llegado á su poder, pero nada tiene de particular que desee colocarle al lado de los anteriores.

Estos antecedentes nos obligaron ¿á qué no decirlo? á mirar con marcada prevención todos los

volúmenes de que hasta ahora se compone Pureza y Verdad, aunque bien creo que no están suficientemente justificados semejantes prejuicios.

. . . . . .

Léanse todas estas obras con serenidad, trabajemos por expurgarlas de algunos inconvenientes y recójase lo muchísimo bueno y provechoso que nos suministran. Si no están del todo conformes con nuestro carácter, acomodémoslas á nuestra pedagogía.

⁂

Lo que debe saber el niño.

La Ciudad de Dios, *revista de los Padres Agustinos de El Escorial, n.° de 5 de julio de 1907.*

Stall enseña principalmente el procedimiento de que puede valerse una madre prudente, empezando por hablar al niño de la germinación de las plantas, de donde, por gradaciones sucesivas, puede pasar á revelarle el pavoroso problema. Hay con tal motivo en el libro observaciones y diálogos de extremada delicadeza y ternura. El procedimiento, en general, nos parece acertadísimo. Decimos en general, porque creemos que los mismos procedimientos necesitan acomodarse á las condiciones d

la raza y aun del individuo, sin lo cual pudieran resultar contraproducentes.—*P. C. M.*

El Perpetuo Socorro, *revista de los Padres Redentoristas, número de octubre de 1907.*

La materia no deja de ser muy difícil y escabrosa; con todo, el autor demuestra gran habilidad, desarrollando los temas que trata sin pervertir el corazón del niño. Más útil es todavía para las madres discretas y virtuosas, que aprenderán en Pureza y Verdad el arte de contestar á ciertas preguntas que les hacen los hijos, sin temor de ilustrarles demasiado pronto sobre lo que aún deben ignorar.

⁂

Lo que debe saber la niña.

España y América, *revista de la Orden Agustiniana, número de 15 de octubre de 1908.*

Por lo demás, el lenguaje es delicado, las lecciones están tomadas de la realidad, los consejos conformes en un todo á la higiene y á la moral cristiana.

. . . . . .

En este primer libro nada, sin embargo, se encuentra que se oponga de un modo explícito á la fe y á la moral.

❦❦❦

Lo que debe saber el joven.

Razón y Fe, *revista de los Padres de la Compañía de Jesús, número de diciembre de 1908.*

Opinamos, pues, que al joven ó adolescente, ante cuyos ojos se ofrecen ya con claridad aquellas dos sendas que decía la fábula se mostraron á Hércules, hay que armarle con muchas prevenciones acerca de lo que debe evitar y de lo que le conviene elegir.

. . . . . .

En esto, pues, convenimos con Stall, y hacemos nuestras las ideas del Sr. Manjón, que quiere se haga *escarmentar en cabeza ajena* al joven inexperto, señalándole con el dedo los abismos físicos y morales á que ha arrastrado el vicio sensual á aquellos que no supieron á tiempo precaverse contra él. También hemos de reconocer lealmente que en el libro de Stall hay hartas observaciones atinadas acerca de los perniciosos efectos de las malas lecturas, los malos pensamientos, las pinturas obscenas, el baile y el teatro,

el tabaco y el alcohol; observaciones que tienen tanta mayor fuerza para ciertos espíritus cuanto que no proceden de algún oscurantista clerical, sino de un *pastor protestante* y ciudadano de la libérrima república norteamericana.

España y América, *revista de la Orden Agustiniana, número de 15 de octubre de 1908.*

Ahora se pregunta: ¿Puede considerarse como peligroso el libro de S. Stall? ¿Reviste los caracteres de moralizador ó merece, por el contrario, las censuras que se le han dirigido?

. . . . . .

Vamos á emitir nuestro juicio con libertad absoluta. No estamos conformes con la estrechez de criterio, por mejor decir, con el dictamen quizá apriorístico de las publicaciones que estiman altamente peligroso el libro de Stall.

. . . . . .

Que cualquier confesor ó persona ilustrada qu viva en contacto con los jóvenes registre esta nueva obra, y verá cómo los hechos exceden, y con mucho, á la realidad del cuadro ó cuadros desoladores que dibuja el escritor yanqui.

. . . . . .

Constándonos, como nos consta, de lo que es la vida, de los grandes peligros á que se hallan expuestos nuestros jóvenes, de los alicientes que les inducen al mal, ¿por qué privarles del remedio que cure sus dolencias? Se lee mucho, se escribe mucho, se presenta al vicio en toda su desnudez. El libro de Stall sirve para señalar al joven los terribles estragos de cierto género de lecturas, á dónde le llevan las malas compañías, cuáles son los resultados de ciertos crímenes cometidos en el interior de su conciencia.

. . . . . .

Dejémonos de rigorismos, que á nada conducen; no se exageren los privilegios de la ignorancia, cuando ésta no traiga consigo otros resultados que os de encubrir el vicio.

. . . . . .

En resumen, juzgo sencillamente «que, no sólo no se halla en el libro nada contrario á la fe y á las costumbres, sino que lo creo altamente moralizador, al poner de manifiesto á los jóvenes las consecuencias funestísimas que se siguen de ciertos pecados, con los cuales, no sólo se ofende á Dios, sino que se arruina el organismo de los que los cometen». ¿Es libro peligroso? Quizás lo fuere para los jóvenes de que hemos hablado anteriormente, para los niños y otras personas sencillas; no para los confesores, ni para los padres discretos, ni para la juventud que lee, que estudia, que conoce los focos de inmoralidad, que siente y consiente en cierto género de pecados. A pesar de todo, la discreción es la que ha de regular su lectura.

El Perpetuo Socorro, *revista de los Padres Redentoristas, número de enero de 1907.*

Apenas se hallará, entre las personas que se interesan por los transcendentales problemas de la *educación moral*, quien no se haya enterado de la controversia suscitada por los libros norteamericanos LO QUE DEBE SABER EL NIÑO y LO QUE DEBE SABER LA NIÑA, de Silvano Stall y Mary Wood-Allen respectivamente.

. . . . . .

Mas á nadie se le oculta que es cuestión más arriesgada y resbaladiza determinar respecto á ciertos puntos *lo que puede saber* un niño que no *lo que puede saber* un joven; éste, en efecto, hállase en condiciones muy distintas de las de aquél. Por eso juzgamos exageración el tachar apriorísticamente de peligrosos estos libros.

La preparación para el combate de la vida, la pureza personal, la debilidad física, las enfermedades causadas por los desórdenes, el organismo

fisiológico, las relaciones, la elección de consorte, el matrimonio, obstáculos que conviene evitar para la felicidad de la vida, consejos útiles... tales son los temas desarrollados en LO QUE DEBE SABER EL JOVEN. . . . . .

❦❦❦

Lo que debe saber la joven.

Razón y Fe, *revista de los Padres de la Compañía de Jesús, número de diciembre de 1908.*

LO QUE DEBE SABER LA JOVEN es más bien libro de higiene que de moral. La parte primera trata exclusivamente de la salud: alimentos, respiración, sueño, ejercicio, etc., y de ellas nos agradan en particular los graves consejos que á las jóvenes se dan acerca de los absurdos modos de vestir que les inspiran su vanidad y la moda. El apretarse la cintura y embutir el cuerpo entre la armadura de ballenas del corsé llega hasta deformar las vísceras ó sacarlas de su natural asiento, con daño irreparable de la salud é inhabilidad futura para las funciones de la maternidad.

———

España y América, *revista de la Orden Agustiniana, número de 15 de octubre de 1908.*

Pero, en general, es un libro hermoso, utilísimo y hasta necesario, si se sabe leer con la discreción debida.

❦❦❦

Lo que debe saber la recién casada.

España y América, *revista de la Orden Agustiniana, número de 15 de octubre de 1908.*

LO QUE HA DE SABER LA RECIÉN CASADA es un estudio notabilísimo.

. . . . . .

De la moda se han originado abusos que no es posible corregir sin conocerlos. Véase, entre otros, lo que Mrs. Drake escribe del corsé, citando las palabras de Mrs. Ecob en su libro *La mujer bien vestida:* «La maldición del corsé hace más daño á las mujeres que la maldición de la bebida á los hombres... No puede uno fiarse de una mujer con corsé ni de un hombre con una copa de coñac en el cuerpo». Los daños que se originan del ta-

baco son también incalculables. El capítulo en que estudia el *aborto criminal* es una página de lo más hermoso, de lo más admirable, de lo más enérgico. Contra los que argumentan que no existe el crimen hasta que no existe la vida, contesta la escritora yanqui como contestaría el teólogo cristiano: «Pero es que en el momento mismo en que se verifica la concepción allí está la vida, y poco importa que el crimen se cometa seis horas, seis semanas ó seis meses después; su importancia es la misma».

La Ciudad de Dios, *revista de los Padres Agustinos de El Escorial, número de 5 de enero de 1909.*

Pertenece este libro á una serie cuya tendencia es moralizar é higienizar las relaciones sexuales, y en cuanto al procedimiento, á la escuela que, lejos de recomendar el silencio pudibundo, cree que es necesario enseñar, descubrir los secretos de la vida y de la generación para conducirla por los caminos de Dios.

. . . . . .

Hay una escuela, dijimos antes, que cree que el sistema de ocultación es pernicioso, y mucho más

es el engaño y la mentira que se emplean para ello; los niños y las niñas son curiosos naturalmente, y al ver que las personas mayores ocultan la respuesta y no satisfacen sus deseos, lo tratan de averiguar en el cuchicheo deshonesto y pecaminoso; y aprenden de los sucios vapores que desde la calle llegan, de otros camaradas libertinos, de criados sin conciencia, los secretos del nacimiento, y con el despertar de las pasiones propias y la conversación obscena tenida en las sombras, la lujuria entra en su alma y en su cuerpo, y la reciben con tanta más ansia y la saborean con tanto mayor deleite, cuanto que es para ellos fruta escondida, y así las nociones que alcanzan de esta materia las aprenden mezclándolas y manchándolas con el barro y las asquerosas heces del vicio deshonesto. Han aprendido por sí sólos cómo vienen á este mundo, saben ya el secreto, pero han aprendido suciamente lo que sólo debe saberse santamente. ¿Es posible que los que en esto sólo han visto un placer grosero y bestial lleguen á tratar de prepararse con seriedad y dignidad, con aquella alteza de miras que requiere, á los sagrados oficios de la paternidad y de la maternidad?

Tal es el pensamiento y el discurso que hacen los partidarios de este sistema: hacer mirar con veneración lo que es digno del más sagrado respeto, santificar lo que es santo, por medio de una edu-

cación también santa, es lo que se proponen. Sin embargo de tan noble aspiración, no á todos satisfacen los medios. Y no es porque ellos pongan en mano de los niños y de los jóvenes los libros que á este fin escriben, no; lo que hacen es enseñar á los padres cómo deben enseñar á los hijos.

. . . . . .

El espíritu altamente moral, religioso y cristiano que informa á todo el libro, cosa nuestra es, al Catolicismo pertenece, de nuestro Credo lo han tomado, y es bueno por lo tanto.—*L. Villalba.*

❦❦❦

Lo que debe saber la mujer á los cuarenta y cinco años, por Emma F. N. Drake.

España y América, *revista de la Orden Agustiniana, número del 15 de abril de 1909.*

Su último libro es continuación de los demás estudios destinados á proporcionar á la mujer remedios útiles, imprescindibles, que robustezcan su organismo é impidan los frecuentes trastornos á que se halla sometida en los diversos cambios fisiológicos que en ella se operan.

. . . . . .

De todo esto es fácil deducir lo que es el libro, su finalidad, su importancia: un conjunto de reglas y preceptos que ha de seguir la mujer en el período de transición, en el paso de una edad á otra, al cumplir los cuarenta y cinco años, donde generalmente experimenta los fenómenos de la menopausia. Madama Drake es una escritora cuyos estudios tienen el mérito especialísimo de estar tomados de la vida práctica; conoce lo que es la mujer por su constitución, por su naturaleza, por sus inclinaciones, por sus caprichos, y trata de perfeccionarla, mejor dicho, de señalarle normas fijas á que debe atenerse para la conservación y el más perfecto desarrollo de todas sus energías, que son muchas.

. . . . . .

De su lectura se deduce con gran precisión lo que debe saber la mujer á los cuarenta y cinco años

. . . . . .

SYLVANUS STALL

PUREZA Y VERDAD

Lo que debe saber el recién casado

TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL INGLÉS

POR

SEVERINO AZNAR

MADRID
CASA EDITORIAL BAILLY-BAILLIERE
OFICINAS Y TALLERES: Núñez de Balboa, 21.
VENTA AL POR MENOR: Plaza de Santa Ana, núm. 11.

DEDICADO

Á LA SANTIDAD DEL HOGAR,

Á LA PUREZA Y FELICIDAD DE LOS ESPOSOS

Y Á LA SALUD MORAL Y FÍSICA

DE SUS HIJOS

PRÓLOGO

Al abordar este tema no desconozco sus dificultades. Si sólo en ellas hubiera pensado, mi pluma no hubiera trazado el primer rasgo. Pero he pensado también en los gritos de angustia que por doquier se escuchan y en las perturbaciones que origina la ignorancia general sobre tan vital problema. Conocía la importancia de estas materias, capitalísimas para nuestra vida física, de relaciones tan íntimas con la condición, carácter y destino del individuo, tan fundamentales para la sociedad. No ignoraba la transcendencia de tener una idea clara de las leyes que gobiernan el cuerpo ni el grave peligro á que se expone el hombre honrado y puro que pide á libros información y consejo sobre materia tan vidriosa, pues más que los que podrían darle

segura orientación abundan los libros canallas, estimulantes de la pobre y vil lujuria, y un profundo sentimiento de todo esto me ha hecho creer que faltaría á mi deber para con la humanidad y para con Dios si me dejaba intimidar por la dificultad de la empresa. En nombre de la honestidad, de una auténtica honestidad, ¿debería callar y no dar una voz amiga, denunciadora del peligro, ni aun guardando al pudor los respetos más santos?

Para muchos el matrimonio no es la fuente de bendición y de felicidad que con él quiso Dios dar al hombre. Millares y millares sólo encuentran en él la desgracia porque desconocen su naturaleza y los fines para que Dios lo instituyó. Su experiencia personal es á veces ruinosa y siempre dolorosísima. Cuando no se traduce en desastres físicos, quebrantos intelectuales y morales, abre en su alma heridas de cicatrización difícil. Su ignorancia les ha privado de las bendiciones y de la dicha que en el matrimonio hubiesen encontrado desde el principio. Y con ser tan tristes estas consecuencias, son más dolorosas las que por la ignorancia de los padres han de

soportar los hijos. Un ardiente deseo de contribuir á evitarlas es lo que ha puesto en mis manos la pluma para escribir este libro.

Sumamente reconocido á las observaciones que de todas partes recibo, ruego á todos los que se interesen por el culto á la santa pureza que continúen prestándome su cooperación. Y confiando en las bendiciones de Dios, cuyas direcciones con toda mi alma siempre busco, lanzo este libro. Que cumpla su misión.

PARTE PRIMERA

Que ha de saber un recién casado respecto á sí mismo.

CAPÍTULO PRIMERO

EL MATRIMONIO

El joven que se casa se encuentra desde ese momento en condiciones de vida completamente nuevas. Por espléndido y grande que haya sido su pasado, todavía su presente y su porvenir pueden abrirle nuevos horizontes y prometerle más positivas grandezas y más gozosas bendiciones. Dios ha querido que el amor glorificase en cierto modo la vida del marido y la mujer y que los introdujera en una noble esfera de pensamientos y de acciones. El amor transforma su vivir, le da más profundidad y amplitud, sobre ella tiende suave manto de rosas fragantes y es un manantial inagotable de sugestiones grandiosas. Antes de casarse, sólo de sí mismo parece que debía preocuparse; ya casado, echa sobre sus hombros nuevas responsabilidades. Ya

no vive sólo para sí, vive también para su mujer, para sus hijos, para sus descendientes, podría decirse que para su raza. Vive en sus hijos y cuando él muera esa vida aun perdura. Lo que hace decide de su suerte y de la suerte de los suyos. Y como el amor es la muerte del egoísmo, debe olvidarse de sí y buscar en la felicidad de otros la suya propia.

Toda su felicidad presente y futura puede depender de esto. Nosotros somos una resultante de influencias y de vidas anteriores, y lo que nosotros somos y hemos sido eso transmitiremos. Grave responsabilidad supone este hecho, pero la unión de dos almas en un matrimonio feliz es un medio poderoso y bendito para sortearla felizmente.

El instinto que lleva á la mujer y al hombre á contraer una unión feliz y santa es fuente abundantísima de aspiraciones nobilísimas, generosas y puras. Ese instinto no degrada, ennoblece la naturaleza humana.

Al despertar la vida reproductiva, cuando los campos se cubren de verdura y las flores de colores y fragancias, cuando los pájaros rompen en gorjeos y visten sus gracio-

sos plumajes, cuando los insectos aturden con sus ruidos y la tierra parece removerse, desperezarse y esponjarse, ¿qué es todo eso sino el concierto del amor, las mil voces con que la naturaleza lo canta en el silencio de los campos y de los bosques? A este instinto universal debe el hombre su pasión por lo bello en la naturaleza y en el arte, su gusto por todo lo que en la tierra ve de gracioso y amable. Porque es el amor un sentimiento que lo vivifica todo, que robustece las facultades, anima nuestras fuerzas, ennoblece y suaviza nuestro sér, desarrollando y enriqueciendo esta alma nuestra que sólo con otro amor, con el amor de Dios en la vida futura, ha de alcanzar todos sus desenvolvimientos, toda su exquisita perfección. Si estos sentimientos y emociones no fueran tan fuertes y poderosos, ningún hombre se atrevería á echar sobre sí los riesgos del matrimonio; riesgos y responsabilidades de variedad indefinida y que pueden provenir de causas tan distintas, de incompatibilidad de gustos y caracteres, de grandes diferencias en los cuerpos y en las almas cuyo acoplamiento se im-

pone. Lo mismo puede pensarse de la mujer sin injuriarla. Si hacia el otro sexo no se sintiera tan vigorosamente atraída por el sentimiento del amor, ¿cuál se atrevería á ser esposa y sobre todo á ser madre? Pues por muchos que sean los sufrimientos, privaciones y riesgos que en el matrimonio han de asediar al hombre, son mucho mayores las que ha de soportar la mujer. Sin el amor, ¿cómo se decidiría una mujer á consagrar su vida entera á un hombre, cómo se resignaría á los dolores y riesgos de la maternidad con la inquietante perspectiva de quedar en triste viudez, sola y abandonada é impotente muchas veces para educar á sus hijos?

Si el marido quiere gustar en el matrimonio las alegrías y bendiciones que Dios le ha prometido, no necesita sacrificar su naturaleza sexual, le basta subordinarla á la razón y al sentido moral, tener presentes los derechos de su mujer y respetarlos, conocer los deseos de su mujer y no contrariarlos sino por motivos razonables; procurarle, en fin, su bienestar y su dicha. Si no ve en el matrimonio más que un medio fácil, consagrado por la

ley, de poder satisfacer sus instintos sexuales, al desencanto va y grandes sufrimientos le esperan. Cuando sólo la pasión reina allí donde Dios ha querido que reinase el amor, la anarquía con todos sus horrores se desata en el pobre corazón y perturba airadamente el hogar y la vida; porque la lujuria puede alimentarse con placeres de bestia, pero incapacita para saborear las delicias y bendiciones que el cielo ha reservado á los que son puros y viven bajo la acción bienhechora de la razón y del amor.

Mostrar qué relaciones tiene el amor con el instinto; presentarlo como es, bello, grande y poderoso; desligarlo y arrancarlo de las bajezas y degradaciones que á su alrededor merodean; desarmar la sensualidad que usurpa su nombre y colocar sobre el trono que merece el amor santo, luminoso, puro, he aquí el fin de mis esfuerzos en este libro y lo que espero sea su justificación.

CAPÍTULO II

DIFERENCIAS ENTRE LOS SEXOS

Sería difícil é inútil determinar cuál es el sexo superior. Los dos son iguales, pero diferentes; los dos son superiores para el fin respectivo que Dios les asigna. Un día le presentaron al presidente Lincoln dos sombreros, obra maestra del arte de la sombrerería. Los sombrereros rivales querían saber el juicio de Lincoln y le preguntaron cuál era el mejor. Lincoln les dijo: «Señores, estos sombreros se sobrepujan mutuamente». La misma contestación podría darse del hombre y la mujer: los dos se sobrepujan mutuamente. El hombre es superior á la mujer en su esfera y en la suya la mujer es superior al hombre. Es digna de nuestra admiración y de nuestro estudio la sabiduría con que Dios ha preparado á cada sexo para el fin que tiene asignado.

Ninguno de los sexos es superior al otro. los dos son mitades de un todo, y comprenderemos mejor cuán necesaria es su unión para formar la unidad estudiando las diferencias que los caracterizan. En algunos puntos el hombre es inferior á la mujer; en otros, la mujer es inferior al hombre. En un matrimonio feliz, las divergencias se completan, haciendo posible esta unidad suprema en la que *dos* no forman más que *uno*. Examinemos algunas de estas divergencias.

En estructura, la mujer es inferior al hombre. En los Estados Unidos la talla media del hombre es 1,75 milímetros y su peso medio 72 kilos y medio; la talla media de la mujer es 1,60 milímetros y su peso 62 kilos y medio. El hombre normalmente desarrollado tiene anchos los hombros y estrechas las caderas; la mujer tiene anchas caderas, estrechos hombros y pecho desarrollado. En el hombre, la musculatura es visible y revela fuerza; en la mujer, los músculos se recubren de materias grasas y de tejidos celulares que rodean las formas y les dan su gracia y su belleza. El hombre tiene más fuerza muscular,

pero la mujer tiene más fuerzas para el sufrimiento. El esqueleto femenino es más pequeño y formado más delicadamente, son menos salientes los ángulos y las junturas más hábilmente disimuladas. El cráneo es más pequeño y más delgados los huesos, más corto el esternón y las clavículas más encorvadas. La voz del hombre es grave, gutural; la de la mujer más musical y suave; su cuello es más largo, su piel es más suave y más largos y finos sus cabellos.

Pero la diferencia mayor entre los esqueletos de ambos está en la pelvis. En el hombre, esta parte del esqueleto sirve únicamente para dar estabilidad al cuerpo y facilitar sus movimientos; en la mujer también, pero tiene además otro objeto muy importante. Desde las caderas, los huesos de la pelvis se inclinan hacia adelante para formar un reborde estrecho que se llama el arco pubiano. Y así está preparada la pelvis de la mujer para ser la primera cuna del niño y para ofrecerle en el momento oportuno su salida á la luz del mundo.

Mientras la mujer se ve dotada de aquellos

medios físicos que han de hacer más fáciles sus destinos — revelan su dependencia del hombre hasta su constitución anatómica, la forma de su cuerpo, la articulación de sus huesos, la contextura y forma de sus miembros,—Dios con igual sabiduría dotó al hombre para ser escudo y defensa de la mujer. Eso parece revelar la mayor audacia de su mirada, sus hombros más anchos, su más recia musculatura.

Y lo mismo sucede en su vida intelectual. Cada uno tiene las facultades que más necesarias han de serles para el género de vida particular á que están destinados. El hombre es más decidido, de más fuerza lógica; procede gradualmente, con método. La mujer procede instintivamente, por brincos; salta al fin, conoce más por intuición que por discurso. Aunque no es incapaz de deducciones lógicas, no es lo ordinario que se detenga á razonar y condensa su lógica en afirmaciones parecidas á ésta: «yo sé que es así», «estoy segura de tener razón». Pero los dos se completan hasta intelectualmente; aunque por caminos diferentes, llegan ambos á idénticas

conclusiones. Si uno de los sexos quisiera decretar su superioridad, se parecería al que siendo parte en un litigio se nombrara á sí mismo árbitro y resolviera el pleito en su favor.

El sistema nervioso de la mujer es más fino y delicado que el del hombre. Su gran impresionabilidad le da extraordinarias aptitudes para sentir intensamente toda suerte de emociones.

A veces no es placer para la mujer lo que es placer para el hombre; pero en el amor al hogar y á los hijos, en el dominio del arte, de la literatura, de la música y de la religión la mujer encuentra más interés, más deleite que el hombre.

Esta sensibilidad nerviosa la hace más apta y más expuesta al sufrimiento; pero como compensación le ha dado Dios también reserva de energías que el hombre desconoce, en virtud de las cuales soporta valientemente sufrimientos de que el hombre no tiene idea, especialmente los de la maternidad.

Y todavía hay entre los sexos otras diferencias menos perceptibles tal vez para el obser-

vador superficial, pero igualmente reales é importantes para los que intentan considerar la sabiduría insondable del Creador. Esa diferencia, diferencia de carácter y de temperamento, se sorprende al estudiar con microscopio las primeras manifestaciones de la vida, el esperma del padre y el óvulo de la madre. En la procreación de todo sér la madre contribuye con su óvulo, que se llama simiente en la planta y huevo en la especie animada. En los vegetales, la simiente se produce en el exterior de la planta; en los pájaros, verbi gracia, el huevo se produce en el interior del cuerpo de la hembra, del que es expulsado cuando tiene el tamaño normal para ser incubado, hasta que el nuevo sér que lleva dentro rompe la cáscara y sale á la luz. En las especies superiores, el huevo alcanza su madurez en un órgano del cuerpo de la madre que se llama ovario. En el ovario de la mujer se produce uno cada veintiocho días próximamente y del ovario pasa á la matriz. Es tan pequeño que se necesitarían doscientos cuarenta para formar una fila de dos centímetros y medio. El elemento fertilizante del macho se llama

espermatozoide y sólo es visible mediante el microscopio. Se mueven en un líquido segregado por los órganos reproductores del hombre, que se llama esperma.

El examen de estos dos elementos con que hombre y mujer contribuyen á la formación del nuevo sér nos revelará maravillosas diferencias.

Al pasar el óvulo del ovario á la matriz no se mueve por una fuerza intrínseca, es meramente pasiva, y si hace ese camino es merced á las contracciones del tubo, que pone en relación á aquellos órganos. Lo mismo que sucede con el alimento que si de la boca pasa al estómago es merced á las contracciones del esófago.

El espermatozoide no es así, no es pasivo. Parecido á un renacuajo, se mueve vigorosamente en el esperma como el renacuajo en el agua del estanque y no pierde su actividad dentro del cuerpo de la madre. Suben por la vagina y entran en la matriz y allí buscan ávidamente el óvulo. Si no lo hay, permanecen allí algunos días: se introducen en las trompas de Falopio, que conducen al ovario,

y allí van en persecución del óvulo. Son tan numerosos, que una gota de esperma contiene centenares; pero uno sólo de ellos basta para fertilizar el óvulo y hacerle capaz de producir un nuevo sér.

El óvulo es pasivo, el esperma activísimo. El doctor Napheys dice que «el esperma sometido durante cuatro días á una temperatura de cero grados y luego deshelado conserva espermatozoides tan activos como antes». En su interesante libro *La vida y el amor*, dice Margarita Warner Morley: «Con el microscopio se ve á los espermatozoides moverse constantemente alrededor del óvulo, hasta que uno de ellos, más afortunado, logra penetrar en su sustancia, no para perderse en ella, sino para formar una unión inexplicable, un nuevo sér que no será completamente igual ni á su padre ni á su madre, pero que se parecerá á los dos, pues cada célula habrá dado á esta nueva vida ciertos caracteres del sér de donde provienen».

Esta actividad del esperma se manifiesta también en el nacimiento del niño, pues los médicos dicen que el pulso del niño al nacer

marcha con doble ó triple celeridad que el de la niña.

Y esta misma superioridad de la actividad masculina se observa, en fin, en los tejidos del cuerpo del macho, no sólo en el hombre, sino en todas las criaturas. En el hombre, los tejidos tienen más tendencia al cambio que en la mujer. Esta es más tranquila, no sólo en su personalidad, sino en cada una de sus fibras.

Siendo el niño de vitalidad más acentuada, de mayor fuerza, de más robusta musculatura, parece que debiera resistir mejor que la niña los males de la infancia. Pues no es así. Autoridades médicas nos afirman que los nacimientos de niños son un 5 por 100 más numerosos que los de niñas, pero al cabo de cinco años ya hay más niñas que niños.

Y todavía es más extraño que siendo tan grandes los peligros, desgastes y sufrimientos á que la maternidad la expone, la mujer alcanza edades más provectas que el hombre.

La misma ley penal reconoce esta pasividad de la naturaleza femenina y la más intensa actividad del hombre al considerar como

criminal al hombre en los delitos contra las costumbres.

La opinión pública es más severa para las faltas de la mujer que para las del hombre, pero la ley descarga principalmente sus rigores sobre el hombre.

CAPÍTULO III

DIFERECIAS ENTRE LOS SEXOS

(Continuación).

Las diferencias de temperamento que hemos observado entre el hombre y la mujer manifiestan la sabiduría del Creador, y quien las observe atentamente pronto se dará cuenta de su gran conveniencia. Longfellow dice en su *Hiavatha:* «Lo que la cuerda es para el arco es la mujer para el hombre. Lo tiende, pero le obedece; lo arrastra, pero le sigue; nada son el uno sin el otro».

Se podría decir que la mujer, lo mismo en la familia que en la sociedad, es la fuerza centrípeta y el hombre la fuerza centrífuga. La mujer atrae al hombre, contrabalancea la tendencia del hombre á huir del centro y á producir el caos. La impetuosidad masculina tiende á alejarlo todo del centro, pero su in-

fluencia impide la permanencia en un solo punto que sería perjudicial, porque sería la inmovilidad. Y así la mujer mantiene la estabilidad de la vida, mientras el hombre impide el estancamiento. Las dos fuerzas reunidas restablecen el equilibrio y la armonía. Aunque de tendencias opuestas, son iguales en utilidad y en valor. Las dos son esenciales á la perfección, la una completa á la otra y la unidad perfecta sólo la unión de los sexos la asegura.

Esta influencia recíproca se observa en matrimonios que han vivido treinta ó cuarenta años en la mejor armonía. De año en año se van pareciendo más en sus palabras, en sus gustos, hasta en sus semblantes. Su manera de ver las cosas de la vida es tan análoga que hace pensar en una semejanza mental. Indudablemente que esta semejanza es debida á que han vivido la misma vida, respirado el mismo ambiente, á que se han nutrido de análoga alimentación, á que han tenido las mismas alegrías y las mismas penas, pero principalmente á la influencia que el uno ha ejercido sobre el otro y merced á la cual cada

uno ha renunciado á una parte de su personalidad y ha tomado algo de los rasgos físicos, intelectuales y morales del otro. Su unión tiende constantemente á la unidad.

También hay gran diferencia entre la religiosidad del hombre y la de la mujer. La mujer es más sensible á las enseñanzas y á las influencias religiosas y sigue con más docilidad los preceptos del divino Maestro.

Y esto es un bien. Sus obligaciones de esposa y de madre la tienen á veces durante semanas y meses alejada del templo; sin un profundo sentimiento religioso, ¿no podrían crear estas ausencias hábitos de indiferencia ó de olvido para las prácticas de la religión? Por otra parte, de ella depende principalmente la educación moral y religiosa de sus hijos; ¿qué sucedería si la mujer no fuera por naturaleza tan sensible al deber religioso, si no tuviera un profundo ó innato sentido moral? El ejemplo de las madres que no son así nos dan idea de lo que serían el hogar y la sociedad y el Estado si la mujer no tuviera propensión, en cierto modo innata, á adquirir las bellas cualidades de que estamos ha-

blando. Y por ellas lleva su influencia, no sólo á los hijos, sino también al marido. Es como el misionero natural de la familia.

Las diferencias intelectuales y morales que he observado entre el hombre y la mujer sirven para que se complementen mutuamente. Son tan esenciales al desenvolvimiento de su sér como las diferencias físicas y sexuales que los caracterizan lo son para la unión que funde á los dos esposos en un solo sér, en el hijo, engendrado de padre y nacido de madre.

Esta influencia recíproca y refleja de un sexo sobre el otro, que redunda en ventaja de los dos, se ve tan claramente como en la familia en la nación. Margarita Warner Morley desarrolla admirablemente este pensamiento en el libro que he citado, *La Vida y el Amor*. Dice así: «Entre los salvajes, la comunidad se aproxima en sus rasgos característicos al tipo masculino; como él, es egoísta, instable, variable. Como un rebaño de búfalos que anda errante en busca de pastos y del agua que sacie su sed, sin descanso en sus marchas, sin piedad para los enemigos que lo impiden el paso, la tribu salvaje no tiene de ordinario

domicilio fijo, hace vida nómada y si alguna vez fija su residencia vive en guerra frecuente con sus vecinos, exponiéndose á la destrucción ó al cautiverio. Esto es verdad de la comunidad considerada como un todo, como nación. Pero en su organización interior, sus rasgos característicos son esencialmente femeninos; sus costumbres son sencillas, estables, poco propensas al cambio. No crea, no inventa nada.

»En los pueblos civilizados sucede lo contrario; la nación, considerada como un todo, toma sus rasgos característicos del tipo femenino. Es estable y poco susceptible de cambios. No busca la guerra, prefiere la paz y cada vez es más tranquila y altruista.

»Mientras más se acentúan estas diferencias externas, en su organización interior todo es cambio; su tendencia espontánea le lleva hacia el tipo masculino. Inventos nuevos, innovaciones inesperadas cambian y renuevan el orden de cosas. La existencia de la nación se consolida, pero la del individuo parece necesitar una lucha ardiente. Las competencias son terribles; se acentúa la lucha entre el ca-

p tal y el trabajo, y el ejercicio de la energía individual se transforma en un esfuerzo intenso por el prestigio y los honores, por la riqueza y el poder. Así se desarrollan las más altas facultades del hombre.

»Y al aproximarse al tipo femenino la nación pierde los rasgos menos recomendables del tipo masculino, pierde sus angulosidades, se modifica mejorándose. No siente el gusto de la guerra, pero conserva el valor dándole más noble dirección. De la fusión de los rasgos característicos de ambos tipos resulta la armonía y el progreso».

Margarita Warner Morley añade: «Algunos de los cambios que se operan en la nación se reflejan también en los individuos que la componen. En el dominio intelectual y moral, la diferencia entre los sexos se atenúa. El egoísmo, la variabilidad, la actividad, rasgos típicos del sexo masculino, se suavizan, se atenúan, se modifican, se feminizan por decirlo así. En el tipo masculino superior, con los mejores rasgos del carácter masculino se funden los mejores del femenino. El instinto del combate, por ejemplo, se convierte

en valor moral; la tendencia á la variabilidad se traduce en desenvolvimiento intelectual; la instabilidad y la necesidad de movimiento se transforman en cualidades intelectuales más que físicas y su resultado es el invento, el descubrimiento, la innovación.

»Galante y valeroso, fuerte y tierno á la vez, de audacia inventiva y de paciencia inalterable, el tipo masculino superior debe su superioridad á la potencia transformadora de las cualidades femeninas que han iluminado sus caminos.

»Y del mismo modo encontramos en el tipo femenino superior los mejores rasgos del tipo masculino unidos á los mejores del tipo femenino. El altruismo, por ejemplo, es más ponderado porque lo enfrena la razón; la estabilidad ó la inercia se ha modificado para no poner al progreso barrera insalvable. Ha aumentado la necesidad de variar y su temperamento, por naturaleza negativo, se ha hecho más positivo y creador. El valor, el ingenio y un notable robustecimiento de las fuerzas cerebrales son como una conquista de la mujer civilizada. A medida que su es-

píritu sube, su dependencia del hombre baja. Llega á ser así su igual, su otra mitad, sin la cual su vida no tendría su anhelado complemento.

»Pero estas influencias y estos préstamos que mutuamente se hacen los sexos no significan en manera alguna que los dos vayan á confundirse, suprimiendo sus diferencias y con ellas la atracción sexual. Significan solamente que al desarrollar el hombre sus cualidades masculinas les añade un nuevo encanto, una gracia sutil, una belleza irresistible. Y al desarrollar la mujer sus cualidades femeninas, les añade una nueva fuerza, una simpatía más profunda y más amplia, una irradiación más poderosa, más noble belleza.

»El espíritu es un poderoso estimulante; por él se han unido los dos sexos en una unión intelectual, de la que han nacido un nuevo hombre y una nueva mujer; un hombre con sus cualidades masculinas dominantes desarrolladas y enriquecidas con nobilísimos rasgos femeninos; una nueva mujer cuyas cualidades femeninas más típicas han recibido un nuevo valor al adquirir la energía y la actividad que caracterizan al tipo masculino».

En armonía con lo que se dice en este capítulo, estudiemos rápidamente el temperamento sexual y las tendencias de los esposos. El carácter saliente de los dos sexos desde el principio hasta el fin de la vida está reflejado en el hecho que consignaba en el capítulo anterior. En él decía que el esperma del hombre era vigorosamente activo, mientras que era pasivo el óvulo de la mujer. La actividad en el hombre, la pasividad en la mujer. Este rasgo continúa hasta el fin y se comprueba en la mayor celeridad del pulso del niño al nacer, en su afición por los ejercicios violentos más tarde, en la actividad de su adolescencia, en su desenvolvimiento viril y en las relaciones conyugales.

Salvo raras excepciones, del hombre parte la invitación al cumplimiento de las relaciones sexuales. En general, la mujer es indiferente y á veces hostil á ellas. Y es esto una ventura, porque si la mujer tuviera la agresividad sexual del hombre, el uso excesivo del poder reproductor pondría á éste en peli-

gro, lo destruiría ó lo debilitaría tanto, que la raza degeneraría en pigmeos físicos, intelectuales y morales. Dios ha hecho de la pasividad de la mujer, la protección del marido y la bendición de sus hijos. La actividad sexual del marido contrarresta por otra parte la negligencia de la mujer, que también por excesiva podría ser perjudicial. Y así cada uno de los dos esposos aporta á las relaciones conyugales inclinaciones y tendencias que modifican las del otro en beneficio de ambos.

Si los maridos y las mujeres conocieran y comprobaran estos hechos y aceptaran sus recíprocas influencias, desaparecerían muchas discordias y habría muchos menos matrimonios mal avenidos.

Antes de terminar este capítulo no estará de más observar que los órganos de la reproducción en los dos sexos no se distinguen tanto como á primera vista parece. En rigor, los órganos externos del hombre corresponden exactamente á los órganos internos de la mujer; si se hacen internos, haciéndolos retroceder hacia dentro, resultan iguales. No son, pues, más que formas diferentes de un

mismo tipo de órganos. He aquí una observación curiosa, nueva revelación de la sabiduría del Creador: Si estos órganos, los que parecen diferenciar más al hombre de la mujer, no son más que uno solo y la diversidad de los mismos ha sido unidad en su origen y armonía después, ¿por qué no pensar lo mismo de todos los demás órganos, facultades y cualidades de los esposos?

CAPÍTULO IV

CUALIDADES ESENCIALES EN EL ESPOSO Y EN EL HOGAR

Antes de escribir sobre lo que un recién casado debe saber con relación á su mujer y á sus hijos, materias que expondré en la segunda y tercera parte, quiero decir algo sobre lo que debe saber con relación á sí mismo, pues su felicidad futura ha de depender tanto de la riqueza mental, física y moral que él aporte al matrimonio como de las cualidades de su compañera.

Si la mujer ha de encontrar agradable el hogar y hacer en él una vida feliz, tranquila y útil, es preciso que el marido sepa sacrificar sus gustos y hábitos personales, que haga una vida de familia y no de café y de casino, que sepa imponerse privaciones y que no ahorre esfuerzo y tiempo para asegurar el confort y la felicidad de su familia.

Hay millares de hogares sumidos en la desgracia y aun en la miseria sin más causa que la negligencia y el egoísmo del marido y la falta de consideraciones para con su mujer. Si quieres la felicidad de los tuyos, haz de tu hogar el centro de tus pensamientos y asocia á tus placeres á tu mujer y á tus hijos; si quieres que ellos vivan para tu felicidad, tienen también derecho á que tú vivas para la suya; un marido imprevisor, extravagante, egoísta, abandonado, puede hacer de la mujer mejor dotada por la naturaleza una esposa intemperante, una ama de casa descontentadiza y una madre negligente. En la mayor parte de los casos, la discordia en los matrimonios y la ruina por tanto de los hogares provienen de las bebidas, de la holgazanería, del mal carácter, de los hábitos brutales del marido, de la indolencia de la mujer, de la ausencia de sentimientos religiosos. Cumple con tu deber de padre y de esposo, y si tu hogar no es feliz, no serás el responsable.

En la mujer es más predominante y está más desarrollado el amor al hogar. Cultivando ese amor en ti mismo. vivirás con tu mujer en armonía de pensamientos y de gustos y todo contribuirá al bienestar de ambos. Encuentra gusto en adornar tu casa y en embellecerla por cuantos medios puedas; aunque sean modestos tus recursos, lo conseguirás poco á poco si lo deseas intensamente, y todo lo que en este sentido hagas aumentará su valor y le dará mayores atractivos, siendo así un nuevo nudo que te atará á tu mujer.

Es un interés común á los dos y procurándolo experimentaréis la felicidad que sienten esas parejas de pájaros que en primavera andan juntos construyendo y moldeando sus nidos para los hijitos que les han de nacer.

Acuérdate de cuando erais novios y continúa teniendo con tu mujer aquellas pequeñas atenciones que antes de casarte la hacían tan feliz. Si la descuidas y abandonas, ¿te podrá respetar y amar? En la época de enamoramiento que precedió al matrimonio, relegabas á muy segundo lugar el café, el casino y los amigos; la compañía de tu novia tenía para ti mayores atractivos; ¿por qué no hacer lo mismo después de casado? Tu hogar debe ser tu casino predilecto, y no debe haber

círculo ni cita que te aleje de tu mujer y de tu casa.

Hay esposos que frecuentan esos lugares porque el carácter insufrible de su mujer les hace la casa insoportable, y huyen de ella para buscar en otra parte la amistad y el refugio que en su hogar no encuentran. Pero esos casos son excepciones; en la generalidad de los casos la falta es del marido, y proviene de su despreocupación y con más frecuencia de su egoísmo.

Hace poco tiempo tuve necesidad de ir á casa de un mecánico para encargarle un trabajo urgente. Era tarde, entre ocho y nueve de la noche. Llamé; nadie me respondía. Por fin una mujer joven, pálida, fatigada, con un quinqué en una mano y un niño en la otra, me abrió la puerta. El marido no había vuelto aún de su trabajo y la pobre mujer me dijo que ignoraba dónde estaba, que tal vez lo encontraría en casa del guarnicionero, ó en el fielato, ó en la tienda de comestibles próxima. Aquel hombre tenía el hábito de pasar la noche fuera de su casa, dejando solos en ella á su mujer y á su hijo por fría indiferencia ó

sencillamente por egoísmo inconsciente. Desgraciadamente ese caso no es la excepción; son millares y millares los que hacen lo mismo, así en el campo como en la ciudad, lo mismo entre las clases del pueblo que en las más elevadas de la sociedad.

«Cuando yo me case, mi casa será mi casino.» Así decía un joven viajante de comercio, desencantado de lo que le acababa de suceder. Había hecho una visita á un amigo suyo casado. Tenía éste una linda casa, y el viajante, siempre en el ferrocarril y en la fonda, se había imaginado presenciar idílicas escenas de familia y gozar de aquellas sanas alegrías que él sólo había visto en sueños. No bien había saludado á su amigo, éste le dijo: «Vente conmigo, verás el nuevo local de nuestro casino; verás allí comodidades».

—Pero yo no he venido para eso—le contestó.—He venido para verte y ver á tu familia.

—Está muy bien, pero para todo habrá tiempo; ahora vámonos, pasaremos la noche con buenos amigos.

Resistir más hubiera sido una inconvenien-

cia y cedió. Pasaron las horas y sólo á media noche, cuando ya su amigo estaba algo más que alegre á causa de las copiosas libaciones, volvieron á casa.

A la mañana siguiente le dijo:

—¿Qué tal nuestro casino?

—Muy bien amueblados los salones.

—¿Pero no te has divertido allí?

—Pues que me lo preguntas, voy á contestarte francamente. Soy soltero y espero casarme pronto. Si mis negocios van bien como hasta ahora, pienso establecerme y tomar una casa cómoda y pasar en ella mis noches con mi mujer y con mis hijos si los tengo. Cuando tenga la idea de abandonar mi familia y mis asuntos, entonces creo que tu casino me será muy útil. Por el momento, estoy decidido á que mi propio hogar sea mi casino.

Y no es que crea que el hombre ha de estar siempre en casa, que no ha de salir nunca á buscar un poco de recreo, de distracción ó de sociedad. Todo eso puede ser necesario á su salud, á su bienestar y aun á su dicha. Pero ¿no lo es igualmente para la mujer? Si

quiere distracción, que la busque donde pueda llevar á su mujer y donde ella pueda participar de sus placeres. Y si los deberes de familia ó el cuidado de los hijos hacen imposible la salida de ambos á la vez, justo es que el marido comparta con la mujer lo mismo el tiempo consagrado al placer que el consagrado al deber. Si verdaderamente tiene desarrollado el amor paternal, más gozará quedándose en casa con sus hijos que saliendo en busca de placeres. El marido debe preocuparse de asegurar á su mujer alguna distracción, algún recreo ó placer. Le es esto tanto más necesario cuanto que su vida es más monótona. Sin esto, le es difícil la salud y el buen humor. Pero muchas de estas distracciones, no hay necesidad de buscarlas fuera de casa; se pueden encontrar en ella, y así las disfrutan los hijos y todos los de casa. Los buenos padres saben hacer esto muy bien y hacen compatible su cariño á los hijos con su necesidad de distracción. He aquí futilezas que merecen, sin embargo, la reflexión de los maridos prudentes. En cuanto á los que dejan pesar sobre la mujer todas las preocupaciones de la

casa, no estará de más que lean estos párrafos que tomo de un libro del doctor Isaac Farrar.

«Cuando terminái vuestro trabajo, ¿en qué disposición de ánimo entráis en casa? ¿Cómo tratáis á vuestra mujer? ¿No la encontráis con frecuencia fatigada, abrumada por el duro trabajo de todo el día? El cuidado de los hijos, la dirección de una criada incapaz absorbió tal vez todo su tiempo hasta el punto de no poder hacer su *toilette* ni prepararse para recibiros como deseáis. Si así es, no la tratéis con aspereza, habladle afectuosamente, abrazadla con ternura y decidle: No hagas caso, no te preocupes; es que hoy he venido demasiado pronto. Descansa mientras acuesto á Clara y Alfredo, y si Francisco pide sopa ya le diré á la criada lo que le ha de dar.

»Y procurad luego velar su sueño contra los ruidos que puedan turbarlo. Pensad en que sus ocupaciones son más mezquinas y enervantes que las vuestras. Una mujer tiene que ser á la vez señora para recibir visitas, sirvienta para cuidar á los hijos, ama de casa para dirigir los trabajos de la cocina, mientras que un hombre no tiene de ordinario más que un oficio ó una profesión.

»Por la noche, en las conversaciones íntimas que con ella tengáis, es una indelicadeza el hablarle con demasiada pesadez de lo difícil que es el ganar el dinero y de lo rápidamente que se gasta; acaso no le tengáis que dar sobre esto muchas lecciones. Si los gastos aumentan, antes de reñirla, acordaos de que también aumentó la familia. Y si vuestros hijos son traviesos, revoltosos, acaso mal criados, pensad en que no pueden ser ángeles, que los ángeles sólo están en el cielo.

»Cuando los hijos estén ya durmiendo y la casa tranquila, ¿estará bien que os hundáis en vuestro sillón y os aisléis para saborear vuestro periódico, leyéndolo en silencio como si nada tuviera que pudiera interesar á la mujer? Los periódicos leídos egoistamente por maridos despreocupados han puesto en peligro la normalidad de más de un hogar.

»¿Contáis á vuestra mujer anécdotas y cuentos que exciten su risa? ¿Le traéis flores? ¿Os esforzáis en ser amables con ella y en evitar su aburrimiento en las largas veladas

que pasáis en casa? ¿Os vestís para agradarla? Estoy tentado á ser más indulgente con su descuido en el vestir que con el vuestro, porque es muy posible que haya tenido más razones que vosotros para no preocuparse de su *toilette*. Tan agradables como le eran estas atenciones cuando tenía veinte ó veinticinco años y le prometíais amor y eterna fidelidad, le serán hoy á los cuarenta ó cincuenta, cansada y rendida de un trabajo que ha hecho pensando en vosotros y por vosotros. ¿Es que os habréis cansado de cumplir vuestra promesa?

»Vosotros diréis: Ya sabe mi mujer que la quiero y esto basta. Tal vez, pero seguramente preferirá que se lo probéis. Si los maridos tuvieran con sus mujeres más atenciones y trato más afectuoso, habría menos esposas descuidadas y de corazón cansado y desilusionado».

De la naturaleza de la mujer es el desear ser obsequiadas y ganadas por el afecto. Después, como antes de casarse, gustan de sentirse apreciadas y reclaman las mismas atenciones y las mismas ternuras. Ni aun el marido egoísta, que en el matrimonio no ha buscado más que su bienestar y la satisfacción de sus sentidos, debería descuidar esto. Pero desgraciado del hogar donde se tienen que fingir estos sentimientos y donde este ambiente de afectuosidad no existe ó es una ficción.

Puede suceder que observes en tu mujer síntomas de indiferencia ó de alejamiento espiritual; no la increpes, no la insultes, procura más bien reconquistar su afecto, como lo hiciste meses ó años antes al conquistar su amor. Es verdad que hay mujeres insoportables; concédeme, sin embargo, que son raras.

Hay muchos hombres que en el matrimonio llegan pronto al desencanto. No encuentran en él la felicidad que esperaban y se llaman á engaño. La explicación está en que tenían un concepto disparatado sobre la mujer y la familia. Pertenecen á esa clase de hombres que tienen de la mujer y de las relaciones conyugales las más viles ideas. Piensan que la mujer no tiene otros destinos que el placer del hombre, que la ley sanciona las pasiones más groseras. Esos hombres no tienen

sentido moral; hasta en la calle se dedica á veces á tender sus redes para hacer caer en ellas á jóvenes inocentes; no respetan la santidad del hogar conyugal y su huella se parece á la huella viscosa de una venenosa serpiente; no merecen ser considerados como hombres. Por gentil que sea su presencia, por muchas riquezas que posea, si tiene ideas tan viles sobre la mujer y sobre su papel en el matrimonio, no es digno de tener una compañera, porque es el deshonor de su madre, de sus hermanas si las tiene, de su sexo, de su Creador. Quien tenga esos sentimientos, aunque al principio del matrimonio pueda tenerlos ocultos ó durmientes, es casi inevitable que los mostrará en una ú otra forma y que den sus frutos de desventura.

La felicidad de más de un hogar se ha ido á pique en la primera lucha que ha sido preciso sostener para asegurar el predominio de la voluntad de uno de los cónyuges. Muchas veces he oído á mujeres jóvenes vanagloriarse de haber sostenido con sus maridos enérgicas disputas por motivos fútiles con el solo objeto de mostrarles que ellas no les reconocían «el derecho de mandarlas». Hay muchas á las que no les gusta la palabra «obedecer» que aparece en la liturgia del matrimonio y la sustituyen voluntariamente por la palabra «querer». Si tras de la palabra «obedecer» se ocultara un derecho de imperiosa dominación, aun estaría justificado el esfuerzo para suprimirla. Sin embargo, hay una gran dosis de verdad en aquella declaración de Napoleón que decía que prefería ver sus ejércitos mandados por un solo general malo á verlo mandado por dos buenos. La ejecución fiel de un plan da siempre mejores resultados que la de varios divergentes y opuestos.

En una alocución hecha en el primer Congreso nacional de madres celebrado en Washington, Hamilton Cushing, jefe del negociado etnológico del Gobierno, dió detalles muy interesantes sobre las costumbres de algunas tribus indias. Había muchas que reconocían la supremacía de la mujer en todo. Los hombres no pueden poseer sino por sus madres, hermanas ó esposas. En muchos matrimonios la mujer es reconocida como superior al hombre, pero la costumbre universal en los pue-

blos civilizados es el considerar al hombre como el jefe de la familia. Conviene, sin embargo, recordar que la Sagrada Escritura, que reconoce también esa superioridad del marido, no le da con ella una dominación imperiosa sobre la mujer. Debe ser jefe de la mujer, pero como Cristo lo es de su Iglesia, con tiernísimo amor y con toda clase de miramientos. Lo que la Sagrada Escritura dice á propósito del matrimonio es tan hermoso é importante, que vamos á reproducir aquí dos de sus principales pasajes. En su carta á los de Éfeso, cap. V, versículos del 22 al 33, dice San Pablo: «*Las mujeres estén sujetas á su marido como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer como Cristo es cobeza de la Iglesia, de la que él mismo es salvador como de su cuerpo. Y así como la Iglesia está sometida á Cristo, así lo estén las mujeres á sus maridos en todo.* VOSOTROS, MARIDOS, AMAD Á VUESTRAS MUJERES COMO CRISTO AMÓ TAMBIÉN Á LA IGLESIA Y SE ENTREGÓ Á SÍ MISMO POR ELLA, para santificarla y purificarla con el bautismo de agua por la palabra de vida. Para presentársela asimismo á la Iglesia gloriosa que no tenga mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que sea santa y sin mancilla. ASÍ TAMBIÉN DEBEN AMAR LOS MARIDOS Á SUS MUJERES COMO Á SUS PROPIOS CUERPOS. El que ama á su mujer á sí mismo ama. Porque nadie aborreció jamás á su carne, antes la mantiene y abriga, así como también Cristo á la Iglesia. Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto dejará el hombre á su padre y á su madre y se allegará á su mujer y serán dos en una carne. Este sacramento es grande; mas yo digo, en Cristo y en su Iglesia. Empero también vosotros, cada uno de por sí, AME Á SU MUJER COMO Á SÍ MISMO y la mujer reverencie á su marido».

La supremacía relativa del marido está claramente descrita en este pasaje. La mujer debe reconocer su autoridad como la Iglesia reconoce la autoridad de Cristo. Pero el marido debe ejercerla con el mismo espíritu que el hijo de Dios y con el mismo amor que le ha conducido al sacrificio de sí mismo, ya durante su vida, ya en su muerte, en el mis-

terio de la cruz, en la que se ofreció por la salvación y la felicidad de los creyentes que constituyen la Iglesia de Cristo.

Y véase ahora lo que dice San Pedro en su primera carta, cap. III, versículos del 1 al 7:

«Asimismo *las mujeres sean obedientes á sus maridos*, para que si algunos no creen por el medio de la predicación de la palabra, por trato de sus mujeres sean ganados sin la palabra, considerando vuestra santa vida que es en temor. No sea el adorno de éstas exterior ó cabellera rizada ó atavíos de oro ó gala de vestidos, sino la persona interior escondida en el corazón, en incorruptibilidad de un espíritu pacífico y modesto que es rico delante de Dios. Porque así también antiguamente se ataviaban las santas mujeres que esperaban en Dios, estando sujetas á sus propios maridos, como Sara obedecía á Abraham, llamándole Señor, de la cual sois hijas haciendo bien y no temiendo ninguna perturbación. Y LOS MARIDOS ASIMISMO COHABITANDO CON ELLAS CON PRUDENCIA Y DISCRECIÓN, TRATÁNDOLAS CON HONOR COMO VASO MUJERIL MÁS FLACO Y COMO HEREDERAS CON VOSOTROS EN LA

GRACIA DE LA VIDA PARA QUE NO HALLEN ESTORBO VUESTRAS ORACIONES».

Esta enseñanza es hermosísima y solemne. Es privilegio y honor en la mujer someterse á un esposo cristiano, amante y obsequioso; y aun cuando el marido no sea cristiano, sino «rebelde á la palabra», la mujer deberá seguir estas enseñanzas, á fin de que su conducta casta y reservada y el encanto indefinible de un espíritu dulce y apacible puedan ganarlo para Cristo.

El marido debe tener grandes miramientos para su mujer y acordarse de la naturaleza especial y de las funciones de sus órganos en la reproducción; á ello alude primero San Pedro, recordándole luego al esposo que su mujer es su coheredera en la gracia de la vida. En otros términos: Dios ha hecho al hombre y á la mujer herederos de su poder creador. Los maridos deben ser inteligentes y prudentes, procediendo con sus mujeres con toda discreción.

Inútil será advertir que el trabajo es esencial á la felicidad de la vida conyugal y hay sin embargo matrimonios semejantes á navíos

que flotan desamparados sobre las olas del mar, sin cargamento y sin objeto; estos naufragan en el escollo de la ociosidad. Mil caminos hay que conducen á este escollo, sólo uno hay para llevarlos sanos y salvos al puerto.

Al instituir la ley del trabajo, Dios ha conferido al hombre una gran bendición. El trabajo es necesario para conservar la salud, para equilibrar y disciplinar la naturaleza sexual; mantiene al espíritu en felices disposiciones y es indispensable para la felicidad del hogar y para la buena dirección de la vida.

Aunque en su juventud no haya sido laborioso, un marido no amará á su mujer y á sus hijos si no trabaja para subvenir á sus necesidades actuales y á las contingencias de su porvenir. De su energía, de sus fuerzas y de su inteligencia dependen no sólo el bienestar de los suyos, sino también sus destinos temporales y eternos. Que ese sea vuestro ideal. Todos los hombres no pueden amontonar riquezas, ni eso es necesario; pero hay muchas cosas procuradas por el trabajo que son más preciosas que el oro. Mientras que el trabajo

siempre es saludable, rara vez es una bendición la fortuna. Hay filosofía muy honda en esta declaración de un hombre rico: «He trabajado hasta los cuarenta años como un esclavo para hacer mi fortuna; la he guardado y vigilado después como un agente de policía, sin sacar de ella más recompensa que mi alojamiento, mi sustento y mis trajes. Una ambición noble, secundada por esfuerzos viriles, puede daros lo que no puede procurar la riqueza. Y descuidaría yo vuestros intereses más sagrados, y sería infiel para el que me ha inspirado el escribir estas páginas si no os hablara de lo que hay en vosotros de más santo y respetable, de lo que por precepto divino debe dominar sobre todo, es decir, de vuestra naturaleza moral.

Si quieres hacer feliz á tu esposa no la dejes sola en las luchas de la vida cristiana. Si ve que avanza sola en el camino que le conduce á sus eternos destinos, si no se ve acompañada de la persona á quien más ama, ha de sentir á la fuerza grandes amarguras. Y aun doblarás sus dificultades si con tu vida y con tu ejemplo desacreditas los san-

tos principios que sirven de norma á su vida. No te contentes con señalar á tus hijos el buen camino; sírveles de guía, yendo tu delante. No habrás cumplido con todo tu deber permitiendo que el Salvador venga á habitar en tu casa como huésped de tu mujer y de tus hijos. El quiere también salvarte á ti.

No basta que de cuando en cuando contribuyas al sostenimiento del culto, que envíes tus hijos al catecismo ó que asistas á los divinos oficios. Tu ausencia habitual les ha de entristecer, y el pensamiento de que después de haber hecho juntos y en compañía amorosa el camino de esta vida os podéis separar en la eternidad, ha de proyectar sombras sobre su existencia. Tu mujer y tus hijos no pueden ir al cielo por ti.

¿Cuál es tu deber en esta materia? Aun miradas las cosas de tejas abajo, sin pensar en el cielo, hacer vida cristiana es prenda de felicidad. Pero si las miras á través del prisma de la eternidad, tu deber es desear y procurar para tu mujer y para tus hijos las santas bendiciones del cielo, que una vida seriamente religiosa asegura. «La piedad, dice San

Pablo, es útil para todo, puesto que tiene las promesas, no sólo de la vida presente, sino también de la vida futura.» Te concedo de buen grado que no todos los cristianos son ricos ni todos los irreligiosos son pobres. En la misma Escritura encontrarás la razón de este fenómeno. Las riquezas de los impíos pueden ser debidas á las bendiciones de Dios, que se extienden sobre los hijos de los justos de generación en generación. Han podido tener padres ó antepasados piadosos. Puede suceder también que los bienes del malvado sean el premio que tiene reservado á hijos ó descendientes piadosos que han de venir después. Busca con ellos su salvación, porque Dios invita siempre al arrepentimiento. No olvides, sobre todo, que Dios ha dicho: Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura.

CAPÍTULO V

PÉRDIDAS FÍSICAS DE LA PROCREACIÓN

Antes de que un vapor salga del puerto con el cargamento de sus mercancías, de su equipaje y de sus pasajeros se debe examinar la brújula. La brújula señalará siempre al Norte, pero á veces la naturaleza del cargamento ó su mala colocación pueden desviar la aguja. Hay que corregir esta desviación, y para corregirla se reconoce la brújula y se busca la causa de la desviación si la hay. Puede ser muy insignificante y el viaje muy corto, y en ese caso parece que no habría que temer graves consecuencias; pero los intereses comprometidos son de tanta importancia, que no permiten ni esa pequeña exposición. Antes de emprender el viaje del matrimonio es también esencial para la pureza y la salvación de los que van á hacerlo y para el bienestar de los

hijos y descendientes el examinar cuidadosamente los principios porque se van á guiar el marido y la mujer. Les conviene corregir á tiempo las desviaciones y los errores, pues el naufragio de un buque es de menos importancia que el de las vidas humanas; que aquél es una pérdida material, pero en ésta están comprometidos á la vez sus destinos terrenales y sus destinos eternos.

De las caídas de los jóvenes esposos es en gran parte responsable la falta de sinceridad de las personas mayores al hablar de las relaciones sexuales. Es una materia de transcendencia para la vida, y, sin embargo, apenas se escribe y se habla de ella pura y prudentemente y hasta se la destierra de la conversación ordinaria. Este abandono por parte de las personas que hubieran podido dar luz y sana orientación acerca de ella sólo ha favorecido á la ignorancia y al error. Entre personas viciosas é impuras, la conversación sobre estas cosas es excesivamente corriente, y como no se populariza ó no abunda lo bueno, el consejo razonable, la dirección pura y elevada, los errores más disparatados pasan por

axiomas. Y esta es también la causa de que los jóvenes sin experiencia formen á veces opiniones tan exageradas y falsas acerca de todo lo que afecta á la relación de los sexos.

Para comprenderla mejor, es conveniente estudiarla en las plantas y en las formas inferiores de la vida animal. Las conclusiones que de este estudio saquemos nos ayudarán á comprender mejor lo que pasa en la especie humana.

Si vamos á un estanque é introducimos el dedo en el musgo verde que recubre su superficie, nos encontraremos con una de las formas vegetales más rudimentarias, con la espirogira. Hilos verdes innumerables, parecidos á cabellos, viven los unos al lado de los otros en estrecha proximidad, pero sin tocarse. Al microscopio se ve que cada uno de ellos está compuesto de células en forma de tubo y pegadas una á otra para formar un tallo como el de una caña de bambú, con sus correspondientes secciones.

En primavera, cuando esos hilos se acercan á la madurez y la naturaleza parece sentir un misterioso anhelo de renovación,

cada célula experimenta una atracción extraña é irrisistible hacia la célula vecina. Se aproximan, entran en contacto y nace un nuevo germen, pero ellas perecen. La simiente así fertilizada contiene la espirogira del año siguiente, pero su nacimiento ha costado la vida á la planta materna; ya no existen los hilos que vivían sobre la espuma verde. El nuevo germen cae al fondo del estanque y á través de las sequías del estío y de los hielos del invierno vivirá á seguro hasta la resurrección de la vida en la próxima primavera.

En formas más elevadas de la vida se comprueba también esta misma pérdida. En los peces, por ejemplo, el desgaste es enorme durante las semanas dedicadas á la reproducción. El exceso de vitalidad agranda ciertos órganos, agranda su tamaño, y todo en ellos parece alcanzar su perfección y su belleza. Pero esa actividad febril es mortal para los machos: millones de ellos mueren. Cuando un bacalao ha expulsado un millón ó más de huevos su cuerpo queda extenuado, pierde el apetito, cambia de color sus escamas, se hace irritable y se entrega á fieros combates con sus compañeros. En cuanto á los salmones, pocos sobreviven al esfuerzo fertilizante. Si la hembra dura más, es porque en el ejercicio de esas funciones fué más pasiva.

Y también en los insectos se dejan sentir las consecuencias de la reproducción. En algunas especies parece que el objeto y el coronamiento de la vida del macho es la fecundación, pues una vez realizada muere. Igualmente muere la hembra tan pronto como ha puesto sus huevos en lugar donde las larvas que salgan encuentren abrigo y alimento. En otras, la cópula se verifica en los aires y los órganos sexuales no se desarrollan sino para el corto momento de la transmisión de la vida y para el depósito del huevo en lugar seguro.

Este fenómeno se ve bien á las claras en una colmena de abejas. La utilidad del macho parece limitarse á esperar el momento en que la reina pueda recibir la semilla fecundante que ha de perpetuar la especie. Fuera de esto, es inútil y sin defensa. La reina que ha crecido en una celdilla especial, nutrida regia-

mente y cuidada con toda ternura, es la que preside los destinos de la república; sobre ella pesa la responsabilidad de la reproducción. Solo una vez deja la colmena, en compañía del macho y para su viaje nupcial. Cuando el viaje ha terminado y se siente fecundada, el macho ha cumplido su misión y sus días están contados. Si no muere de muerte natural, muere airadamente á manos de las obreras, que lo consideran ya como un ser inútil, como una carga insoportable.

Sólo una vez recibe el esperma la reina, pero lo conserva en un misterioso receptáculo preparado por el Creador durante meses y años. Así puede fertilizar á su capricho los huevos que va poniendo sin desgaste para su organismo. Para repararlo ó evitarlo, sus compañeras tienen un gran cuidado en reservarle abundantes y selectos alimentos.

En los pájaros no sigue la muerte al acto reproductor; las pérdidas que sufren son comparativamente pequeñas, pero se traducen en cambios bien perceptibles. El plumaje pierde su lustre, el canto es menos frecuente y armonioso, y aquella vida que en la estación del celo obtuvo su pleno desarrollo, declina y se apaga.

En las altas formas de la vida, la existencia es más prolongada, pero la descendencia es menos numerosa. El óvulo de la hembra y el espermatozoide del macho son microscópicos. El nuevo germen se conserva en el cuerpo de la madre hasta que ha alcanzado desarrollo suficiente para vivir con independencia. Es más largo el período de gestación y lo es también el de reproducción. Cuanto más se asciende en la escala de la vida, más débil y en condiciones de mayor dependencia nace el nuevo sér; por eso el hombre, que es el rey, es el más débil al nacer. Y todo á fin de disminuir el deseo y la fuerza de la inclinación sexual y de la potencia reproductora.

En el hombre no es la reproducción el precursor de su muerte, pero es un aviso preliminar y el esfuerzo que hace la naturaleza para impedir la extinción de la raza.

Este acto es más ó menos deprimente para el hombre, y su repetición demasiado frecuente es para la mujer desastrosa. Sin embargo, la reproducción es expresión de la plenitud

de la fuerza vital y el deseo de realizarla es normal y necesario; pero es indudable que la actividad del sistema reproductor lleva siempre consigo una disminución de fuerza para todo el organismo. Ningún hombre es tan fuerte en el período de actividad de su naturaleza sexual como en el período de reposo, adquirido por la edad ó por la continencia.

En las especies animales inferiores, el fuego de la pasión quema de una vez, agotando al macho y teniendo de ordinario fatales resultados para la hembra. En el hombre ese fuego quema igualmente en períodos de actividad muy variable, que pone en juego todas sus energías y que no podría sostener por mucho tiempo sin consecuencias desastrosas.

En las especies inferiores, el deseo sexual del macho se despierta en el momento en que la hembra ha llegado á poseer las condiciones necesarias para la reproducción. Terminado el acto de la reproducción, la pasión se extingue y ya no se ejercita la función reproductora durante semanas ó durante meses, hasta que la naturaleza vuelva á exigirla para

la perpetuación de la especie. Mientras que el período de fecundidad y de ovulación tiene en la hembra intervalos, la naturaleza sexual del macho está en más continuada actividad, á fin de que la unión sea fecunda cuando la hembra lo reclame. Pero esto no implica ninguna necesidad de ejercitar constantemente la función procreadora.

Ni para los célibes ni para los casados es perjudicial la estricta continencia; en cambio millares de matrimonios se pierden por el extremo opuesto. Derrochan sus fuerzas físicas, debilitan su inteligencia y comprometen su felicidad. Todos los que están familiarizados con el cuidado de las plantas saben que el mejor medio de conservar su frescura y su belleza es el limitar su reproducción; cuando se impide el fruto, de nuevo brota la flor. Quitadle á un lirio sus anteras y la flor durará algunas horas más. Lo mismo sucede con los insectos. Cuando se consigue que no gasten su esperma vivificante, se logra que vivan más que los que lo gastaron. Una mariposa ha vivido dos años en un invernadero; las que se reproducen sólo viven días.

En ciertos casos, los casados deben observar la continencia más estricta. La intoxicación ó la embriaguez total ó parcial es una razón de prudencia para que el marido ó la mujer nieguen á su cónyuge el débito conyugal. La concepción en ese estado produciría idiotas y epilépticos. Está demostrado.

Durante la enfermedad ó la convalecencia, la procreación no es sólo desastrosa para el individuo, sino para los hijos que nacen atacados de debilidad mental y de enfermedades físicas que no hay cuidados que puedan curar. Echar al mundo hijos que durante toda la vida han de arastrar como un grillete las consecuencias de la ligereza ó del egoísmo de los padres es un gran pecado.

En determinados casos, la abstención de los placeres conyugales es absolutamente necesaria. Las relaciones íntimas de la vida conyugal no hacen fácil esa continencia, pero no es tampoco completamente imposible. He conocido un caso en que á consecuencia de una vaginitis no podían tener lugar las relaciones sexuales sin un dolor intenso. Los cónyuges las suspendieron y acabaron por

suprimirlas por completo, manteniendo así la continencia durante veinte años.

Hay más matrimonios de los que se cree que guardan casi continencia absoluta, no permitiéndose relaciones sexuales sino para los efectos de la procreación. No es de precepto, pero ellos lo hacen y afirman que este proceder les asegura mayor fuerza, mejor salud y dicha más completa.

CAPÍTULO VI

MODERACIÓN MARITAL

El amor debe ser el fundamento del matrimonio y del hogar. Pero el amor tiene, como nuestro sér, dos naturalezas. Su parte espiritual es inmortal é inmutable, pero su parte material es susceptible de cambios y degradaciones. Aun más: el amor físico puede oscurecer, rebajar y matar al amor espiritual. En sus manifestaciones, el amor se parece á la planta, que tiene sus raíces en la tierra y sus flores al sol. El contacto de las raíces con la tierra es indispensable hasta para la producción de la flor, como la flor es indispensable para la reproducción de la planta.

El amor tiene sus raíces en esa ley inconsciente de nuestra naturaleza, que tiene por objeto la preservación y la perpetuidad de la

raza. Por eso el amor conduce al matrimonio y el matrimonio á la procreación, su consecuencia natural. Pero también tiene objetos más elevados. Enseña á responder por una parte al amor de Dios y por otra al amor de la humanidad. Da un objeto á la vida, desarrolla la inteligencia, despierta la imaginación y acrecienta la fuerza física. Cuando es puro y verdadero, une dos almas con lazos de ternura y de dicha que no se rompen, que los años aprietan, que se consolidan más á medida que la pasión se calma y se transforma.

Pero hay también una monstruosidad á la que se da el nombre de amor, y eso no es amor, sino lujuria. Eso no comunica vida ni belleza. Es como las plantas parásitas que no tienen sus raíces en la tierra, sino hundidas en la entraña de otra planta, á la que roban la savia de la vida asesinándola.

La cuestión de las relaciones conyugales es extremadamente delicada y compleja; necesitaría un volumen, no un capítulo. Pero aquí tengo que ceñirme á exponer las tres teorías principales que sobre el tema se han defendido y se defienden.

Pretende la primera que es esencial á la salud y al bienestar del hombre la satisfacción sexual ilimitada. Casado ó no, debe buscar á todo trance esa satisfacción. ¿Habrá que decir que semejante teoría no es digna siquiera de que las personas decentes y sensatas la tomen en consideración? Nació de la lujuria y es la ignorancia la que la ha amamantado. Es madre de la sensualidad y la autoridad de la ciencia médica la condena en absoluto.

La segunda teoría sostiene que en el matrimonio deben limitarse las relaciones conyugales á los fines de la procreación. Es el término opuesto de la anterior y tiene en su favor algunas razones de consideración. Si las personas casadas pueden guardar continencia seis meses ó un año, también podrán guardarla por más tiempo. Pero no parece esta la opinión más probable. Esta continencia exige un olvido de sí mismo y una disciplina personal inaccesible á la generalidad. Es muy de temer además que los que se hayan casado con la resolución de practicarla habrán cometido más de una infidelidad á sus principios.

La tercera teoría, aceptada por la mayoría de las personas competentes, honradas y religiosas, sostiene que nadie tiene el derecho de casarse con el propósito de eludir la paternidad, pero que no es la procreación el exclusivo objeto que Dios asignó al matrimonio. Las relaciones conyugales, aparte de los fines que en moral se especifican, son también un medio de manifestarse el marido y la mujer su mutuo amor, un medio de acrecentar esos sentimientos de ternura y afectuosidad que hacen del hogar la morada bendita y feliz que Dios quiso que fuese.

Los partidarios de esta teoría piensan que aunque fuese posible restringir las relaciones conyugales á los fines de la procreación, el esfuerzo necesario para vivir con arreglo á este principio ocasionaría en general el desasosiego y la desgracia del matrimonio.

No se puede negar que el gran objeto del matrimonio es la perpetuidad de la especie, y que los casados no se pueden sustraer á él sin grandes desórdenes físicos, morales, intelectuales y sociales. Pero tampoco se pueden olvidar otros factores importantes para la dicha y la posibilidad del matrimonio, y esos factores son el amor mutuo, la comodidad, la simpatía, el mutuo auxilio. Por eso no debe asignarse como único objeto al matrimonio el bien de la especie, sino también el bien del individuo; no sólo la perpetuidad de la raza, sino también el bienestar y la prolongación de la vida de los esposos. El doctor H. F. Pomeroy, dice en su libro *La Moral del matrimonio:* «Considerado fisiológicamente, el matrimonio no puede tener más que un objeto: fundar y mantener una familia; pero á ese fin conducen varios caminos sin sacrificar la individualidad del marido y la mujer y favoreciendo una tierna intimidad, sin la cual se tendría una unión puramente externa, que sería la falsificación del matrimonio. No se pueden dar reglas fijas sobre las relaciones conyugales, pero se puede asegurar que tienen importancia para la salud, la felicidad y la armonía de los esposos, y que pueden tenerlas hasta los que comprenden cuál es el objeto principal del matrimonio y no pueden realizarlo sino directamente, manteniéndose en los límites de la salud física y mental».

Personalmente yo acepto esta tercera teoría, sin desconocer las perplejidades que suscita. La primera es el peligro de las concepciones demasiado frecuentes. Para obviar esta dificultad, muchas personas recurren á medios criminales; otros emplean procedimientos que además de no ser seguros, minan la salud y el bienestar del marido ó la de la mujer ó la de ambos á la vez; otros, en fin, recurren á medios menos peligrosos, pero también inciertos y bordeando la ilicitud (¹). Renuncio á tratar este punto, que por ser tan escabroso es de temer que su discusión, en vez de corregir á los malos, sugiera á los bue-

(¹) El Traductor advierte de una vez para siempre que no se hace responsable de todas y cada una de las afirmaciones del Autor. Necesitaría atenuar algunas, explicar otras y tomarse, en fin, con el texto libertades que honradamente no puede. Ruega, sin embargo, á los censores de Stall que no olviden que éste no se ha propuesto escribir un tratado teológico moral para uso de iniciados en tecnicismos de escuela, sino un libro de vulgarización de ideas que cree útiles y elevadas y que se esfuerza en poner al alcance de todo el mundo.

nos deseos y curiosidades que siempre deben ser enfrenados.

Es lo cierto que no puede haber felicidad conyugal sin la moderación en las relaciones conyugales. Pero ¿en qué consiste la moderación? Es bien difícil definirla, porque lo que es moderación para el uno puede no serlo para el otro. Puede creer el marido que se mantiene dentro de los límites de la moderación, y ser verdad en abstracto ó en general, pero minar y destruir, sin embargo, la salud de su mujer ó al contrario. Ni el uno ni el otro pueden apreciar su moderación observándose aisladamente, sino viendo los efectos que se producen en los dos. El principio que deben tener presente los esposos que quieran ser moderados es enfrenar su concupiscencia cuando de ella se siga quebranto para la salud y para su sentido moral, someterse á una disciplina personal que haga posible para ellos lo que indudablemente no lo es para los que sin freno se entregan á las relaciones sexuales. La moral debe ser el gran principio regulador de esos actos y no deben echarse tampoco en olvido los consejos

de la prudencia ni despreciarse las observaciones de la educación. La necesidad sexual, como la de comer, debe ser también regulada por la inteligencia. Para regular nuestros sentidos tenemos leyes que ningún sér racional debe violar. El pretexto de que tenemos hambre no nos autoriza para tomar cualquier alimento; eso lo hace la bestia, pero de algo ha de servirle al hombre la razón. Y la razón nos aconseja que el alimento sea de buena calidad, que se tome convenientemente preparado y con los intervalos oportunos; nos dice también que debe ser presentado con limpieza, y nos invita á ennoblecer nuestra mesa practicando la generosidad, tomando en consideración los deseos y las conveniencias de los demás. Y si sabemos regular nuestro apetito como seres inteligentes, ¿por qué no hemos de regular también el ejercicio de la función reproductora? ¿Por qué hemos de ceder como los animales á todos nuestros instintos, despojándonos ó despojando de su pudor á nuestro cónyuge? ¿Por qué satisfacer todos nuestros deseos intemperantemente á costa del sér que más amamos en el mundo?

Que nuestra razón y nuestro sentido fiscalicen y dirijan el instinto sexual como dirigen los demás instintos.

En un capítulo titulado *Reglas que han de observar los casados ó castidad en el matrimonio*, da Jeremías Taylor el siguiente consejo: «En sus relaciones conyugales deben los esposos adaptarse al orden de la naturaleza y al plan divino. Es un mal marido el que trata á su mujer como á una prostituta, sin buscar en ella otra cosa que el placer. Aunque la necesidad sexual va acompañada, como la necesidad de comer ó beber, de un placer, debe tenerse presente que en él no se puede prescindir de ciertas consideraciones, tales, por ejemplo, como la de tener hijos, evitar la impureza, ayudar á soportar los cuidados y preocupaciones del hogar ó el mostrarse mutuo amor; todas esas consideraciones santifican el acto sexual».

Es prudente oir también la opinión de las mujeres. La señora E. B. Duffey, en su libro titulado *Lo que deben saber las mujeres*, dice así: «Se ve tentada una á pensar si muchos hombres son algo más que brutos en lo que

se refiere á las relaciones conyugales. Las mujeres no se quejan fácilmente de sus maridos en confidencias con otras mujeres. Cuando alguna se queja en un momento de abandono ó de ingenuidad, podemos estar seguros de que la brutalidad del marido ha sobrepasado toda medida. Que hay muchas mujeres que sufren de estas cosas, aunque en las demás relaciones sean amables con ellas sus maridos, de eso no hay ningún género de duda. Ni la fatiga, ni la repulsión, ni la enfermedad son razones bastante poderosas para verse libres algunas mujeres de los deseos sexuales de sus esposos. Es raro que la ley reconozca la violación como un crimen, y no garantice, sin embargo, á la mujer contra la brutalidad de su marido. No creo que la brutalidad del marido en las relaciones sexuales sea motivo legal de divorcio. Y sin embargo, se comprenderá sin esfuerzo que un hombre robusto, de violentos deseos sexuales y que no se imponga ninguna privación, puede hacer intolerable la vida á una mujer delicada y pura. Como el amor mutuo es la sanción divina del matrimonio, el placer mutuo es la sanción de las relaciones conyugales. El amor debe estar dispuesto á dar, lo mismo que á recibir y á negarse cuando es necesario. Si el marido es considerado, no es verosímil que la mujer sea impertinente».

Pero la cuestión que se plantea honrada y ansiosamente es ésta: «¿Cuándo se puede verificar el acto conyugal? ¿Con qué intervalos?» No hay posibilidad de contestar esta pregunta sin conocer la salud de los esposos. Hay hombres robustísimos, que no parecen tener nervios; hay otros, por el contrario, nerviosos, delicados, dispépticos. Mientras que algunos doctores lo limitan á una vez al mes, otros dan como lícito y saludable una frecuencia que tiene caracteres de orgía. En general se puede decir que un hombre de salud media y de fuerzas físicas é intelectuales ordinarias, no puede permitirse este acto más de una vez por semana sin correr el riesgo de hacer excesos tan perjudiciales para él como para su esposa.

Es el matrimonio el que debe fijar ese límite, y su felicidad física, intelectual y con-

yugal estará más garantizada pecando por defecto mejor que por exceso. Para ser prudente, no esperes á experimentar dolor á la espalda, laxitud, vértigos, nieblas en los ojos, zumbido en los oídos ó hinchamiento en los dedos. Estudia cuidadosamente tu estado físico al día siguiente del acto conyugal. Si te faltan las fuerzas física é intelectualmente, si estás excitado ó irritable, ó menos amable con tu mujer ó menos sociable, lo probable es que abusas y procede en consecuencia.

Y no debes limitar tus observaciones á ti mismo; debes observar también atentamente el estado físico y mental de tu mujer. Su salud te es tan preciosa como la tuya. Cuando te extralimitas, su salud se quebranta como a tuya. Alguien ha dicho: «Aun cuando no fuera más que por egoísmo, sería acto de prudencia ser moderado en las relaciones sexuales, porque sólo así es realmente un placer. Podemos saborear el néctar á nuestro capricho; la naturaleza nos pone la copa en las manos, pero se reserva el componer el brebaje. Si abusamos, mezcla en él primero agua, después hiel, luego un veneno mortal».

Los excesos sexuales son la forma más peligrosa de la intemperancia, porque degradan todo el sér, el cuerpo, la inteligencia, el alma. Los que se entregan á ellos, se embrutecen y se esclavizan. ¡Oh! eso lo hace ver la vida con bien clara evidencia.

Un marido que ama y respeta á su mujer, consultará sus deseos antes de satisfacer los propios. En toda la escala zoológica, la condición, el estado y los deseos de la hembra señalan el momento de la procreación; sólo la mujer está expuesta á ver sus deseos inatendidos, pisoteados sus derechos y no reconocida la posesión de su cuerpo. Cuando la mujer es de excelente salud y es amable y abnegada, no es de temer que sea con su marido ni demasiado dura ni excesivamente tolerante. Si se hicieran públicas las brutalidades y ofensas de que hacen víctimas á sus mujeres los maridos que no ponen freno á sus pasiones, los hombres y las mujeres de pureza y de virtud se levantarían y tomarían las armas para libertar á ese ejército de esclavas que sufren en silencio y sólo de la muerte esperan su liberación.

Si deseas verdaderamente ser sobrio y puro, evita los alimentos que estimulan la función sexual. Los huevos, las ostras, la mostaza y demás condimentos, úsalos con gran moderación. No des asilo en tu imaginación á imágenes obscenas, ni excites en tu alma malos pensamientos con espectáculos escandalosos; evita las malas posturas, no veles.

Se puede tener fácilmente moderación en las relaciones conyugales cuando los esposos no duermen en el mismo lecho: á veces será no sólo conveniente, sino necesario dormir en habitaciones separadas. La señora Duffey, que en esto es indiscutible autoridad, dice lo siguiente: «Si el marido no puede disciplinar su naturaleza sexual, es conveniente que los esposos duerman en cuartos separados, comunicados por una puerta, cuya llave esté en poder de la esposa».

El doctor Dio Lewis, en su libro sobre *La Castidad*, se expresa en estos términos: «Estos excesos son debidos en gran parte á nuestra costumbre de dormir en el mismo lecho. Es el medio más ingenioso para estimular é inflamar las pasiones carnales. No hay lecho demasiado grande para dos personas. Si las enamoradas supieran el riesgo que corren de perder el más precioso de sus bienes terrenales—el amor de su marido,—lucharían resueltamente por obtener la templanza en las relaciones conyugales, como lo hacen por mantener una abstención completa antes de la ceremonia nupcial. Y el mejor medio para esto, dos camas».

Muchos siguen la costumbre de dormir juntos, aun conociendo sus peligros, por miedo á que se les acuse ó se les crea poco enamorados. Pero algunas veces los mismos médicos, sin decir la causa, se ven en la necesidad de ordenar la separación de los esposos para obtener resultados que sin dejar de vivir juntos hubieran podido alcanzar sin más que ser más discretos y moderados, sin más que dormir separados.

Si uno de los esposos fuera propenso á las excitaciones sexuales, sería muy recomendable que no presenciara la *toilette* de su cónyuge en la mañana y en la noche, y que evitara también el contacto corporal, que dur-

miendo en la misma cama es enorme, pues se prolonga durante la tercera parte del día y, por consiguiente, del año y de la vida.

Tampoco deben descuidarse los problemas de higiene, la ventilación, la absorción de exhalaciones del cuerpo, que perjudica al más débil, y la fuerza vital y nerviosa, que cuando es diferente en cantidad y en calidad, aumenta la atracción física y la afección recíproca. Cuando las condiciones físicas son desiguales, cuando es grande la diferencia de edad, cuando uno de los dos tiene una enfermedad física que contamina la atmósfera, también está indicada la separación de camas y á veces la de habitaciones.

El cuidado de las fuerzas físicas tiene una gran importancia para las relaciones conyugales. Todas las formas de ejercicio al aire libre, la gimnasia, los deportes de todo género, los baños frecuentes seguidos de fricciones enérgicas, tienen una gran utilidad. Cuando se concentra el pensamiento sobre las relaciones sexuales, la sangre se retira del cerebro y de los músculos y el malestar es general. Es preciso dirigir los pensamientos en otra

dirección y mediante ejercicio enviar la sangre á todas las partes del cuerpo. Una fricción fuerte después del baño facilita esa libre circulación de la sangre y contribuye á mantener la salud y á conservar una perfecta y normal virilidad.

No necesita menos de esos ejercicios físicos la mujer; en general los descuida, pero el marido debe estimularla y procurar que los haga con toda la frecuencia posible.

Y al tener presentes todas estas advertencias, no sólo miráis por vosotros; desarrollándoos físicamente, trabajáis también por vuestros hijos. La debilidad física y mental de muchos niños es la consecuencia y el castigo de los errores de sus padres; errores que habrían podido evitar con un poco más de cultura y de buena voluntad.

Disciplinar la naturaleza sexual vale el esfuerzo que cuesta. Tener esa naturaleza fuerte y vigorosa no es una maldición. Dios no se ha engañado al dársela al hombre, pero quiere que esté sometida á la naturaleza moral, que es superior. El hombre que la enfrena y la domina es más viril, más noble,

mientras que el que cede á sus instintos desciende al nivel del bruto.

Si logras esa disciplina, la lucha con la pasión no deberá preocuparte con la gracia de Dios. Se modificará tu virilidad por el aquietamiento que se ha de producir con la edad en tus rebeldías sexuales y experimentarás una paz y una ponderación que se traducirá en mayor fuerza intelectual y moral, mediante la cual serás capaz de empresas y de trabajos que no hubieras podido realizar ni aun en la fuerza de tu juventud.

CAPÍTULO VII

DEFECTOS Y DEFORMIDADES

La entrada en un nuevo género de vida despierta á veces en los célibes preocupaciones que conviene disipar.

Al pensar en el matrimonio, muchos jóvenes pasan meses atormentándose á sí mismos con el temor de tener alguna incapacidad física que los inhabilite para el nuevo estado. En la mayoría de los casos esos temores son infundados, y en los casos excepcionales la incapacidad es más aparente que real. Cuando la juventud ha sido ordenada y casta, de mil casos apenas hay uno que presente serios impedimentos para el matrimonio.

Una alimentación insuficiente, el abandono en los ejercicios físicos, un trabajo excesivo, la disipación y las noches pasadas en vela producen naturalmente cierta debilidad se-

xual, y, temiendo ser impotentes, recurren á estimulantes ó á procedimientos peligrosos para probarse y curarse de la impotencia. Nada peor para el resultado que buscan. El medio que deben emplear es el buscar la causa de su debilidad y el hacer ejercicios físicos apropiados que restauren su salud, aumenten su resistencia y disipen sus temores. La debilidad física y la debilidad general, aumentada por la excitación nerviosa que acompaña á las primeras relaciones sexuales, ocasionan con frecuencia una pérdida de semen prematura que hace difícil la relación sexual. Pero esos inconvenientes no son más que temporales. Ese joven debe consultar á un médico inteligente y de conciencia. Pero si el médico le aconseja tomar estimulantes ó acudir á prostitutas, desconfíe de él y vaya á otro, porque el que da consejos semejantes, explotando la credulidad y la bolsa de su cliente, ninguna consideración merece ni debe ser contado entre los médicos cultos.

De todas esas preocupaciones puede librarse sin más que observar en las semanas que preceden al matrimonio las leyes de la higiene, haciendo mucho ejercicio al aire libre, haciendo gimnasia con pesas, desarrollando, en fin, sus fuerzas físicas.

Ni debe temer tampoco esas deficiencias en la joven que ha elegido por esposa si goza de buena salud y entre ambos no hay chocante desproporción. Las autoridades médicas aseguran que los obstáculos para la consumación del acto conyugal son mucho menos frecuentes en las mujeres que en los hombres. En éstos provienen principalmente de los pecados solitarios y sociales y especialmente de las enfermedades venéreas, todas las cuales producen efectos debilitantes sobre la función sexual.

El marido que observe rigurosamente las indicaciones contenidas en uno de los capítulos que vienen á continuación, sobre la manera de tratar á la esposa desde los primeros días del matrimonio, evitará todo peligro para el presente y para el porvenir. Pero si las ignora, puede hacerla desgraciada para toda su vida, violentando su pudor ó produciéndole quebrantos físicos. No debe pensar en sí únicamente, sino también en su mujer y en los

sufrimientos de que puede hacerla víctima. No puede haber pensamiento más amargo ni más doloroso que el de haber destruído sin quererlo ni saberlo la salud y la felicidad de la que hubiera podido ser la alegría de toda su vida.

En los libros de medicina que tratan del matrimonio, se reservan muchas páginas á las deformidades, á las monstruosidades de los hombres y de las mujeres; pero en un libro como éste, que se escribe para todos, no sólo para especialistas, no hay por qué hablar de esos casos, que después de todo son excepcionales. Si los mismos médicos los encuentran raras veces en su carrera profesional, sería necio hacer aquí apreciaciones inútiles. Si tuviera evidencia de incapacidad física, un buen médico sería su mejor y más útil consejero; pero que no olvide la advertencia que con tanta frecuencia repito en estos libros acerca de los médicos desaprensivos é inmorales.

En cuanto á las deformidades de la mujer, ya he dicho que son todavía más raras que en el hombre, pero esto mismo quiere decir que son posibles. Posible es una desviación

grave en la matriz, y la mujer que en ese estado se casa agrava su mal, retarda su curación y aun puede hacer su enfermedad incurable, haciendo de paso á su marido desgraciado. La mujer que se encuentra en este caso debe acudir al médico, prescindir del corsé, desarrollar sus fuerzas físicas y retardar el matrimonio hasta que haya recobrado la salud.

Las mujeres enfermas de la matriz se resisten á recurrir al médico, y esto no sólo las solteras, sino también las casadas. Conozco mujeres casadas que han sufrido durante muchos años enfermedades producidas por partos malos ó descuidados, que un buen tratamiento médico hubiera curado fácil y radicalmente. Esto es una imprudencia y no deben hacerlo.

Y digo lo mismo de cualquier indisposición que durante las primeras semanas de su vida conyugal experimente la joven esposa. No debe dar lugar á que una ligera enfermedad, que puede ser fácilmente curada, degenere en una fuente perenne de malestar, en una afección nerviosa ó en un motivo de alejamiento del marido. Que su pudor no la abstenga de recurrir á los cuidados del médico:

los especialistas que se ocupan de esas enfermedades tienen un gran hábito de ese género de consultas. Hablarle de su enfermedad con entera franqueza facilitará el remedio; no es esto incompatible con el nativo pudor de la mujer, perfume de su virtud.

Hoy que el número de doctores experimentados va creciendo, no es ya raro el caso de consultarles las jóvenes antes de casarse para adquirir seguridad de que no hay impedimento físico para su matrimonio. Esta consulta no puede ser en rigor censurada y generalizada; hecha con todo pudor y discreción, ahorraría muchas lágrimas y muchas desgracias. Las que sufren de la matriz, se detendrían á tiempo y se ahorrarían así los enormes sufrimientos y desencantos que las aguardan. Conocer la verdad amarga á tiempo, ¿no es un bien? Y en cuanto á las que fueran aptas completamente para el matrimonio, saberlo á ciencia cierta les daría una tranquilidad que valdría más de lo que les costara. Es una manera legítima y digna de enterarse de lo que tanto les interesa. Yo creo que es la única á que puede recurrir una mujer honrada.

CAPITULO VIII

PUREZA Y FIDELIDAD

La felicidad del individuo y de la familia depende con frecuencia de los pequeños acontecimientos de la vida conyugal y sobre ellos quiero llamar la atención de los maridos. Las observaciones de este capítulo podrán parecer á muchos excesivamente nimias y sin importancia, pero el no practicarlas puede ser la desgracia de un hogar y una fuente de sufrimiento para toda la familia.

En primer lugar cuidad de que no os huela el aliento. No tenéis derecho á manchar vuestro cuerpo ni á apestar vuestro aliento con el tabaco ó las bebidas. No lo tenéis á infestar el aire que ha de respirar vuestra mujer, como no lo tenéis á envenenar el agua que ha de beber ó el alimento que ha de comer. La ofensa que le inferís es proporcional al ma-

lestar que le ocasiona. El tabaco, por ejemplo, es un hábito egoísta y la justicia exigiría que entregarais á vuestra mujer una cantidad igual á la que en fumar gastáis. El tabaco es un vicio caro y además irrita y enerva. Si os observáis atentamente, veréis cómo el tabaco os hace más sensitivos, más irritables, más egoístas. Y es lo peor, que puede perjudicar gravemente á vuestros descendientes.

Por muy indiferente que uno sea para los malos efectos que el tabaco pueda producirle á él, y aunque no respete la comodidad de su mujer, por lo menos le ha de impresionar saber que el tabaco que fuma puede dejar huellas fatales sobre sus hijos. Habréis observado á veces que hombres y mujeres de apariencias sanas y robustas tienen hijos débiles, nerviosos y enfermizos. No sería justo echar al tabaco toda la responsabilidad, pero es indudable que la tiene grande. Muchos niños de mediocre capacidad física é intelectual deben esa mediocridad á su padre, que es un gran fumador. Si se ha de creer á grandes autoridades médicas, podría asegurarse que haciendo la selección de matrimonios jóvenes, sanos y fuertes, y entregándose éstos al vicio del tabaco, al cabo de una ó dos generaciones sus descendientes habrían degenerado y perdido las energías físicas ó intelectuales que á los padres adornaron.

En cuanto á los licores, no sólo son la perdición de quien los usa, sino que destruyen á la vez la salud y la felicidad de la mujer y son una maldición para los hijos. No sólo afectan á su salud, á su moralidad é inteligencia, sino que cuando no nacen idiotas ó imbéciles heredan el gusto de la bebida y son alcohólicos hasta la tercera ó cuarta generación. Los hombres ilustres del pasado, los que por su genio ejercen influencia sobre la generación actual no han sido engendrados por padres entregados á la disipación y los excesos en la bebida. Muchos niños que hubieran llegado á ser hombres notables han debido la debilitación de su inteligencia y la ruina de su felicidad al alcoholismo de sus padres. Cuando el ángel anunció á la madre de Sansón el nacimiento de su hijo, le dijo: «Quedarás en cinta y parirás un hijo. Entre tanto toma precauciones: no bebas vino ni

licores fuertes, no comas nada impuro, porque el niño será consagrado á Dios desde el vientre de su madre y está destinado á libertar á Israel de manos de los filisteos». Las mismas leyes de la herencia rigen hoy y no pueden ser violadas sin poner en peligro la salud y la felicidad de nuestros descendientes.

Si amáis á vuestra mujer y queréis vuestra propia dicha guardadle fidelidad. Se la debéis lo mismo que ella á vosotros. La pureza y la virtud no son virtudes exclusivas de la mujer, son igualmente necesarias al hombre. Dios ha dicho: «No cometerás adulterio». Y Dios no distinguió de sexos, ni de condiciones de vida, ni de razas, tiempos, lugares ó circunstancias. La sociedad no tiene derecho á permitir al hombre lo que prohibe á la mujer. La infidelidad es un crimen para el hombre como para la mujer.

El célibe que se entrega al vicio, sólo á sí mismo se perjudica, degradándose y minando su salud; pero el hombre casado pone además en peligro á su mujer y á sus hijos. Los doctores más reputados podrían aducir millares de casos en los que la pobre mujer ha tenido

que recurrir á ellos para curarse ó curar á sus hijos de males cuyas causas ignoran y que en realidad están en la infidelidad del marido. De esos mil casos voy á citar uno: Un joven de buena familia había tenido dos veces blenorragia. Curado de ella se casó con una joven encantadora, de perfecta salud y de familia respetabilísima. Algunas semanas después de la boda tuvo que consultar al doctor: habíanle aparecido unas pequeñas placas que le inquietaban. Podían inquietarle: eran chancros sifilíticos. Estudiado minuciosamente el caso, se comprobó que al casarse tenía un chancro oculto, que él mismo desconocía y que había transmitido á su mujer. El tratamiento fué pronto y enérgico, pero no pudo impedir que la sífilis se manifestara en su segundo período. Las úlceras aparecieron en diferentes partes del cuerpo de la mujer, afectaron á su membrana mucosa y perdió así cabellos, cejas y pestañas. Pasaron varios meses antes de que volvieran á aparecer; pero cuando aparecieron no tenían la suavidad y la flexibilidad de antes: eran rudos, crespos, como pelo de jabalí, no los podía pei-

nar. La pobre mujer se había convertido en objeto de horror para sí y para sus amigos.

Como ignoraba la enfermedad que padecía fué difícil obligarla á continuar el tratamiento durante dos años. En los años siguientes tuvo partos prematuros; sus hijos nacían muertos ó morían á los dos ó tres días, podridos sus cuerpecitos, llenos de corrupción. Después de cuatro ó cinco abortos dió á luz un niño que parecía sano y bien constituído. Poco tiempo después la familia abandonó el país y el doctor no pudo continuar sus observaciones.

Este caso no es excepcional. Hemos oído nablar de hombres ricos que han transmitido la sífilis á su mujer, sin que todas las riquezas hayan podido ahorrarle un sufrimiento.

La infidelidad del marido produce además otras consecuencias más difíciles de comprobar, pero no menos desastrosas. Uno de los más eminentes doctores de Filadelfia me ha asegurado que los efectos de la blenorragia son alarmantes para las mujeres. Aun en el caso de que no se le haya transmitido á la mujer en el período agudo, aunque se crean completamente curados, pueden comunicar á

la vagina de la mujer gérmenes de la enfermedad que hayan permanecido ocultos. Los efectos se dejan sentir pronto en la matriz, atacan en seguida las trompas de Falopio y los ovarios y el resultado suele ser una operación quirúrgica dolorosísima, que priva á la mujer de los atributos de su sexo.

Un eminente especialista de Nueva York, dirigiéndose á la última Asamblea de la Sociedad Médica nacional, llamó la atención de los asistentes sobre los sufrimientos que la blenorragia del marido puede ocasionar á la mujer. Dice que al tener que curar á esas enfermas tenía siempre la costumbre de celebrar una entrevista á solas con el marido, á fin de cerciorarse de si aquella enfermedad provenía de una infidelidad conyugal ó era anterior al matrimonio. Añadió que ahora la mayor parte de las grandes autoridades médicas creían innecesaria esta especie de inquisición sobre el marido, pues los síntomas son prueba suficiente para juzgar del origen de la enfermedad. Millares de maridos que deploran la enfermedad de sus mujeres han sido ellos mismos los causantes de su ruina.

Y no es esto todo. Padres ha habido que han introducido la enfermedad en su hogar y la han transmitido á sus hijos ó á otros miembros de su familia por medio de la toalla con que se curaron, por ejemplo, y así les han ocasionado á veces la ceguera. Yo conozco una familia que quedó toda infestada por haberse bañado en el mismo baño en que se bañó el padre, á pesar de haber cambiado el agua. En mi libro *Lo que debe saber el joven* doy sobre estas materias amplios detalles. Lo que allí he dicho para el joven es todavía de más apremiante necesidad para el casado.

Pero supongamos que un padre culpable escape á los remordimientos de la conciencia y eluda la enfermedad. Lo que no podrá evitar es el pensamiento de que sus vicios han ocasionado la desventura de sus hijos. Cuando sus hijos sean viciosos, ¿será un consuelo para él pensar que así se parecen á su padre? ¿No le causará espanto pensar que los vicios que corrompieron su vida, que trastornaron su hogar, que degradaron su sentido moral, es el lote más seguro que ha de comunicar á sus hijos? Julia, la hija de Augusto,

era tan mala como su padre y engendró un hijo que fué peor que su padre y que ella misma. He aquí los vicios destruyendo, no sólo las familias, sino los destinos de los imperios. En nombre del amor que sentís por vuestra mujer y vuestros hijos, en nombre del respeto que tenéis á Dios, de la santidad del matrimonio, de todo lo que más queráis en esta y en la otra vida, os ruego y os conjuro á que guardéis á vuestra mujer la fidelidad que le debéis, á que respetéis los votos del matrimonio. En ello va vuestra felicidad presente y futura.

PARTE SEGUNDA

Qué ha de saber con respecto á su mujer

CAPÍTULO IX

LA RECIÉN CASADA

No tengo la menor duda de que muchos jóvenes célibes han de leer este capítulo para informarse de cómo ha de ser la vida de matrimonio que aun no han contraído. Pueden hacerlo sin cuidado y sin peligro. Pero yo lo escribo principalmente para los jóvenes esposos, quienes encontrarán en estas páginas conocimientos muy útiles, medios para atenuar las consecuencias de errores que por ignorancia hayan cometido. He de advertir, sin embargo, que para completar su información deben leer el libro correspondiente de esta serie referente á la mujer.

En primer lugar, deben conocer la naturaleza y el objeto de los órganos de la reproducción, así como las relaciones que deben mediar entre los esposos. Para esto, recuér-

dese lo que he dicho en los capítulos VII, VIII y IX del libro *Lo que debe saber el joven* y lo que queda escrito en el capítulo III de este mismo volumen, referente á las diferencias sexuales entre el hombre y la mujer.

El hecho que aquí deseo poner bien de relieve es el de que la mujer experimenta menos deseos sexuales que el hombre. Se podría decir que la generalidad de las mujeres no los tienen. En tres clases podrían dividirse las mujeres por lo que hace á este particular. A la primera pertenecen las que apenas experimentan deseo sexual. Esta carencia de deseos sexuales puede reconocer tres causas: enfermedad por falta de recreos físicos ó de ejercicios al aire libre; vida anormal, sobrecargada de deberes de sociedad, de largas veladas; de alimentación indigesta, de lectura abusiva de novelas, de corsés y trajes excesivamente estrechos y apretados que desvían y debilitan los órganos vitales en las cavidades abdominal y pelviana. Si las mujeres pudieran comprender el bienestar que tendrían llevando una vida más racional, no habría tantos maridos desencantados y hastiados.

Otra causa muy general de indiferencia sexual es la falsa idea de considerar la pasión como una vergüenza y como un rebajamiento del sexo. Muchas esposas se vanaglorian de ser indiferentes á la relación sexual, como si eso fuera una virtud en vez de ser un defecto. Sin embargo, Dios ha dispuesto que el ejercicio de la función reproductora, como el de todas las otras funciones del cuerpo, vaya acompañado de placer y bienestar. Nos cuesta grandes pérdidas físicas, pero ese sacrificio está compensado con un placer equivalente. El acto conyugal es á la vez un deber y un placer, y el deseo que empuja al hombre á la perpetuidad de la especie es tan natural como el que le empuja á la preservación de la vida y de la salud. Aunque los médicos aseguran que puede tener lugar la concepción aunque la mujer esté meramente pasiva, sin embargo, parece fuera de duda que la inclinación y la sensación influyen en mucho, que el resultado es más seguro y el nuevo sér procreado más perfecto cuando los dos esposos participan del placer del acto conyugal. La indiferencia sexual proviene también á veces

de que no hay entre los esposos la adaptación física, moral y social que convendría, ó de falta de armonía que ha disminuído el afecto que se profesaban.

Causa de indiferencia sexual son también el constipado crónico á que la mujer es tan propensa, la ruptura imperfecta del himen ó el vaginismo, que no sólo imposibilita el placer, sino que lo convierte en dolor. En esos casos es indispensable la intervención del médico.

A la segunda clase pertenecen las mujeres que encuentran en el acto conyugal un placer normal y moderado, cuando no es demasiado frecuente y tienen buena salud. Esta clase de mujeres es probablemente la más numerosa, son las más normales y equidistan de las otras dos clases como de dos extremos viciosos.

La tercera, en fin, está compuesta de mujeres sensuales, dominadas por una fuerte pasión.

Son las menos y no se deberían casar sino con hombres robustos, resistentes y tan pasionales como ellas. Un hombre de temperamento medio y de deseos razonables es digno de lástima si se une á una mujer sexualmente insaciable. Es tan desgraciado como la mujer que sin experimentar deseo sexual alguno se casa con un hombre ardiente y apasionado. Lo indudable, sin embargo, es que la naturaleza sexual del hombre es más activa, más agresiva que la de la mujer, aunque pueda darse alguna excepción.

Igual superioridad se observa en la actividad sexual del macho en las especies animales, pero en éstos se advierte un fenómeno muy digno de ser notado. Entre los animales es imposible la violación; nunca la hembra tiene que soportar contra su deseo la acometividad del macho, y en la mayor parte de los casos es su estado fisiológico el que determina y fija el momento de la procreación. Sólo cuando está en condiciones de concebir es cuando busca al macho, y esa disposición natural para la concepción es para el macho la invitación al acto reproductor. La mujer no; la mujer tiene que doblegarse á las reclamaciones intempestivas de un marido egoísta y brutal.

Si este dominio de la voluntad de la mujer por la del marido es resultado de la maldición pronunciada sobre Eva: «Estarás bajo la potestad de tu marido y él te dominará», es preciso convenir que la mujer ha sido rudamente castigada, pues no hay mayor castigo para un sér racional aquí en la tierra que verse privada de la libre disposición de su cuerpo y colocada bajo la voluntad caprichosa y exigente de un marido intemperante. La caída de nuestros primeros padres ha traído este mal á la mujer; pero la redención atenuó sus rigores, pues el hombre redimido que sigue las enseñanzas de Cristo ha de poner forzosamente su esfuerzo en rehabilitar á la mujer y hacerle menos pesada su carga. Su felicidad busca con ello, que ennoblecer á su mujer es ennoblecerse á sí mismo.

No sólo es menos pronunciada en la mujer la naturaleza sexual, sino que dura menos tiempo. Sobre los cuarenta y cinco años atraviesa la mujer «su edad crítica», período durante el cual se verifica en ella el cambio que ha de hacer la concepción imposible. Las manifestaciones de ese período son en la mujer

mucho más visibles que en el hombre. De ellas se trata en el IV volumen, y es bueno que los jóvenes esposos conozcan lo que se refiere á este período, pues así regularizarán su vida conyugal, de modo que hasta su vejez les proporcione la mayor suma posible de felicidad y bienestar.

Los efectos de las relaciones sexuales son á veces muy perceptibles en los jóvenes esposos. Jóvenes alegres y fuertes pierden á veces su vigor, adelgazan, se tornan melancólicos. Otras sucede lo contrario, especialmente en la mujer. Jóvenes, sanas y sin lesión alguna, sí, pero sin robustez, poco deslumbrantes, se desarrollan enormemente con el matrimonio y llegan á ser mujeres fuertes, alegres y espléndidas. Personas débiles, fatigadas, de vida agitada antes del matrimonio, se hacen después de él tranquilas, florecientes; mientras que otras que vivían alegres y robustas, caen en un estado nervioso, inquieto y enfermizo.

Si se observara bien, se vería que la causa de estos cambios estaba en la moderación de los primeros y en los excesos sexuales de los segundos, porque entre los casados los exce

sos son frecuentes. Para el marido significan la destrucción de sus fuerzas físicas y la debilitación de su inteligencia; se incapacita para estudios seguidos, para la actividad física ó mental; se hace indolente, nervioso, poco sociable. El marido que se entrega á esos excesos, no sólo se priva de su facultad de gozar, sino que hace á su mujer un agravio y un gran mal; débil y nerviosa, él la transforma en inválida y enfermiza, acarreándose además las pérdidas económicas que sus enfermedades ocasionen. Ese hombre destruye así deliberadamente, á veces inconscientemente, las cualidades físicas en que radican los actractivos de su mujer y mina los cimientos sobre que descansa la felicidad de su hogar. Los desarreglos sexuales de los recién casados provienen generalmente de los vicios solitarios á que se entregaron antes del matrimonio, de las relaciones sexuales ilícitas que se buscaron, de los cuentos y de las novelas impuras, de las desnudeces y representaciones teatrales inmorales, todo lo cual mancha la imaginación y da ideas inexactas y encanalladas sobre el matrimonio. Como el

pensamiento gravita sobre estas cosas, la sangre afluye á los órganos sexuales. El único remedio es purificar el espíritu, corregir las ideas falsas, tomar la resolución de ser moderado, evitando toda causa de excitación, bañándose mucho, alimentándose bien y haciendo ejercicios físicos. El esposo que desee con sinceridad la moderación hará bien en confiarse á su mujer, que si es discreta y lo quiere ejercerá sobre él una influencia calmante y regularizará su instinto.

CAPÍTULO X

CUIDADOS QUE RECLAMA LA ESPOSA

Pocos son los maridos que al principio estén en condiciones de custodiar juiciosamente á su esposa. Al comenzar la vida conyugal, están en peligro de cometer muy serios errores; más de uno ha tenido que lamentar la desgracia de haber despertado en su mujer con su pasión un sentimiento de asco ó de repulsión que extinguió en ella el amor y les hizo para siempre desgraciados.

En primer lugar debe saber el recién casado que muchas mujeres ignoran al casarse lo referente á los sexos. Algunas no se dan cuenta de la diferencia que hay entre ellos; otras no tienen idea de las relaciones conyugales ni de sus consecuencias. He conocido jóvenes encinta que no se explicaban las transformaciones que en ellas se iban verifi-

cando, y he oído hablar de un caso reciente en que el doctor se disponía á asistir al parto de una primeriza y la pobre mujer se imaginaba que el médico tendría que abrirle el vientre mediante una operación quirúrgica.

Que sea ó no culpable esta ignorancia, esto no cambia los términos del problema; el marido debe conocerla y saber además que esta ignorancia va acompañada de una fatiga excesiva y de la excitación nerviosa que resultó de los preparativos de la boda. Las ricas como las pobres se preparan desdichadamente para su nueva vida. Las pobres entregándose durante semanas y meses á un trabajo fatigante, las ricas imponiéndose el estúpido deber de las visitas, de los deberes de sociedad, etc. Las dos suelen llegar á la ceremonia nupcial rendidas, abrumadas de cansancio físico y mental. El marido debe tenerlo presente y tratarla con más tacto, dulzura y consideración.

Si á la ignorancia de la mujer se añade la pasión inconsiderada del marido, las consecuencias pueden ser el desastre. El primer acto del drama del divorcio suele representarse en la noche de bodas.

En Grecia hay la costumbre de dejar tres días de intervalo entre la ceremonia nupcial y la consumación del matrimonio. Sería de desear que esa costumbre se extendiera. La joven esposa fatigada, enervada, podría recobrar en esos días la normalidad perdida, y para el esposo esa espera le serviría de admirable disciplina para su pasión. Muchas mujeres han confesado á su médico haber sido víctimas de violación por parte de sus maridos en la noche de bodas. Esto es vergonzoso é indigno de un hombre honrado. He oído hablar recientemente de un caso en que la impaciencia y la impetuosidad del recién casado al entrar en la cámara nupcial despertaron en su mujer tal sentimiento de repulsión que huyó y se negó á entrar, terminando así bruscamente una unión que hubiera podido ser larga y feliz con un poco de dulzura, de miramiento y cortesía.

En su libro *Francas conversaciones sobre materias de que no suele hablarse*, dice el doctor Henry L. Guernsey: «Los privilegios conyugales deben ser demandados con ternura, porque, contra la opinión de muchos,

no hay en la joven una pasión sensual que la excite de suyo á conceder tales libertades. ¡Qué dulce, paciente y afectuosa debe ser la conducta del recién casado! A veces recibe la mujer choque tan violento que de él no puede volver y recobrarse hasta años después, y sucede por eso que siente antipatía invencible al acto que debería ser el lazo y el sello de una unión verdaderamente feliz».

La Sra. Duffey afirma por su parte en su libro *Relaciones entre las sexos:* «No os precipitéis en coger la flor del fruto que tan ardientemente deseáis; perdería de pronto su encanto principal. Practicad en el matrimonio legítimo el arte del seductor más bien que la violencia del que rapta; vuestra paciencia tendrá su recompensa. La flor del amor físico no puede abrirse con brusquedad y su desarrollo necesita tiempo. Si la mujer tropieza con la violencia, si advierte que su marido piensa en la satisfacción de sus deseos sin tener en cuenta los suyos, si los excesos de los primeros días de su vida conyugal la fatigan y la hastían, la flor se marchitará antes de tiempo. Si ese hombre se ve ligado para siempre á

una mujer indiferente ó apática, culpa suya es. Muchos matrimonios hay mal avenidos, cuyo secreto está en la impetuosidad ó ignorancia del marido. Encuentra á su mujer fría y duda de su cariño, porque su condición de hombre no le permite concebir un amor sin pasión. La mujer se siente envilecida á cada acto conyugal, sobre todo si á él asiste como forzada, y no se explica bien cómo pueden andar juntos el amor y la pasión, siendo el amor generoso y la pasión egoísta».

Y no sólo en los comienzos del matrimonio, sino siempre, deben evitarse cuidadosamente los excesos. E. H. Duffey dice á este particular: «Me atrevo á afirmar que de cincuenta hombres no hay uno que no pueda acusarse de haber cometido excesos en los primeros años de su vida conyugal, y esto explica la abundancia de mujeres enfermas. Esto no quiere decir que todas las mujeres lleguen á tener en sus órganos lesiones, inflamaciones, úlceras; no hago campaña contra los maridos, no les echo en cara agravios inferidos á sus esposas intencionalmente; les acuso sólo de ignorantes. De análoga ignorancia son res-

ponsables las esposas; á las demandas inoportunas de sus esposos, el cariño que le profesan y la prudencia deberían aconsejarles una rotunda negativa.

»Los órganos reproductores de la mujer son muy delicados, y si se les somete á un uso demasiado frecuente con facilidad se inflaman y se ulceran y así la mujer enferma. No ve el marido la causa y no calcula las consecuencias, y á despecho de los sufrimientos de su mujer persiste en sus deseos egoístas; así agrava su mal, así lo hace á veces incurable. En todos los demás aspectos de la vida puede ser ese marido abnegado y bueno; en éste se porta como... iba á decir como una bestia; no puedo terminar así mi frase, sin embargo, porque entre las bestias no pasa, no puede pasar nada semejante».

En el libro del doctor Napheys, que en otras ocasiones tanto he citado, *La transmisión de la vida*, escribe así: «El recién casado prepara un terreno favorable á numerosas enfermedades de la matriz y del sistema nervioso con su falta de ponderación, con su despreocupación y atropellamiento; por una noche de pla-

cer compromete la felicidad de muchos años. Puesto que consiguió el tesoro que por tanto tiempo ha deseado, que lo gaste con discreción. Que sea dueño de sí mismo, que proceda con templanza y cortesía. No tendrá que lamentar el diferir la toma de posesión de los derechos que la ley le otorga, y si de ellos se apodera arbitraria y brutalmente, que espere el desencanto.

»El marido debe tener presente que el primer acto conyugal es doloroso para la recién casada, y por lo tanto que en él no puede gozar, sino someterse. Este sufrimiento no debe ser demasiado fuerte ni prolongarse más de una ó dos semanas; si así sucediere, acúdase pronto al médico. Insistimos en que los primeros actos conyugales deben hacerse con toda moderación, porque los especialistas de enfermedades de la mujer cuidan constantemente á mujeres cuya enfermedad data de los primeros días de su matrimonio».

El sufrimiento á que alude el doctor Napheys en el párrafo anterior es el producido por la ruptura del himen, que con frecuencia va acompañada de pérdida de sangre, en más

ó menos cantidad. Se creía en otro tiempo que la presencia de esta membrana era la única prueba incontestable de virginidad; su carencia era considerada como prueba de mala conducta, y daba lugar á las sospechas más depresivas para la joven. Ahora es sabido ya que hay mujeres que no la tienen al casarse: á veces ha quedado rota en la infancia, á veces al nacer; otras es el médico el que se ha visto obligado á destruirla mecánicamente, para dar facilidades á un flujo menstrual.

La Sra. Duffey dice en su libro *Lo que deben saber las mujeres:* «Es creencia popular que el marido debe tener en la primera noche de boda prueba auténtica de la castidad de su mujer. Si la obtiene queda tranquilo, aunque en casos excepcionales esa prueba no prueba en rigor nada. Debo añadir sobre todo que es una enorme injusticia y una crueldad acusar á la mujer de haberse entregado antes del matrimonio sólo por el hecho de fallar esta prueba, pues puede suceder que nunca haya existido el himen ó que un accidente lo haya destruído al nacer ó más tarde».

Y el doctor Napheys: «La presencia ó la ausencia del himen nada prueba. Es falso que haya modo de comprobar la virginidad de la mujer. La única garantía que el marido puede buscar es la modestia de la joven antes del matrimonio, su pudor, su conversación pura, su religiosidad. Si en su novia encuentra esas virtudes, crea en su castidad».

Otra observación quiero hacer á los recién casados, y es que no abusen del vino ni de estimulantes la noche de boda. Uno de los mayores castigos que pueden caer sobre un hogar es el nacimiento de un hijo anormal ó idiota; los médicos especialistas afirman que esos seres han sido concebidos estando los esposos ó alguno de ellos bajo la acción de estimulantes.

Una excesiva fatiga física en la mujer ha de dar también como consecuencia la concepción de hijos débiles; esa fatiga y los excesos sexuales son dos causas de mortalidad en los recién nacidos.

Las alegrías que experimentan los jóvenes esposos son buenas, son lícitas y puras. Los testimonios, las pruebas de amor recíproco

tienen belleza innegable. Hacen pensar en los pájaros que se visten de su más bello plumaje y cantan sus más dulces trinos y construyen su nido cuando el instinto los junta allá en la primavera. Pero sólo la moderación y la prudencia pueden hacer duraderas estas alegrías.

Si queréis prolongar las dichas de vuestra vida conyugal, formad vuestro hogar; vivir con los padres del uno ó del otro no es conveniente, vivir en fonda ó en pensión no es bueno. Los jóvenes deben vivir solos para no exponerse al fisgoneo y á las hablillas de las gentes inconsideradas. La mujer debe estar ocupada en dirigir su casa. Vivid según vuestros medios; no hipotequéis el porvenir. Si no hacéis economías en el primer año, difícil será que las hagáis después. Las deudas son temibles: quitan á la mujer el humor y la energía y la esperanza al marido y sombrean el porvenir. Vivid económicamente. Una gran casa exige muchos criados, y cuantos más sean éstos más pesada la dirección para la mujer; aumentarán vuestros gastos y tal vez no os proporcionarán otra ventaja que un poco más de ostentación.

Los esposos deben ser laboriosos y activos si quieren asegurar su salud, su felicidad presente y futura y el bienestar de sus hijos. Vivir ambos ocupados puede ser su bendición. La pereza y la ociosidad dan gran contingente á los matrimonios rotos ó mal avenidos.

Vivir en hogar que sea *vuestro*, sentarse á la propia mesa, será para vosotros la gran satisfacción; la esposa trabajará por embellecer ese hogar, y los elogios y palabras de admiración, de aplauso y de agradecimiento que el marido le prodigue, serán para ella un gran estimulante y un regalado premio.

Si os entregáis á disputas sobre si debe prevalecer la voluntad del marido ó la de la mujer, temed la guerra en vuestro hogar. Es mucho más prudente rivalizar en consideración, en deferencias, en olvido de sí mismo; eso os asegurará mejor vuestra dicha.

CAPÍTULO XI

LA RECIÉN CASADA Y LA MATERNIDAD

He hablado en otro capítulo de la importancia que tiene la laboriosidad de la esposa para su bienestar y para su salud. Una mujer holgazana es siempre una mujer descontenta y desgraciada, que hace además la desgracia de los que viven á su alrededor. Los trabajos del hogar no son para ella una desventura, sino una bendición.

Pero todavía tiene la cuestión otro aspecto. Muchos maridos no se dan cuenta de la importancia que tienen los deberes que incumben á una buena ama de su casa; esos deberes son legión. No hablo de las mujeres ricas que todo lo tienen abundante, que no tienen necesidad de preocuparse de los gastos y cuyos deseos se ven satisfechos tan pronto como son conocidos; me refiero aquí á la enorme mul-

titud de mujeres de la clase media que dirigen su casa por sí mismas, así como á las que luchan por sacar adelante su hogar con escasísimos recursos. Si los poéticos epitafios que adornan los mármoles de nuestros cementerios se tradujeran en prosa y dijeran lo mejor de los que tras ellos reposan en el Señor, conoceríamos millares de mártires de la aguja, del zurcido, de la cocina y de la limpieza; las armas á cuyos golpes cayeron se llaman la aguja, la máquina de coser, la escoba ó la cuna. La guerra de los Treinta Años no fué tan cruel ni tan prolongada como los combates á que se entrega, de la mañana á la noche, ese ejército de mujeres que trabaja en el taller ó en el hogar. Cuando el niño tose ó llora por la noche, el padre continúa durmiendo apaciblemente; es la madre la que se levanta á cuidarlo: cuando está enfermo, al lado de la cuna ella es la que consume su vida en las veladas largas como un sacrificio ante un altar, y cuando el marido enferma, á nadie cede el derecho doloroso y agotante de velar á su cabecera. En la enfermedad como en la salud, en la prosperidad como en la adversidad, día y noche, la madre y la esposa es el centro de todos los deberes y de todas las exigencias.

Al reclamar sus derechos de marido debe el hombre recordar los deberes penosos que sobre ella han de pesar durante el día, que es más débil que él y que no siente los mismos impulsos y deseos sexuales. Cuando se la ve cansada y rendida, la solicitud y los miramientos que se la guardan deben ser aún mayores. Debe darse cuenta del objeto principalísimo del matrimonio, que es la fundación de una familia y la perpetuidad de la raza humana. Entre los israelitas, la esterilidad era considerada como una de las más grandes maldiciones; se la consideraba como causa de vergüenza y deshonor. Cuando Ana subió al Templo á pedir á Dios un hijo, el anhelo que puso en sus labios estaba en el fondo del corazón de todas las mujeres israelitas, y cuando Dios prometió á Abraham y á Sara que su posteridad sería tan numerosa como las estrellas, esta promesa fué para ellos la suprema bendición.

Las mismas ideas se encuentran en la In-

dia, donde el pueblo es polígamo en teoría, pero monógamo en realidad, á no ser que la mujer sea estéril. Entre ellos no hay familia sin sacerdote ni padre sin progenitura: por eso el marido está autorizado á tomar dos ó más mujeres para dejar descendientes.

Y no hay en el matrimonio felicidad perfecta sin los hijos. El marido tiene necesidad de la mujer, la mujer del marido, pero ambos de los hijos. El tener hijos no sólo está decretado en la Escritura, sino también en la constitución física, moral y social del hombre y de la mujer. Esa es una ley que tiene sus raíces hondas en el instinto inconsciente que nos impulsa á la reproducción y que vela por la conservación de la vida. El amor conduce al matrimonio como el matrimonio á la procreación. El que entra en el matrimonio con la resolución de eludir la carga de los hijos, introduce en su hogar la lujuria en vez del amor y convierte el estado santo del matrimonio en una forma de prostitución legalizada.

Un escritor de toda seriedad ha dicho: «Me creo en el deber de aconsejar á los esposos que acaricien la esperanza de ser padres y

que guarden á esa esperanza un santo respeto. Ni dificultades económicas, ni el deseo de enriqueceros, ni las mayores facilidades para el placer sensual, nada debe haceros pensar en medios criminales para evitar el tener hijos. Jamás debe ser considerado un hijo como un intruso en la familia. La cuna es el centro del hogar; sobre ella está el fundamento de la unión de los padres. Dios lo quiere; los que son puros lo desean; los que lo eluden, reciben terrible castigo. El mundo contiene millares de esposas y de madres fieles; pero en él hay también millares de viudas, solas y sin hijos, porque cometieron el crimen de impedirlos. Han considerado á los hijos como á enemigos y han ensombrecido así y arruinado su vida con actos criminales. Dios bendice á las madres fieles, prolonga sus días y hace que sus hijos sean su corona.

Y véase lo que añade el Dr. Guernsey: «Las relaciones conyugales son la más alta expresión del amor que une á los esposos, para la procreación de los hijos que han de ser hijos de Dios. Ese es el verdadero é indiscutible objeto del matrimonio, y en torno de

él deben girar los intereses y los proyectos de los esposos. No hay crimen más grande que impedir al matrimonio su objeto natural. Ese crimen se practica de muchas maneras; ninguna escapa al castigo. Las leyes de la naturaleza son inexorables; toda transgresión es severamente castigada en la edad crítica si no lo es antes. ¿La salud es insuficiente? ¿Hay incapacidad física? ¿Son demasiado frecuentes las concepciones? Un moralista y un médico son los que han de dar la solución, nunca los interesados. Y á la objeción: «Yo no puedo tener hijos, cuestan demasiado caros», yo contesto: «Nuestro Padre celestial no envía jamás bocas que no pueda alimentar». Que los esposos hagan su deber, y las dificultades desaparecerán por sí mismas.

»Es espectáculo admirable el contemplar un matrimonio que vive normalmente y educa á una gran familia. La reina Victoria ha sido en esto un modelo. Fué una esposa excelente para su marido el príncipe Alberto. Aunque reina poderosa, no pensó en eludir los dolores, los riesgos y los inconvenientes de la maternidad; no temió dar á luz doce

hijos, y ella los cuidó, los acarició y los amó como una buena madre. Lo mismo han hecho otras reinas. Y en nuestro estado humilde, también nosotros debemos obedecer el mandamiento divino: «Creced y multiplicaos». Si los esposos se aman, vivirán el uno para el otro, serán *uno* y vivirán santamente en su intimidad conyugal».

Cuando una mujer se resiste á la maternidad, el medio más razonable para volverla al buen camino es el poner en sus manos libros que le hablen de sus deberes; el marido debe hacerle comprender que los hijos son el objeto del matrimonio, y que al negarse es criminal para con Dios y para con los hombres.

Hay mujeres que no quieren ser madres por no renunciar á los placeres mundanos; ellas quieren gozar á toda costa de la vida de sociedad. Otras temen los sufrimientos que los hijos ocasionan; consienten en tener un hijo, pero no más dolores ya. Si esas mujeres hubieran sido educadas por sus madres antes del matrimonio y hubieran vivido conforme á las leyes de la higiene, sus partos serían menos penosos y no temerían tanto el

tener hijos. Hay muy buenos libros que tratan de la materia, y viviendo higiénica y normalmente se pueden evitar completamente los terrores de la maternidad.

Otras hay que no temen tener hijos, sino la carga de educarlos. Nada produce impresión más penosa que una madre que no quiere tener hijos ó que si los tiene los entrega al cuidado de los criados, mientras que ella reserva sus sentimientos maternales para un gato ó para un perro.

Ninguna mujer casada debería negarse á ser madre por los peligros de la maternidad. Las estadísticas prueban que es mayor la mortalidad entre las célibes que entre las mujeres casadas de veinte á cuarenta y cinco años. Dios ha creado la mujer para ser madre y su longevidad está en relación directa con este objeto. La obediencia á las leyes divinas sólo puede traer bendiciones.

Los hijos son también necesarios para la perfección moral de los padres. Cuando la madre aprieta contra su corazón un nuevo sér que depende de ella, todas las grandes cualidades de su alma se despiertan y vivifican. Su hijo le enseña la abnegación, á vivir para la felicidad de otro. Sigue los sanos principios que desea inculcarle, y cuando á su alrededor agrupe á sus hijos para enseñarles á rezar, su religiosidad alcanza una perfección que ninguna otra influencia terrestre hubiera podido producir.

Y para el padre, ¿no son los hijos también una bendición? En los brazos que le tienden para acariciarle ve algo más que un cariño: ve como una plegaria que su debilidad levanta del fondo de sus corazones, y es el mayor estimulante de su laboriosidad. Los hijos le enseñan á olvidarse de sí mismo para pensar en las personas queridas y ponen en actividad todas sus energías.

Y no sólo ejercen su benéfica influencia sobre cada uno de los padres; son también para los dos la mejor de las bendiciones, pues les sirve de lazada, de simpatía y de cariño, que ninguna otra relación podría crear; es la cadena de oro que enlaza sus vidas. Atenúan sus disgustos, dan solución á sus conflictos, despiertan en ellos los mejores sentimientos, desarrollan cualidades que sin los hijos se

atrofiarían; son para ellos como el ideal y una explicación de su vida. A conocer la naturaleza humana en los hijos lo aprenden. Cuando ya son mayorcitos, los hijos son críticos ingenuos y terribles, sugieren ideas y con frecuencia ayudan á sus padres á corregirse de defectos que de otro modo no hubieran conocido. En las horas de prueba y de dificultad, son el consuelo y el sostén de los padres; en la enfermedad y en la vejez, ellos son los que nos ofrecen un refugio y un hogar. Finalmente, cuando la muerte cierra nuestros ojos, los hijos no sólo nos rinden el tributo de sus lágrimas, sino que encuentran un consuelo en la esperanza de volvernos á ver.

El instinto maternal existe ya en la niña y se manifiesta y desarrolla en los cuidados que prodiga á su muñeca. Cuando ignores el sexo de un niño pregúntale qué quiere, si una muñeca ó un caballo; la contestación disipará tus dudas.

De cada ocho ó diez matrimonios, uno es ordinariamente estéril. En el reino animal, los cuidados de la reproducción exigen alimentación más abundante. También es importante en la reproducción de la familia humana. Cuando es insuficiente ó cuando es demasiado rica, la tendencia á la esterilidad es fácil. Se ven con frecuencia mujeres que tienen una gran fortuna, que tienen opípara mesa y se hacen, sí, corpulentas, pero no tienen hijos. Casos hay de haber perdido la fortuna y con ella la corpulencia, y entonces es cuando han comenzado á tener descendencia.

La esterilidad puede ser también debida á una sensibilidad excesiva en las relaciones conyugales ó á excesos cometidos por el marido antes de su matrimonio, excesos que han deteriorado sus órganos reproductores; puede también ser consecuencia de circunstancias anormales, producidas por maniobras secretas. Incompatibilidades fisiológicas impiden á veces la concepción. Marido que con una mujer no ha tenido hijos los ha tenido en un segundo matrimonio y viceversa.

Una desviación de la matriz puede ser causa de esterilidad, pero es un error creer que de ésta es siempre responsable la mujer. Hay casos en que lo es el hombre, y es un médico

el que podría descubrirlo con auxilio del microscopio. Otra causa de esterilidad es la blenorragia contraída por el hombre antes de su matrimonio. Tal vez se creyó completamente curado; pero la terrible enfermedad dejó sus huellas en el organismo, y el marido comunica á su mujer la inflamación que se extiende por la vagina y la matriz y llega á los ovarios, produciendo la esterilidad.

Si los esposos no emplean medio alguno para evitar la concepción y pasan dos ó más años sin tener hijos, alguna causa hay en la mujer ó en el marido; no hay que perder tiempo en buscarla y en curarla.

En general, los primeros años del matrimonio son más fecundos que los siguientes. Los matrimonios prematuros ó tardíos tienden á la esterilidad. La edad más propicia para el matrimonio parece ser de los veinte á los veintiséis años en la mujer. A veces tras un largo período de esterilidad sigue un período de frecuentes concepciones.

Se puede curar la esterilidad observando minuciosamente un régimen apropiado en la alimentación y en los ejercicios físicos, lo

mismo para el hombre que para la mujer. A veces es conveniente una separación que puede variar de algunas semanas á algunos meses, para que se verifiquen ciertas transformaciones físicas y proteger el germen de vida contra ciertas influencias que podrían ocasionar la expulsión del embrión fuera de la matriz.

CAPÍTULO XII

CUESTIONES REFERENTES Á LA PROLE

Es natural que los esposos deseen tener hijos y que los estériles traten de curar su esterilidad por medios honrados y discretos. Pero es doloroso tener que decir que hay muchos esposos que hacen esfuerzos para lo contrario, para eludir la concepción. El deseo de no tener hijos lleva á esos padres desnaturalizados hasta el crimen.

Deber de los padres es proteger la vida de los hijos, y la madre que mata ó consiente que le maten el embrión en la matriz es tan infanticida como el que lo asesina después de nacido. La ley reconoce la gravedad de ese crimen y le impone castigos muy severos. En la mayor parte de los Estados Unidos ese crimen es considerado como un asesinato y castigado como tal. En algunos de los Estados

la madre reconocida culpable es condenada á muerte, y en casi todos tienen de cinco á veinte años de presidio todos los cooperadores ó cómplices.

Creen algunos que no es un crimen matar al feto antes de manifestar su vitalidad por el movimiento; están en un error. La vida comienza desde el momento en que el espermatozoide penetra en el óvulo y destruir esa vida es asesinato. El óvulo no puede permanecer en la matriz si no está vivo; tan pronto como muere, la naturaleza lo expulsa. Cuando queda fecundado se desarrolla, se alimenta, luego tiene vida; crimen es destruirlo ó expulsarlo por medios artificiales.

En su libro *La moral del matrimonio*, dice el Dr. H. S. Pomeroy: «El que provoca un aborto en los primeros meses del embarazo y no se cree culpable porque el niño todavía no vivía, pues no tenía movimiento, sufre un error lamentable. Esa explicación es un juglarismo moral: ¿qué razón hay para decir que el feto tiene alma á los cinco meses y no la tiene á los cuatro? Es verdad que á los cuatro meses el feto no mueve todavía sus

brazos y sus piernas y sí los mueve á los cinco; pero ¿es que el alma se posa en las extremidades y no hay más prueba de su existencia que el movimiento de los músculos? Considerada desde el punto de vista físico, ¿cuál es la razón de esa distinción? La vida ha existido desde el comienzo, aunque no haya vida independiente hasta el nacimiento. ¿Es razonable pensar que el Creador que ha formado los órganos más delicados y complicados en los primeros cuatro meses haya considerado su obra como sin importancia ninguna y que comience á dársela inmensa cuando ha trabajado en ella algunas horas más?».

Y el Dr. Napheys, en su libro *La vida física de la mujer*: «Desde el momento de la concepción comienza una nueva vida, existe un nuevo sér, otro niño viene á agrandar el círculo de la familia. La madre que deliberadamente se decide á destruir esa vida, prescindiendo de los cuidados que su conservación exige ó tomando abortivos, comete un crimen tan grande y tan digno de castigo como si arrancara de su seno un feto de seis

meses y lo estrellara contra la pared. Sobre su cabeza caerá la sangre de ese niño y Dios hay en el cielo que le pedirá cuentas. El crimen que ha cometido es un asesinato, un infanticidio; el asesinato de un niño que no puede quejarse ni defenderse, y que ella más que nadie tenía el deber de proteger y defender».

No hay sobre esto diversidad de opiniones. Con espanto recuerda la historia la matanza de los inocentes decretada por Herodes. Mayor espanto produce saber que hoy realizan más horrible matanza las mismas madres de esos inocentes. «Tengo en mi clientela—dice el Dr. Pomeroy—madres que no son capaces de matar una mosca y que han destruído media docena de hijos antes de nacer y hablan de ello con la tranquilidad con que hablarían de la destrucción de una partida de gatos. La Escritura dice que el asesino no alcanza la vida eterna; ¿qué caso hacen esas madres de esas palabras divinas? No niegan éstas al asesino la posibilidad de salvarse, pero afirman que el asesino está fuera de los caminos de la vida eterna y que no la podrá

poseer sin profundo y sincero arrepentimiento».

Las consecuencias del aborto no sólo son futuras y espirituales, las tiene terribles y se pagan aquí en la tierra. He aquí lo que dice el Dr. Napheys: «Si las mujeres no sienten amor alguno por el hijo de sus entrañas, si en su corazón se ha extinguido el instinto maternal, que sepan que esos abortos provocados son causa constante de enfermedades violentas y peligrosas de la matriz, enfermedades cuyo desenlace es una muerte prematura; que sepan que produce una debilidad mental que conduce á la locura, que sepan que son el medio más seguro para destruir su felicidad doméstica. Valdríales más tener un hijo cada año durante veinte años que cometer ese crimen; más vale morir en los dolores de un parto que vivir con peso tan enorme sobre la conciencia».

Muchas mujeres se hacen valetudinarias ó incurables al hacer violencia á su naturaleza por destruir el nuevo germen de vida que llevan en su seno. He aquí lo que sobre esto dice el Dr. Pomeroy: «Ve al huerto y allí en-

contrarás manzanas maduras y manzanas aun verdes; intenta coger una de éstas; ¿qué observas? que la manzana no se suelta, se resiste á desprenderse de la rama. Para arrancarla tienes que torcer la rama y logras coger la manzana, pero las huellas de la violencia han quedado impresas lo mismo en el tallo del fruto que en la desgarradura de la rama. Si, por el contrario, quieres coger una manzana madura, al momento de tocarla cae suavemente y sin esfuerzo en tu mano. Ninguna señal de violencia queda ni en el tallo ni en la rama; la naturaleza lo había preparado todo para aquel desprendimiento.

»Los dos grandes peligros del parto son la hemorragia y la fiebre. El desgarramiento de los vasos sanguíneos que se produce en el momento en que el niño se desprende de la madre es la causa directa de la primera y la causa indirecta de la segunda. Pues bien; cuando el huevo humano está ya bien maduro, la naturaleza ha dispuesto las cosas de manera que el peligro sea el menor posible; pero cuando ese desprendimiento es prematuro, el peligro es enorme».

A despecho de las manipulaciones y de los esfuerzos hechos para evitarlo, nace á veces el hijo y entonces suele ser una censura viviente y un castigo perpetuo para los padres. Esos niños hubieran podido ser tiernos, amables, felices, de buena salud, y nacen nerviosos, irritables, enfermizos; todo eso lo deben á su madre, que no habiéndole querido aceptar á gusto, tiene que soportarlos tales como jamás los hubiera querido.

En *El Diario de las Madres* he leído este hecho con el título de *Un hijo no deseado.* De él transcribo este pasaje, que confirma admirablemente lo que vengo diciendo. Dice así: «Encontré á mi amiga enferma y nerviosa á causa del insomnio que le había procurado el llanto de su niño. El niño parecía sano, pero su madre aseguraba que estaba agitado y nervioso desde su nacimiento. Añadió que había perdido más sueño durante los cinco meses que acababa de pasar que durante la infancia de sus tres primeros hijos.

»Hícele algunas preguntas con el objeto de conocer la causa de aquella agitación, y entonces la joven madre, mirando con lágri-

mas en los ojos al niño que tenía en brazos, exclamó: ¡Querido mío, culpa es de tu madre; ni en sus manos ni en su corazón quería reservar sitio para ti! Y mirándome luego cara á cara, añadió llena de remordimientos: «Es el único hijo á cuyo nacimiento me he opuesto, y las malas disposiciones que yo tenía antes de que naciera él las paga ahora. Constantemente parece agitado y en nada se parece á los otros hijos míos á quienes recibí como una bendición. Comprendo la falta que he cometido durante los meses que intenté librarme de él; lo que entonces sembré ahora lo recojo. No preveía entonces que al proceder así atraía tantos sufrimientos sobre mí y sobre mi inocente hijo».

Por dolorosa que sea esta confesión, todavía se desprende de ella un pensamiento más doloroso. El estado de alma de la madre durante el embarazo se imprime en el carácter del niño; ¿cuál será el carácter del que nace de una madre criminal que ha deseado y aun intentado asesinar á su hijo? Acaso muchos asesinos heredaron de sus madres la propensión al asesinato.

La salud y la vida de la mujer que se procura el aborto está rodeada de peligros. «No me ocasionará más que una indisposición temporal, fácilmente curable»; eso se dice, pero eso es un desatino. Que sepan los esposos que el parto prematuro exige por lo menos los mismos cuidados que el parto normal. En un período que oscilará entre seis semanas y tres meses, la separación debe ser completa; de otro modo, se corre el peligro de una impotencia permanente.

¿Cómo surge en el alma de la madre la idea criminal del infanticidio? Un escritor dice: «El origen remoto está en los días de su juventud, cuando se les enseñaba que los fenómenos de la reproducción son una cosa nefanda de que ni se debe hablar, y cuando se les dice que la maternidad es una responsabilidad y una carga pesada que es preciso evitar».

Las escuelas superiores de señoritas no tienen más finalidad que su desenvolvimiento intelectual, lo mismo que las de los jóvenes. Nada se les enseña en ellas referente á las obligaciones y conveniencias de su sexo.

Se les enseña una multitud de cosas que pueden tener alguna utilidad para disciplinar la inteligencia, pero que ninguna tienen para la vida cotidiana. Sobre las materias que podrían darles aptitud para cumplir sus deberes de mujeres y de madres, ¿qué se les enseña? ¿qué de su fisiología especial? ¿qué de la maternidad? Ni las palabras siquiera puede pronunciar el profesor sin suscitar el escándalo. Y la enseñanza defectuosa de la escuela no la completan tampoco los padres. Centenares de mujeres se casan sin saber cómo nacen los hijos, sin tener idea de las relaciones conyugales ni del objeto que Dios se ha propuesto al instituir el matrimonio. Cuando están encinta, no saben lo que deben hacer y cómo se han de preparar para el parto, cuyos terrores desaparecerían si tuvieran una idea clara de estos fenómenos fisiológicos. Con angustia y ansiedad esperan el nacimiento de su primer hijo; las relaciones conyugales se convierten para ellas en causa de terrores continuos, y para escapar á nuevos sufrimientos caen en la tentación de destruir el germen.

Para luchar contra este desorden, lo primero que se necesita es divulgar conocimientos exactos sobre esta materia. El matrimonio debe ser considerado como una institución divina y santa, y no veo razón por la que no convenga á las jóvenes conocer las condiciones fisiológicas de la concepción y de la maternidad; saber que desde el primer momento de la concepción ya hay en el embrión una vida, y que la mujer es tan madre de esa nueva existencia como del niño que estreche después en su regazo.

Pero el crimen del aborto no es sólo obra de las madres; también algunos padres tienen responsabilidad. El mal no tendrá fin mientras haya maridos que se nieguen á poner freno á sus pasiones. Para discutir sobre este asunto conviene que el hombre se ponga en el caso de la mujer.

Un día se celebraba una reunión de mujeres y ante ellas habló de estas materias un médico distinguido; de las asistentes al acto se levantó una, que dijo lo que sigue: «A los dos años de mi matrimonio fuí madre de un niño débil y enfermizo que reclamaba cuidados continuos. Cuando cumplía los siete me-

ses me di cuenta con asombro y con terror de que ya estaba otra vez encinta. Un sentimiento de degradación indescriptible llenó mi corazón. Ni el que había nacido ya ni el que estaba por nacer podían hacer efectivos sus derechos á la vida. Avergonzada y llorosa conté el caso á mi madre.—¿Y por qué afligirte así, hija mía?—me dijo—¿No son legítimos tus hijos? Todo mi sér se sublevó, y pateando el suelo de coraje exclamé:—Sí; mi marido es el padre de mis hijos, pero no por eso son legítimos. Ninguna ley humana ó divina puede legitimar un acto que priva á seres inocentes del derecho á la vida y á la salud. Y deshaciéndome en gemidos caí desvanecida en brazos de mi madre. ¿Cuáles fueron las consecuencias? Dos años más tarde los dos estaban en el cementerio, y hasta que mi marido y yo no comprendimos las grandes leyes que Dios ha grabado en lo profundo de nuestro sér, no fuimos capaces de tener hijos viables».

La cita siguiente está tomada del libro *La Castidad*, escrito por el doctor Dio Lewis: «Antes de mi matrimonio—se lee en él—in-

formé á mi marido del gran temor que me infundía tener hijos; le confesé que no estaba dispuesta á afrontar los sufrimientos y responsabilidades de la maternidad. Me prometió que durante largo tiempo me vería libre de esas responsabilidades. Pero el día de mi boda, tan pronto como supo que tenía derecho á satisfacer su pasión, exigió que me sometiera á su voluntad. ¡Fatal noche de bodas! En mi alma y en mi hogar han dejado una nube que no espero ver disipada aquí en la tierra. Los dos éramos débiles y sufríamos de una depresión moral; éramos pobres y nada habíamos preparado para nuestro hogar, para nosotros, para nuestro hijo. En septiembre llegamos á... y fijamos allí nuestra residencia; en marzo nació mi hijo, después de haberse desarrollado en el seno de una madre llena de angustias y temores. A los tres meses yo me había resignado, pero los sentimientos que me habían animado durante el embarazo habían dejado huellas en él. Y para siempre será una víctima de una maternidad forzada.

»Al cabo de un año me enteré de que de

nuevo iba á ser madre. Mi desesperación no tuvo límites. Mi primogénito, enfermizo y doliente, exigía constantes cuidados; mi marido era aserrador y ganaba poco. Me sublevaba la idea de echar al mundo hijos á luchar desesperadamente contra la pobreza, y en semejantes condiciones creía preferible la muerte á la maternidad. Entonces surgió en mi mente la idea de desembarazarme de mi hijo; busqué quien me ayudara y lo maté. Aun no había terminado el año cuando ya era otra vez madre; todo me parecía sombrío como la muerte; había suplicado á mi marido que no me hiciera madre hasta que estuviera en condiciones de recibirlo con alegría; no me hizo caso. Consulté con un médico y le hablé del estado de mi alma, de mi aversión y de mi desesperación al solo pensamiento de tener otro hijo. El médico me enseñó un medio de abortar y lo puse en práctica.

»Algunos meses después estaba encinta; resolví destruir á mi hijo, pero en el momento de hacerlo me faltó el valor. Mi salud y mi vida estaban en peligro. Por amor á mi primer hijo resolví vivir y hacer lo que pudiera por el nuevo sér, cuya existencia me parecía tan poco natural y tan enojosa. Sabiendo que mi estado físico y mental habían de ejercer influencia sobre su vida, me reconcilié con mi suerte y mostré toda la resignación y toda la dicha que me era posible en las condiciones en que me encontraba...

»En el último embarazo recurrí por fin á un doctor que no sólo me hizo abortar, sino que me privó al mismo tiempo de la posibilidad de ser nunca madre; así quedé despojada del más bello atributo de mi sexo. Sufrí todo lo que una mujer puede sufrir en su cuerpo y en su alma.

»No es que odiara á mi marido, pues sufría por él con alegría las mayores privaciones. Pero al pensar en mí, cada fibra de mi sér se rebela contra la injusticia de que los maridos hacen víctimas á sus mujeres, imponiéndolas una maternidad de forzadas».

Transcribimos estos párrafos, no porque sinceremos en modo alguno los crímenes de esa madre ni porque tengamos para su manera de discurrir ninguna simpatía ó aprobación, sino para hacer ver cómo también los

maridos pueden en parte hacerse responsables de esos infanticidios con sus inmoderadas pasiones.

Deber de la mujer es prepararse para aceptar la posibilidad de tener y cuidar los hijos que le vengan; deber del marido es disciplinar su sensualidad ó imponerse el sacrificio de la fidelidad para con su mujer en los períodos del embarazo y la lactancia.

Es un grosero insulto, no sólo para la mujer, sino también para el Creador, el afirmar que no tiene más misión que echar hijos al mundo. Si es á veces conveniente, lícito y santo que un hombre renuncie al matrimonio para cumplir mejor altos deberes ó para aspirar á más alta perfección, también lo es para la mujer. Pero cuando un hombre y una mujer se casan, se equivocan grandemente si creen que el matrimonio se reduce á una fábrica de hijos. El matrimonio ha sido instituído también para el bien físico, intelectual y moral de los padres. Los dos deben desarrollar todas las manifestaciones de la vida, adquiriendo conocimientos útiles que puedan después comunicar á sus hijos.

Probado queda que hay una manera criminal de limitar la progenitura. ¿No habrá alguna manera lícita? Hay momentos en que sería un mal procrear un hijo. Cuando las condiciones de los esposos no hagan posible el nacimiento de un hijo sano, cuando la mujer esté agotada á consecuencia de partos numerosos, cuando los hijos nazcan con tan pequeños intervalos que se perjudiquen recíprocamente en su nutrición y pongan en peligro la vida de la madre, cuando un parto acarree su muerte, ¿no será lícito evitar la concepción? Parece que estarían justificados los medios de evitarla, si los hay legítimos y honrados. Jamás, sin embargo, deben proceder en esto los padres por su propia cuenta y sin consultar al médico y al moralista.

En su *Moral del matrimonio* dice el doctor Pomeroy: «Dos personas nerviosas y de temperamento físico muy débil contrajeron matrimonio. La mujer tenía además un defecto de configuración que hacía casi imposible la maternidad. En estas circunstancias los esposos se preguntaron si no sería prudente renunciar á tener hijos. Examinaron el pro-

blema con todo detenimiento, consultaron al médico y por último decidieron que el camino más honrado y seguro era no temer á los hijos. La mujer siguió un tratamiento médico y al cabo de algunos meses se puso en condiciones de soportar bien la maternidad.

»Los dos reconocieron su inferioridad física ingénita y se decidieron á hacer cuantos esfuerzos pudieran para asegurar á los hijos la salud que las circunstancias permitieran. Se dedicaron á desarrollar sus fuerzas físicas y mentales; estudiaron la ley de la herencia, se rodeó la madre de los objetos agradables que pudieran alegrar sus pensamientos en ese período en que el hijo recibe por la madre las influencias de fuera, pidiendo además los auxilios del cielo.

»Los hijos de este matrimonio han sido mucho más fuertes y sanos de lo que con otros procedimientos ó sin ninguno hubieran sido. Eran bien proporcionados, tenían salud, temperamento equilibrado y afectuoso para con sus padres y entre sí. Lo que sean de hombres nadie puede predecirlo; pero es cierto que hoy son una prueba de la influencia que

el amor y los cuidados de sus padres han tenido sobre su mentalidad, aun antes de nacer.

»Esto ha costado un gran esfuerzo y mucho desinterés por parte de los padres, pero han tenido su recompensa en la facilidad conque los han criado y educado; por encima de todo han resuelto los conflictos de gustos y opiniones que entre ellos surgían, siempre en interés de los hijos y así cada uno venía á aportar nuevos elementos de armonía.

»Frecuentemente he oído decir al padre que no tenía ninguna razón para asegurar que hubiera sido más rico si no hubiera tenido hijos. Es imposible determinar si esta afirmación era ó no exacta, pero es también cierto que muchos matrimonios sin hijos que comenzaron económicamente muy bien, han terminado en la miseria ó en el divorcio».

Pero se dirá: cuando sea preciso limitar el número de los hijos, ¿qué procedimientos honrados se podrán seguir?

El doctor Pomeroy dice: «Asombra cuántas gentes creen que la medicina puede limitar el número de los nacimientos. Permitid-

me que os diga que no conozco más que un medio infalible: *la separación de los sexos*. Estoy tan firmemente persuadido de que eso es imposible, que estoy tentado á sospechar de la competencia ó de la buena fe de los que pretenden conocer un medio honrado y seguro de limitar las concepciones en matrimonios que mantienen las habituales relaciones conyugales».

La importancia terrible de este tema me ha movido á hacer de ella un estudio detenidísimo. Su resultado ha sido la persuasión de que el único medio seguro de evitar la concepción es la privación de las relaciones sexuales. Médicos hay que recomiendan algunos métodos; pero cuando se les pregunta su convicción íntima, llegan á la misma conclusión á que mis estudios me llevaron.

Esos métodos tienen graves inconvenientes; además de no ser ni mucho menos seguros, ejercen sobre los que los practican efectos deprimentes. Y la naturaleza acaba siempre por vengarse.

Los esposos resueltos á respetar las leyes naturales implantadas en nuestro sér experimentarán la verdad de esta afirmación del doctor Kellogg: «Habrá menos placer sexual, pero habrá más verdadera alegría; menos amor brutal, pero más comunicación espiritual; menos grosería, pero más pureza; menos desarrollo en la naturaleza animal, pero terreno más abonado para el desenvolvimiento de la castidad, de la salud y de todas las virtudes cristianas».

La abstención completa de los placeres sexuales es lícita cuando se hace por mutuo consentimiento. La objeción que se hace contra esta abstención, dice el doctor Napheys, es que es demasiado severa y difícil de observar. Esto no debería ser. Un hombre que ama á su mujer debe ser capaz de renunciar gustosamente á su satisfacción personal para preservarla de una vida penosa de peligro de muerte ó del de dar á luz hijos mal constituídos que arrastren la desgracia por el mundo. Por motivos menos elevados lo hace un célibe. El hombre que es incapaz de ese sacrificio no es ciertamente un marido ideal.

Pero aun admitido esto, queda siempre en pie la misma pregunta: ¿hay ó no hay algún

medio de limitar las concepciones sin perjuicio para la salud, sin quebranto para la moral y sin someter al hombre á esa abstinencia que sólo de mil uno podrá guardar?

Como contestación á la misma, dice el doctor Pomeroy en su *Moral del matrimonio:* «Hay circunstancias en las que pueden estar justificados algunos medios de evitar *temporalmente* la concepción; por ejemplo, el caso de una mujer que está criando á un hijo y tiene peligro cierto de quedarse embarazada. En esos casos y otros, la naturaleza misma nos proporciona un medio que, con un poco de abnegación, da algunas garantías de seguridad. Pero nada debe hacerse sin el consejo de un médico de autoridad científica y moral».

Pero aun esos medios honrados y legítimos tienen sus peligros. «Hay gentes — dice el Dr. Pomeroy — que temen hacer girar al revés las agujas de su reloj por miedo á deteriorar su maquinaria, y no vacilan en intervenir con medios violentos en el orden interior del mecanismo humano, que es mil veces más delicado y complicado. La naturaleza es celosa de sus derechos; vence implacablemente las resistencias que se le ofrecen, y cuando se la obliga á ceder, impone al que la violentó un castigo tanto más duro cuanto mayor fué la violencia y á veces cuanto más lo difiere. Hay muchos que parecen ignorar esto; consideran la naturaleza como una fuerza ciega y sin inteligencia, demasiado estúpida para comprender un agravio ó demasiado plácida para abrigar remordimientos; otros que reconocen el poder de las leyes naturales y su sabiduría, se arrogan el derecho y creen tener el poder de reducir esa naturaleza á la obediencia. Eso es absurdo é impío, porque la palabra naturaleza no es más que un modo de designar al Creador, infinitamente sabio é infinitamente poderoso. La naturaleza tiende más á corregirnos á nosotros que á corregir nuestros errores y locuras. Si se limitara á deshacer nuestra obra, nosotros la volveríamos á reproducir mil veces; se habrían subsanado ciertamente nuestros errores, pero insistiríamos en ellos. Si las consecuencias de nuestro pecado quedaran fácil y prontamente suprimidas, no nos daríamos cuenta de que no vivíamos en armonía con

las leyes de la naturaleza y la raza degeneraría y desaparecería por último».

Los esposos que se creen con derecho á limitar el número de sus hijos están expuestos al peligro de caer en el extremo opuesto. Para muchas mujeres, el tiempo favorable para la procreación no llegaría nunca. La intención de tener hijos correría peligro de convertirse en la intención de no tenerlos.

Hay personas que creen que la concepción de un hijo, como la elección de mujer ó de marido, debe dejarse al azar. Sin embargo, los dos acontecimientos deben ser prudentemente estudiados. Concebir cuando uno de los dos está enfermo, cuando la madre se revela contra la idea de tener un nuevo hijo, es exponerse á dar al mundo un sér débil, enfermizo, neurasténico y de un humor sombrío durante toda su vida.

Tres cosas hay muy importantes en orden al embarazo: 1.ª, la preparación necesaria para la maternidad; 2.ª, el estado mental de los padres en el momento de la concepción; 3.ª, el estado mental y físico de la madre en los meses del embarazo.

El período y el carácter de la primera variarán según el carácter y la condición física de los padres; á veces bastará con algunas semanas, otras requerirá años. Los esposos deberían abstenerse hasta que la madre tuviera esa preparación. Las autoridades médicas conceden mucha importancia al estado mental de los esposos en el momento de la procreación. Un eminente escritor alemán, el Dr. Hufeland, dice así: «Es de capital importancia que ese momento sea aquel en que los esposos se vean como invitados al acto procreador por una pasión ardiente y se sientan felices y exentos de inquietudes».

Los antiguos comprendían la importancia de ese momento y gustaban de rodear el lecho nupcial de lindas estatuas que deleitaran á la madre con sus bellas proporciones. Tenían la ilusión de que así procrearían hijos mejor formados. Es una exageración, pero tiene cierto elemento de verdad.

Diez y ocho siglos antes de Jesucristo parece reconocer la verdad de este principio el patriarca Jacob cuando hizo con su tío Labán el contrato de servirle por las ovejas que na-

cieran con mancha y con listas. Para aumentar su parte, sabido es que Jacob puso en los abrevaderos y en la época del celo varas á trozos descortezadas, que ejerciendo impresión fuerte sobre las madres trasmitieran la variedad de colores á las crías.

Las diferencias que se notan en los individuos de una misma familia pueden atribuirse á la diferencia de estado físico y mental de los padres en el momento de la concepción. El autor de este volumen recuerda la profunda impresión que hicieron en su espíritu las palabras del doctor eminente que por primera vez le llamó la atención sobre este fenómeno.

Hay ciertas señales para conocer la concepción, y las que han sido ya madres no las ignoran. En algunas, la manifestación es una emoción grande, una sensación extraordinaria de placer y de temblor en el cuerpo. A veces se advierte una gran debilidad; la inflamación de la garganta es para algunos un indicio; lo es para otros la náusea frecuente. En la mayor parte de los casos, el indicio seguro es la cesación de las reglas y la aparición de las náuseas.

CAPÍTULO XIII

EL EMBARAZO

Si en todo tiempo debe tener el marido para con su mujer grandes miramientos, durante el embarazo debe rodearla de mayores cuidados y ternuras. Si la recién casada desea tener los hijos, si es discreta, si físicamente está bien preparada para los deberes de la maternidad, pasará bien el tiempo del embarazo.

Pero no siempre es así: Muchas mujeres no tienen la experiencia ni los conocimientos que para el caso necesitan. No se han puesto á su alcance los libros que las hubieran podido preparar, y acaso en su juventud se les ha estimulado la vanidad de apretarse el talle, provocando así desviaciones en sus órganos que hacen difícil la concepción y la maternidad. Con frecuencia se casa la joven con la

idea de que la maternidad es un peligro ó un mal y el descubrimiento de que se encuentra embarazada la llena de angustia. En su ignorancia, busca á tientas la luz. Pregunta á las mujeres casadas, y en vez de palabras de aliento suelen decirle: «¡Qué lástima! porque es horrible tener hijos; los sufrimientos son atroces». De diez veces nueve sus aprensiones se transforman en espanto.

¿Qué deberá hacer el marido en caso semejante? Si conoce una mujer juiciosa con la que la suya simpatice, no estará mal que acuda á ella para que con sus consejos disipe sus temores. Ella le hará comprender que hay medios de atenuar esos sufrimientos físicos que teme; le explicará cómo en el amor maternal que en ella se irá despertando encontrará fuerzas ignoradas: las alegrías que la esperan al estrechar en sus brazos al hijo de sus entrañas; el gozo del padre y la felicidad que el nuevo sér ha de traer á su hogar. Le dirá cómo su estado de espíritu contribuye á formar el de su hijo y que si desea tener un hijo afectuoso, debe serlo ella antes de que nazca; si desea un hijo feliz y tranquilo, tranquila y serena y feliz debe sentirse ella, y guardarse de cavilaciones ó impaciencias que han de hacer á su hijo caviloso, irritable y neurasténico; en un palabra, que no sólo está formando su cuerpo, sino tambien su carácter y sus disposiciones.

Cuando encuentre á su mujer abatida y desalentada, acuérdese de que el hombre no tiene idea de los sufrimientos ó impresiones de su mujer en esa época de aprensiones y temores. Tiene necesidad de ternuras y la mujer debe encontrarlas en el corazón de su marido. En los maridos es frecuente consolarlas así: «No seas loca. ¿Por qué te has casado? ¿No sabías que lo natural era que fueras madre como las otras? No sufres más que las demás; ¿á qué tanto aparato, sobre todo si nada puedes evitar?». Este no es el procedimiento más delicado.

Para muchas madres el embarazo es una enfermedad; para otras es salud Algunas son el terror de sus maridos en ese período; se sienten ellas desgraciadas, pero hacen también desgraciados á los que viven á su alrededor. Afortunadamente para ella, en esa

época la mujer pierde sus atractivos físicos y la misma naturaleza la impulsa á resistirse á las relaciones conyugales. Por las mañanas suele tener náuseas y á veces vómitos que resisten á todo tratamiento, y entonces de los consejos. Unos le dicen: «Es preciso que comas mucho para reparar tus fuerzas; debes comer por dos». Y otros: «Nada mejor que el reposo». Y á veces por un sentimiento de falso pudor se priva del aire y del ejercicio de la calle; se constituye en prisionera, sin salir á la calle ni quizá de su cuarto.

Antes del matrimonio es cuando se la debe preparar con lecturas ó advertencias útiles; en el embarazo, lo conveniente sería que no pensara en él, que se la distrajera de mil medios. Su marido debe constituirse en consejero.

Alentada por los afectuosos consejos y por la ternura del marido, la mujer hará ejercicio y se vestirá de una manera razonable; contribuirá esto á mantener su espíritu en buenas disposiciones. Que sepa que si lleva vida inactiva y no sale de casa y se resiste al ejercicio, no sólo será doloroso su parto, sino

que su hijo heredará hábitos de indolencia; si, por el contrario, lleva una vida agitada, de preocupaciones y ansiedades que la fatiguen, es muy probable que su hijo nazca agitado, nervioso, irritable. El recién casado debe convencerse de que su hogar será tal como ellos lo hagan desde el comienzo.

Escribo un libro para los maridos, pero no puedo resistir á la tentación de dar también algunos consejos á las esposas y á las madres, y nada más oportuno encuentro que este sugestivo artículo que sobre *La alimentación y la higiene de las mujeres encinta* ha publicado un periódico que se ocupa de la maternidad. Dice así:

«Desde el momento de la concepción hay que preocuparse ya del bienestar de la madre y del hijo.

»La generalidad de las mujeres temen el embarazo porque ocasiona preocupaciones, dolores y dificultades y termina, en fin, en sufrimientos intensos.

»La mayor parte de estos sufrimientos son debidos á violación de las leyes de la naturaleza; con algunas reglas de higiene muy sen-

cillas podrían haberse evitado ó atenuado grandemente.

»Como muchas me han pedido consejo, voy á dar aquí algunos, resultado de mis propias experiencias.

»Una de las causas principales de malestar es una alimentación defectuosa; otra es la mala condición de los trajes; otra la falta de ejercicio.

»El alimento debe ser nutritivo, pero no excitante. Debe comer á sus horas y en cantidad moderada. Sería preferible que no bebiera sino un poco después de la comida. Conviene no procurar el desarrollo de los huesos del niño, porque son los huesos los que hacen difícil el momento del parto. Eligiendo una alimentación que no favorezca ese desarrollo se evitan grandes sufrimientos. Son buenas las legumbres frescas y la fruta, pero es perjudicial, á mi juicio, la carne.

»Nada de comida abundante, de pastelería, salsas ó carne grasa. El té y el café son estimulantes de los nervios y del cerebro; perjudican enormemente á la madre y al niño; los vinos y licores no debe ni probarlos. En cambio pueden comer en abundancia pan y fruta, naranjas y limas, manzanas, melocotones y ciruelas. No comer hasta la saciedad, que el abuso en ella es peor que en los demás. Vale más quedarse con gana que llegar á la saciedad. Y mejor que el pan blanco, el moreno.

»Las náuseas de la mañana pueden evitarse con varias cosas. El medio más sencillo es comer fruta al acostarse. En cuanto al traje, ninguno debe pesar sobre la cintura; su peso debe caer sobre los hombros. Deben ser lo más ligeros posible, de abrigo, pero nunca estrechos. Los zapatos deben tener poco tacón y anchas suelas para evitar la inflamación de las piernas y de los pies.

»Como ejercicios son recomendables los trabajos de la casa y un poco de jardinería, pero no debe lavar ni fregar ó lustrar los suelos. Magnífico ejercicio es también el subir escaleras ó montañas. Debe respirar á pleno pulmón para que éste se llene bien de aire. La generalidad de las mujeres no respiran sino con la parte superior de los pulmones; aumentarían en dos centímetros por lo menos su pecho si respiraran con fuer-

za y plenamente. La respiración profunda no da más fuerza á la madre, pero el ejercicio que esos movimientos respiratorios producen en su cuerpo son muy útiles al niño, pues purifican y fortifican su organismo. Tened la boca cerrada y eso os obligará á respirar más profundamente. Al subir un monte ó una escalera, subid con la boca cerrada, alta la cabeza, echados atrás los hombros, y respirad así profundamente.

»Pero el ejercicio no debe ser fatigante, porque la fatiga perjudica á la vitalidad y al desarrollo del feto.

»Un baño de agua tibia, quince minutos antes de acostarse, le procurará un sueño profundo y refrescante y dará flexibilidad á los músculos. Debe secarse bien y abrigarse lo que sea necesario para evitar escalofríos. Lavarse con agua abundante ó tomar unos buenos baños fríos mantendrán bien la circulación de la sangre, pero á continuación del baño una buena fricción con una tela áspera. El masaje con aceite de oliva impide la demasiada tensión de la piel.

»Una fuerte solución de alumbre aplicada

en un lienzo sobre los pezones endurece la piel y la librará de rijas y quebrazas.

»Cualquiera que sea vuestra ocupación, que vuestra posición sea recta; el estar inclinada ejerce una presión perjudicial.

»Hasta el tercer día después del parto no debe cambiar la alimentación que tuvo durante el embarazo; entonces ya podrá comer libremente, para que la leche tenga todas las cualidades que debe tener.

»Para convenceros de la utilidad que tiene la alimentación que os recomiendo, comparad estas dos experiencias hechas por la misma madre.

»Alimentación mixta, rica y suculenta, higiene escasa, ejercicio insuficiente. Resultados: un hijo de 5 kilos, un parto doloroso de quince horas; lactancia penosa; la madre no ha podido levantarse hasta los diez días.

»Alimentación vegetal con frutas. Resultados: un niño de 3 kilos $^3/_4$; parto de una hora; la madre pudo levantarse á los seis días. Madre é hijo muy bien».

Recomendables son la mayor parte de los consejos dados por este escritor; pero yo

quiero añadir otro de la mayor utilidad, y es que comete un grave error la madre que después del parto se levanta demasiado pronto y reanuda sus habituales tareas. La revolución que se verifica en su cuerpo no es obra de pocos días; no puede completarse en menos de dos semanas. En la mayor parte de los casos sería bueno que no se levantara hasta tres semanas después, y que antes de mezclarse en las ocupaciones de la casa dejara pasar siquiera seis semanas.

Otro aspecto importante tiene esta cuestión. Con la concepción ha quedado satisfecha la necesidad sexual de la mujer; pero la del marido permanece tan activa y tan imperiosa como antes. Si con su mujer quiere tener los miramientos que debe, tenga cuidado de no excitarse y de ejercer sobre sí severa disciplina.

Los que han hecho observaciones sobre los pájaros y los animales, han notado que la hembra rechaza al macho después de la concepción y no hay posibilidad ni peligro de que éste fuerce á aquélla; en ese período la separación de sexos es completa. ¿No parece

esto una lección que al hombre da la naturaleza?

Entre los paganos ó en los países donde se practica la poligamia, el marido no toca á la mujer encinta; ¿no es extraño que en los países cristianos no se hayan puesto en esto de acuerdo la ciencia y la costumbre? Véanse algunas opiniones sobre este problema.

En su libro titulado *La vida física de las mujeres*, dice el doctor Napheys: «En los días que la mujer solía tener sus reglas, las relaciones conyugales deben quedar en suspenso. Podrían producir un aborto. Pero cuando ha pasado la época de la menstruación, no hay razón para suspenderlas por completo y pueden verificarse con moderación durante todo el embarazo. Sólo hay un caso en que deben suspenderse por completo, y es cuando en el primer embarazo haya habido aborto; porque entonces deben tomarse todas las precauciones posibles para que no se repita. Entonces deberían estar separados durante la noche siquiera los cinco primeros meses, aunque después reanudaran su vida ordinaria. Si hay aborto, deben abstenerse

durante un mes; una imprudencia en es s casos puede producir enfermedades graves de la matriz».

Otro autor dice: «El uso excesivo del acto conyugal es causa de que el embrión nazca con los órganos sexuales muy desarrollados, y contribuye á desarrollar más su precocidad sexual el dar á los niños demasiado pronto carne, té, café y otros estimulantes».

En *La ciencia de una vida normal*, dice enfáticamente el doctor John Cowan: «Repito que deben suspender toda relación sexual, no sólo durante el embarazo, sino también durante la lactancia. Es la ley de la naturaleza, la ley de Dios, y fuera de los países cristianos esa ley no se quebranta. La respetan los animales, la cumplen los salvajes, y en las tres cuartas partes del mundo esa violación se considera como una infamia. Un hombre que está con su mujer durante el embarazo es peor que un bruto. Padres, no cometáis acción tan villana; no encanalléis vuestro cuerpo; no consintáis que la pasión empañe vuestra alma pura mientras se forma un nuevo sér. Las palabras de cariño, las caricias y los besos castos deben ser la sustitución del amor carnal: eso unirá las almas de los esposos y les dará una paz y una felicidad que sólo experimentándolas podréis apreciar».

Al hablar de las necesidades físicas de la madre durante el embarazo, dice el doctor Napheys: «Durante este período, toda la fuerza de la madre se concentra en nutrir al nuevo sér y no le queda fuerza nerviosa que gastar en placeres estériles. Cada excitación tiene su eco en el hijo, quien sufre en su salud y en su crecimiento los apetitos poco naturales de la madre».

Y el doctor J. B. Black: «El acto conyugal durante el embarazo puede producir en el hijo una predisposición á la epilepsia. La excitación nerviosa de la madre sólo perjuicio puede ocasionar al tierno germen que lleva en su seno».

Y el doctor J. H. Kellogg: «El exceso conyugal nunca produce peores consecuencias que durante el embarazo. Los quebrantos de la madre son dobles, porque tiene que soportar la carga de dos vidas. Pero los resultados

son todavía más funestos para el niño. En el momento en que se está formando su cuerpo y en que sus órganos adquieren la estructura que ha de darle su vigor constitucional, se impide su desarrollo y se le comunican tendencias á enfermedades de nacimiento».

Y añade el mismo autor: «Todavía hay otra funesta consecuencia. Las sensaciones nerviosas que la madre experimenta repercuten en el cerebro del niño. Uno de los efectos más seguros es desarrollar de una manera anormal el instinto sexual del niño. He aquí la clave de la precocidad sexual y de la depravación que aflige á la humanidad. En una gran parte de la generación actual, la sensualidad es innata».

En un libro titulado *Tocología* dice la doctora Alice B. Stockman: «Si la ley de la continencia no es la ley que gobierna la vida entera, es al menos natural y razonable que lo sea durante la gestación».

Y otro médico eminente se expresa así: «Un hombre me contó una vez que el mejor parto que había tenido su mujer había sobrevenido dos días antes de lo que lo esperaba

y al día siguiente de haber cohabitado con ella. Afortunadamente no hay muchos maridos tan brutos. Lo que había sucedido es que con su imprudencia había provocado un parto prematuro. Si el parto fué feliz, sólo puede explicarlo la feliz constitución orgánica de su mujer. Pero es preferible que los esposos se abstengan durante todo el período de la gestación, porque en el acto de la procreación se congestiona la matriz y sufre alteraciones que repercuten en todo el sistema nervioso. Las energías vitales de la madre deben reservarse para la formación del niño, y el marido que comprenda esto hará mal en no privarse del placer conyugal. Que procure más bien educar y desarrollar la inteligencia de su mujer hablándole de asuntos interesantes y útiles, y él recogerá el fruto de su prudencia».

Por la procreación, Dios nos ha conferido el poder de continuar la obra de la creación. La madre está, pues, bajo la influencia del Todopoderoso desde el momento en que se ha verificado la concepción. En el cumplimiento de su misión santa, nada debe empañar su pureza.

Las citas que hemos aportado no resuelven la cuestión, pues entre ellas hay gran disconformidad. Creo que en algunas hay cierta exageración; pero ninguna es despreciable y todas deben ser rumiadas por los padres, porque lo que parece fuera de duda es que la moderación es absolutamente necesaria. Bueno es también que sepan que las imprudencias que en ese período cometan pueden provocar un aborto y ser ellos los causantes de la muerte de sus hijos y de enfermedades graves de sus mujeres.

CAPÍTULO XIV

CAMBIOS QUE PRECEDEN, ACOMPAÑAN Y SIGUEN AL EMBARAZO Y AL PARTO

Desde el momento de la concepción, durante el embarazo, al nacer el nuevo sér y en la época que sigue á su nacimiento se verifican cambios muy notables, lo mismo en el feto que en el cuerpo de la madre. Este tiene una admirable adaptabilidad para el desarrollo del óvulo, del embrión y del feto.

Para comprender mejor esta maravillosa adaptación, estudiemos su analogía en una obra humana que podamos observar á nuestro capricho; por ejemplo, en un reloj

Seis mil años han sido necesarios para producirlo; es un magnífico trabajo de mecánica y está muy lejos de tener la complejidad del cuerpo humano. Si se construyera un reloj que se arreglara por sí solo cuando se estro-

peara y que renovara sus partes cuando se gastaran, ese reloj sería un gran progreso en el arte de la relojería. Pero todavía lo sería más si pudiera producir otros relojes sin cambiar en su movimiento y en su forma. Pues bien, esa complejidad es la que encontramos en todas las formas de la vida vegetal y animal. Todas las etapas de esa vida son interesantes para el marido; pero las que le interesan de un modo especial son las que preceden, acompañan y siguen á la gestación. Los conocimientos que con estos estudios adquiera contribuirán seguramente á su felicidad y á la de su mujer y sus hijos. Estos conocimientos purificarán también su espíritu de los pensamientos groseros que con frecuencia se tienen sobre la más misteriosa y sagrada de las relaciones humanas.

Las plantas que crecen en los jardines ó florecen en los paseos públicos pueden darle ya desde luego muy provechosas lecciones.

Cuando en la primavera ó en el verano ha alcanzado la planta su perfecto desarrollo, parece prever ya su próxima destrucción y lucha por escapar de esta exterminación to-

tal. Se despierta su doble naturaleza sexual, olvida el presente y vive para lo futuro; siente palpitar en ella el misterio de la vida; la proximidad de la muerte le ha enseñado á vivir y á reproducirse centenares de veces. Se abre la flor y en momento de bella pasión perfuma la hora nupcial, llenando el aire de suave olor, que detiene el paso de los transeuntes. ¿Quién se atreverá á interrumpir este himeneo? ¿Qué ruda mano vendrá á desbaratar operación tan santa y elevada? El perfume invita á las abejas y á otros insectos á la fiesta nupcial; para ellos hay polen y néctar en abundancia. Ellos les llevan de regalo el polen fecundante de otras plantas, y al llegar las anteras de la flor se agitan como incensarios. La bella corola abriga y encanta á los huéspedes esperados. Acabó la ceremonia, la hora divina ha pasado; los óvulos han sentido el estremecimiento de la vida; la belleza se marchita, desaparece el perfume, caen á un lado los sépalos y los órganos reproductores de la planta no viven ya sino para los nuevos seres que han concebido; viven con la certidumbre de que han de participar en la

resurrección de la vida de la belleza y del perfume de la nueva primavera.

Lo que acabamos de describir bajo una forma alegórica tiene lugar en la realidad. Cualquier observador ha podido comprobar el color, la belleza y el suave perfume de la flor en el momento en que el estigma recibe el polen que ha de fertilizar los óvulos ocultos en el ovario. Efectuada la unión, la flor se marchita y los pétalos caen; el cáliz que sostenía la corola subsiste y protege las simientes que se forman y sus sépalos se inclinan hacia la tierra hasta que maduran. ¿Es esto un signo de tristeza? En modo alguno. Es la prueba evidente de su fidelidad en proteger la carga sagrada que se le ha confiado. Antes, levantaba la corola para que el sol la pudiera iluminar y contemplar; ahora vuelve hacia la tierra sus sépalos para proteger el nuevo sér contra la lluvia y otras cosas que la pudieran perjudicar.

Y lo que pasa en las plantas pasa entre los animales. Los cambios que sobrevienen en el momento de la concepción y durante el embarazo encierran una belleza maravillosa y

un profundo misterio. Los ojos brillantes, los labios rojos, las mejillas encendidas, los movimientos atractivos, la dulzura persuasiva, algo de atracción sutil é indescriptible son en la vida humana manifestaciones de lo que puede observarse en la vida de los animales. Tal vez no son esos cambios tan visibles como en las plantas, pero no son menos reales.

En la época del celo visten las aves su más rico plumaje y entonan sus más armoniosos cantos y juntos trabajan en la construcción de sus nidos. Cuando todo ha terminado y ya han puesto los huevos y comienza el período de incubación, la pluma pierde su lustre, es el canto menos frecuente y los padres se preparan á cuidar y alimentar á sus pajarillos. Todo esto se observa también en la vida humana. Pero el niño necesita más exquisitos cuidados que el pájaro para su crecimiento y alimentación. A veces pierde la madre la vivacidad de su mirada y el brillo de sus mejillas y algo de la dulzura persuasiva que tantos atractivos le daba; pero no por eso la quiere menos el marido, que á su vez siente despertar dentro de sí el amor paternal; al

contrario, es para él objeto de mayor solicitud y veneración. Y si ella es discreta y comprende la santidad y la belleza del misterio que se está operando en su seno, no tendrá ese espíritu intemperante é insoportable tan general en las mujeres encintas.

Dios ha querido que el hombre y la mujer se unan para educar al nuevo sér, porque hubiera sido carga excesiva para uno solo. Durante la gestación, la madre es débil y no puede tener independencia; necesita un protector y un defensor que la ayude á soportar los riesgos y las responsabilidades de la maternidad y que le proporcione alimento y abrigo. Y no es menos importante y pesada la tarea de cuidar y educar al hijo, una vez nacido. Si la madre muere, en el padre encuentra el hijo un refugio. Tiene éste dos padres y cuatro abuelos; tiene muchas personas que lo quieran y lo eduquen.

Si la madre está enferma, la influencia hereditaria del padre puede contrarrestar la de aquella enfermedad. Si el padre es vicioso, la madre es para el hijo un defensor y un protector. La vida y el carácter de éste son

tan importantes que han requerido esta duplicidad de amparadores de su debilidad. Y esta doble relación no sólo es conveniente al hijo sino también á los padres. Moldea y perfecciona el carácter de ambos.

Los cambios que en el embarazo se operan en el cuerpo de la madre son del más alto interés. No hay madre que abrace á su recién nacido más tiernamente que la matriz al huevo fecundado. Para su seguridad, para su alimentación y desarrollo le prepara una habitación regia. Todo el organismo de la madre parece concentrar sus energías en esta sagrada función. Y no es solo el óvulo; es también la matriz la que pasa por los cambios que va necesitando el sér que en ella se desarrolla.

Para descubrir y observar el objeto de este estudio se necesita el microscopio; porque si el huevo del pájaro contiene ya todo lo que el nuevo sér ha de necesitar para su alimentación hasta que nazca, el huevo humano tiene que alimentarse de la madre. A través de la cáscara porosa del huevo, al pájaro le llega el aire que necesita para la respiración; pero

el niño lo recibe de los mismos pulmones de la madre.

Ese minúsculo germen de vida humana, tan pequeño que sobre una moneda de diez céntimos podría colocarse un millar y que en pocos meses se ha de convertir en un organismo humano complicado, tiene ya el alma que un día ha de hacer de él un mecánico ó un químico, un orador ó un magistrado. En esos tejidos que en él se van formando pueden encontrarse ya los gérmenes de la escrófula ó de la tuberculosis, las cualidades características que han de darle propensión á la castidad ó la impureza, á la moderación ó á la incontinencia. Es como la historia del nuevo sér esbozada en el pasado de los padres. Lo que estos hayan sido física y moralmente es lo probable que sea el hijo que les nace. Y sobre él han de ejercer también grande influencia los pensamientos y la vida de su madre durante el embarazo.

Una vez fecundado el óvulo, va á posarse en un repliegue del fondo de la matriz. La mucosa se hincha y envuelve al óvulo como en una tela suave, resistente y protectora. El

huevo que durante este período ha crecido lentamente comienza á cubrirse de filamentos que se llaman vellosidades y que se implantan en la mucosa uterina, tomando por ellos el alimento necesario para la nutrición. A medida que el saco que envuelve al huevo se adhiera á las paredes de la matriz esos filamentos desaparecen, á excepción de los de la parte superior, incrustada, por decirlo así, en la matriz. Estos crecen y al tercer mes han formado ya lo que se conoce con el nombre de placenta. La placenta es un órgano redondo y ovalado, á veces de irregulares contornos; es blando, esponjoso y regado de sangre abundante; pesa unos 500 gramos; tiene de 15 á 20 centímetros de diámetro; tiene dos caras, la una adherida á las paredes de la matriz, la otra al embrión por el cordón umbilical. Es el medio de comunicación entre la vida de la madre y la del hijo; por ella y á través del cordón umbilical recibe el embrión el alimento, el oxígeno y todos los elementos indispensables para el crecimiento. Al nacer el niño, acaba su misión y es expulsada del cuerpo de la madre.

CAPÍTULO XV

CAMBIOS QUE PRECEDEN, ACOMPAÑAN Y SIGUEN AL EMBARAZO Y AL PARTO

(Continuación).

Estudiemos ahora los cambios que se verifican no en la matriz sino en el óvulo mismo. En el huevo de una gallina se observa que la yema está recubierta de una membrana muy fina, que la rodea y la separa de las otras partes, conservando su redondez. Lo mismo sucede en el óvulo humano; cuando es fecundado, su yema se fracciona primero en dos partes, luego en cuatro y así sucesivamente hasta formar como una masa granular; esa masa granular se va desarrollando en células y los lados de esas células que se ponen en contacto forman la membrana blastodérmica. Esta membrana formada en el interior

de otra que contenía la yema se fracciona en dos capas distintas, que se conocen con el nombre de membrana blastodérmica exterior y membrana blastodérmica interior. El óvulo presenta entonces el aspecto de un saquito redondo, cuyas paredes están formadas por tres capas superpuestas, cada una de las cuales contiene los elementos anatómicos que han de servir para la formación del sér. De la superior saldrá la piel, los órganos de los sentidos y el sistema nervioso central; de la segunda el esqueleto, los músculos y los órganos genitales; de la tercera, el canal intestinal con sus dependencias. El embrión así formado está rodeado de tres membranas. La más exterior se llama caduca ó caediza, porque cae en el parto y sirve de enlace entre la matriz y el óvulo; la segunda envuelve completamente al huevo y se llama caduca refleja; la tercera se llama corion; todavía dentro del corion y como formando una cosa con ella hay otra que se llama amnios, que es la que contiene el líquido amniótico, lo que vulgarmente se llama «las aguas». Este líquido protege al feto contra toda presión exterior é

impide su deformación; le asegura también libertad de movimientos y protege á la matriz y á sus órganos anejos contra el mal que pudiera hacerle el feto al agitarse. En ese líquido flota el feto durante el embarazo; cuando el momento del parto llega, se rompe el saco que lo contiene y lubrifica las partes pudendas para facilitar la expulsión del niño. Cuando la expulsión de las aguas se anticipa, el parto es seco y más penoso. Durante las primeras semanas, el embrión se nutre de lo que he llamado yema del óvulo; pero pronto la superficie lisa del óvulo se recubre de vellosidades, que arraigan en la mucosa uterina y de ella toman directamente lo necesario para el sustento. Al tercer mes, esas vellosidades ó filamentos desaparecen menos en la parte superior del óvulo en comunicación con la matriz, pues allí se espesan y desarrollan para dar nacimiento á la placenta. Este órgano tiene dos caras: una interna, que se llama placenta fetal; la otra externa, adherida á la matriz y llamada placenta maternal. Los numerosos vasos de la placenta se reúnen como los de las raíces de un árbol en un tronco

como para formar el cordón umbilical, á través del cual circula la corriente de la vida, y aunque la circulación del feto sea independiente de la madre, entre ambas hay cambios que no cesarán hasta el alumbramiento.

Veamos ahora las rápidas transformaciones que se operan en el óvulo desde la fecundación hasta el nacimiento. El doctor H. N. Guernsey, en su libro *Conversaciones francas sobre materias de que no suele hablarse*, las expone de un modo bastante comprensible. Dice así:

«Lo primero que se descubre con ayuda del microscopio es algo como una cavidad alargada y ovoidea, obtusa en unas extremidades, ensanchada en el medio y roma la punta en la otra extremidad. El embrión rudimentario está un poco encorvado hacia adelante, es de un color agrisado, de consistencia gelatinosa y de dos á tres líneas de largo. Una ligera depresión que representa el cuello nos permite distinguir la cabeza. Se distingue el cuerpo por una parte ensanchada, pero no hay huelllas de extremidades. Esto á las tres semanas.

»A la quinta semana ya se distingue mejor. La cabeza es muy gruesa en proporción del cuerpo, los ojos están representados por dos puntos negros y las extremidades superiores por dos protuberancias á ambos lados del tronco. Entonces tiene centímetro y medio. Comienzan á aparecer las extremidades inferiores bajo la forma de pequeños tubérculos redondeados. Hasta este momento se nota en él una arteria que tiene la regularidad de un pulso, pero entonces se desdobla y toma la forma de un corazón de adulto, aunque no presente más que un ventrículo y una aurícula. Se dibujan los pulmones, pero todavía no aparecen los bronquios. La cara y las orejas se advierten claramente y poco después la nariz.

»En la semana séptima se notan un hueso de la mandíbula, los riñones y los órganos genitales. Tiene entonces como una pulgada.

»A los dos meses se acentúan los rudimentos de las extremidades. Se distinguen el antebrazo y la mano, pero no se puede percibir aún el brazo. La mano es más grande que el antebrazo, pero no tiene dedos. Todavía no

puede determinarse el sexo. Se distinguen los ojos, pero los párpados son rudimentarios. La nariz forma una eminencia obtusa, la boca está abierta y la epidermis se distingue de la piel.

»A las diez semanas el embrión mide de 5 á 7 centímetros; se desarrollan los párpados y descienden hacia los ojos; comienza á formarse la boca por el desarrollo de los labios. Las paredes del pecho están más hechas y ya no se pueden ver los movimientos del corazón. Los dedos son ya distintos, separados, pero los de los pies están soldados como los de las patas de las ranas. Desde ese momento comienzan á desarrollarse los órganos de la generación...

»Al acabar el tercer mes, mide el embrión 9 centímetros y pesa 30 centigramos. Se ven los globos de los ojos bajo los párpados y ya se notan las pupilas; la frente, la nariz y los labios se ven muy claramente. Las uñas son pequeñas placas membranosas; la piel es más sólida, pero todavía rosada, delgada, transparente. Aun no se distingue el sexo.

»Al cuarto mes, el embrión se llama **feto.**

Mide 16 centímetros y pesa 120 gramos. Sobre el cráneo aparecen algunos pelos blancos, los ojos cerrados por los párpados, la boca cerrada por los labios, la nariz completa. Se ve en el fondo de la boca la lengua y se rodondea la parte inferior de la cara para formar la barbilla. Desde esta época comienza la madre á notar los movimientos del feto.

»Al quinto mes, 25 centímetros y 300 gramos. La piel adquiere más consistencia; como los párpados se han espesado, ya no se distinguen los ojos. Se desarrollan notablemente la cabeza, el corazón y los riñones.

»Al séptimo mes, 30 centímetros y 750 gramos. Cabellos espesos y largos, ojos cerrados, y comienzan á aparecer las cejas y las pestañas. Las uñas son más sólidas, la piel más tensa, pero todavía puede distinguirse la dermis de la epidermis. El hígado es voluminoso y la vesícula biliaria tiene ya bilis.

»Al fin del séptimo mes tiene 35 centímetros y 1.500 gramos, está bien formado y proporcionado en todas sus partes. Los huesos del cráneo se abovedan, el cerebro adquiere consistencia y los párpados se abren.

»A los ocho meses, 40 centímetros y 2 kilos; crece más en volumen que en longitud. La mandíbula inferior es tan pronunciada como la superior; aparecen en el cerebro las cincunvoluciones.

»Al noveno mes, el feto nace. Mide de 45 á 50 centímetros y pesa dos kilos y medio. Hay niños que al nacer pesan 7 kilos, pero esos casos son muy raros. En esta época se distinguen ya muy bien las materias blanca y gris del cerebro y se pronuncian más sus circunvoluciones; los cabellos son más ó menos abundantes en la cabeza y los órganos genitales están perfectamente formados.

»¡Cuán maravillosa é instructiva es la disposición de todos los órganos del cuerpo! En la parte superior el cerebro, que ha de llevar el gobierno de todo el cuerpo; es el primer órgano formado. Síguenle en importancia el corazón y los pulmones, que ponen en movimiento las otras partes del cuerpo. Y así se van desarrollando todos los órganos, cada uno en su momento oportuno y en el lugar que le corresponde; todos subordinados al primero, al cerebro, que los ha de regir».

Para un observador atento, en todos estos cambios hay una fuerza oculta, misteriosa de sabiduría que asombra. Los labios repiten sin querer aquella frase del Eclesiastes: «Como no sabes cuál es el camino del viento ni cómo se formaron tus huesos en el vientre de tu madre, así tampoco conoces la obra de Dios que lo ha hecho todo». O aquellas otras de David: «Tú eres el que has formado mis riñones, el que me ha tejido en el seno de mi madre. Alábete mi corazón, porque me hiciste criatura tan maravillosa. Tus obras son admirables, yo lo reconozco. Cuando se estaba formando en lugar secreto, cuando se estaba tejiendo en las profundidades de la tierra, tú me veías y me mirabas cuando todavía era una masa informe, y en tu libro estaban escritos todos los días que se me destinaban, antes de que el primero de ellos comenzara».

Consideremos ahora á la madre que ha nutrido al nuevo sér y que va á darlo al mundo. Unos días antes de ese acontecimiento se desprende la matriz, lo cual prepara la distensión de la vagina por donde ha de salir la criatura. No siente ya comprimidos el estómago

y los pulmones; está más cómoda, respira mejor y se mueve más fácilmente. A medida que se acerca el día del parto, las partes genitales externas acusan cambios notables en la vagina: son los preparativos que hace la naturaleza para la llegada del bebé. El organismo entero de la madre se prepara para el gran acontecimiento. Los senos se llenan de sangre y comienza la secreción de la leche.

Uno de los primeros síntomas de que el parto está próximo es la expulsión de pequeñas mucosidades que hasta entonces han servido para cerrar el cuello de la matriz á fin de impedir la intrusión de materias extrañas. Como su misión ha terminado y el cuello de la matriz se entreabre, esas mucosidades salen acompañadas de un poco de sangre. Mientras que el cuello, la vagina y las partes externas se ensanchan, la matriz comienza á contraerse para facilitar la expulsión del niño. Siente entonces la madre dolores que se repiten de hora en hora, de media en media hora y á veces en más cortos intervalos. Estas contracciones de los músculos abdominales van seguidas de verdaderos dolores, que

repercuten en los riñones y en la espalda y que se suceden con pequeños intervalos. Durante el dolor la contracción alcanza cierto grado de intensidad, que disminuye luego gradualmente. Pero cuando los verdaderos dolores comienzan se rompe el saco de las aguas y salen éstas lubrificando las partes pudendas y facilitando así la salida del niño. Cuando el parto es normal, lo primero que sale es la cabeza. Dura generalmente algunas horas, en casos excepcionales dura un día ó dos.

Los peligros que muchos temen en el parto no son frecuentes. Cuando la madre está sana y ha observado cuidadosamente las reglas de la higiene hay poco peligro, aunque tenga muy fuertes dolores.

Después de la expulsión de la placenta se opera en el cuerpo de la madre una revolución maravillosa. Los tejidos musculares de la matriz, de la vagina y de las partes externas de los órganos genitales se contraen inmediatamente, y todo su cuerpo se adapta á las nuevas relaciones que va á tener con su hijo.

La sangre que alimentaba al feto toma otra

dirección y los órganos que han de surtirle de alimento comienzan á funcionar.

También en el cuerpo del niño se verifican notables transformaciones después de nacer. Su corazón comienza el trabajo de la circulación completamente independiente. El aire entra por primera vez en los pulmones y le hace llorar. Durante su vida fetal, sus pulmones no han recibido más que la cantidad de sangre necesaria para su desarrollo, pero á la primera aspiración se llenan y reciben la sangre del lado derecho del corazón. Entonces se abren unos conductos y se cierran otros. Las venas, arterias y canales, que hasta entonces recibieron de la placenta la sangre y la devolvían los materiales gastados, entran en nueva relación con el cuerpo del recién nacido. Algunas arterias se cierran herméticamente ó degeneran en cordones impermeables que tendrán nuevas funciones que cumplir; algunos se transforman en verdaderos ligamentos, mientras que otros conservan su permeabilidad. Cuando ya se ha logrado el fin para que los órganos se hicieron, desaparecen ó se transforman.

¿No somos criaturas verdaderamente maravillosas? ¿No ha dejado el Creador en todas sus obras huellas de su sabiduría infinita? Que tomemos el microscopio, con el que sorprendemos los comienzos de la vida y sus desarrollos misteriosos; que pongamos nuestra consideración en la hierbecilla que huella nuestros pies ó en los astros que voltean sobre nuestras cabezas, en todas partes escuchamos los ecos estruendosos de la sabiduría de Dios. La flor, el átomo y el astro entonan el mismo canto. «Su lenguaje y sus palabras resuenan y se escuchan sonoramente, retumban en toda la tierra y sus acentos vuelan á los confines de los mundos.»

CAPÍTULO XVI

DESPUÉS DEL PARTO

Al cabo de 280 días—diez períodos menstruales en una mujer normal—acaba el embarazo. Repito que no hay en el parto peligro si la madre hizo vida higiénica; el primero suele ser más largo y doloroso; una vez terminado, acabó el dolor.

Cuando el parto es normal, cualquier partera es suficiente para dar á madre é hijo los cuidados que entonces necesitan. Pero es prudente siempre entenderse con un doctor experimentado á fin de que pueda venir rápidamente si es necesaria su presencia. Sobre todo en el primer parto.

Si ha sido rápido y no ha dado tiempo á la llegada del médico, quien haya asistido debe tener mucho cuidado de mirar si el niño ha nacido con el cordón umbilical enrollado

al cuello, desarrollándolo al momento; luego colocará al bebé bien caliente y de modo que pueda respirar con libertad.

Cuando hayan cesado las pulsaciones del cordón umbilical y el niño haya llorado vigorosamente podrá cortar el cordón y atarlo sólidamente. La doctora Alice B. Stokham dice en su *Tocología:* «Ordinariamente el niño da un grito al nacer, indicando que comienza la respiración. Sin embargo, ese lloro no es indispensable, como afirman algunos autores. Si no respira inmediatamente, un pequeño palmoteo en el pecho y en las piernas restablece la respiración. Si esto no basta, es preciso echarle agua fría en el pecho y en la cara. Y si todavía no basta esto, hay que practicar la respiración artificial; se le cierran las narices con los dedos, se le sopla en la boca y oprimiendo suavemente el pecho se expulsa el aire del pulmón, y débese continuar así mientras haya esperanza de vida.

»Es preciso cortar el cordón cuando hayan cesado por completo las pulsaciones y conviene hacerlo con tijeras sin punta y á 5 centímetros del ombligo del niño, después de

haber atado el cordón para prevenir una hemorragia.

Bueno es que el marido sepa esas cosas; pero si un médico asiste á su mujer, lo mejor es que siga sus indicaciones.

Parece natural que el marido desee asistir al parto. Si comprende los sufrimientos que su mujer está pasando, acaso con su cariño podrá servirle de mucho, y si tiene cualidades de enfermero, podrá ayudar muy bien al médico. Pero si es nervioso, si ejerce una influencia deprimente sobre su mujer, es preferible su ausencia. Cuando por necesidad ó por algún otro motivo se encuentra el marido solo en el momento del parto, no se espante. Al sacar el niño la cabeza, deberá cuidar que no se enrolle á su cuello el cordón umbilical Si lo está, debe tirar del cordón y pasarlo por la cabeza; de otro modo, la compresión que sufriría impediría que por él llegara al niño lo que necesita para vivir. En un caso extremo deberá atar el cordón á dos lugares separados unos diez centímetros y cortarlo por medio. Esto, sin embargo, conviene que lo haga una persona experimentada.

Cuando el niño ha nacido hay que tener cuidado de que sea expulsada la placenta, que suele salir á los veinte minutos, á la media hora ó más tarde aún. Entretanto la madre debe estar bien arropada; si pide de beber, no debe dársele nada demasiado caliente ni demasiado frío. La placenta debe conservarse hasta que la examine el doctor, á fin de comprobar si está completa, pues si algo de ella quedara dentro del cuerpo de la madre podría ocasionar graves complicaciones.

Luego es preciso bañar al niño y tener cuidado de la madre. Debe dejársela tranquila durante un momento. Al lavarla ó cambiarla de cama hay que tomar precauciones para evitar se constipe. Su organismo experimenta entonces una gran revolución, y un enfriamiento podría traer graves consecuencias. La fiebre, los infartos lácteos, los dolores y males que acompañan ó siguen á veces á la primera salida de la madre, son con frecuencia debidos á falta de precauciones en este momento.

Un marido que se preocupe de la salud de su mujer, no le consentirá las visitas durante varios días, porque tiene necesidad de reposo

absoluto. Si no tiene resolución para evitarlas, que encargue de ello al médico.

Cuando la madre no pueda criar y sea preciso buscar nodriza, conviene consultar al médico. La elección es muy importante, pues es preciso que su sangre sea pura y su reputación intacta, porque al abrazar ó criar al niño podría comunicarle el germen de enfermedades venéreas ó de otra clase.

Las autoridades médicas aseguran que la matriz no recobra su normalidad hasta pasadas seis semanas. Un eminente doctor escribía en el *Diario Médico* de Nueva York: «He observado minuciosamente un gran número de mujeres y he comprobado que la limpieza perfecta de la matriz de una mujer que no cría á su hijo no se realiza hasta los tres meses».

Después de un parto, normal ó anormal, deben suspenderse por algún tiempo las relaciones conyugales. Moisés era muy explícito sobre este punto. En el capítulo 12 del *Levítico* disponía que los esposos no debían reanudar su vida normal hasta cuarenta días después del parto si había nacido niño y

hasta los ochenta días si había sido niña. No se sabe bien el por qué de esta diferencia, pero indudablemente tuvo alguna razón Moisés para establecerla.

En una revista médica refería recientemente un médico un caso que acababa de comprobar. Había asistido á una mujer en cinco partos y siempre había observado en ella que al séptimo ú octavo día la temperatura de la enferma subía, indicando una perturbación física. En el último parto, el médico resolvió dar con la razón de aquella anormalidad. Al preguntar á la enferma, supo que el responsable era el marido. Semejante conducta es vergonzosa en extremo, y los actos conyugales en esa convalecencia pueden traer la muerte ó al menos desórdenes muy graves.

Después de haber bañado y vestido al niño y de haberle dejado descansar es preciso pensar en alimentarle. Su alimento mejor es el que la naturaleza le ha preparado en el seno de su madre; la primera secreción de éste se llama calostro y sirve para purgar al niño del meconio que al nacer llena sus intestinos. Cuando la madre no puede alimentarlo, debe dársele poco alimento hasta el tercer día.

Si se conocieran mejor los peligros de la lactación artificial, no se recurriría á ella tan fácilmente. Las que la adoptan por comodidad ó por no privarse de las relaciones conyugales sufren una equivocación muy lamentable. La salud de la madre como la del niño dependen de que se cumplan los deberes de la maternidad.

En las grandes ciudades hay mujeres disolutas que se desprenden de sus hijos y luego se alquilan como nodrizas. A veces consiguen colocarse en buenas familias y transmiten al niño que crían los resultados inevitables de sus vicios, tal vez los gérmenes de la blenorrea ó de la sífilis. El niño privado de la alimentación maternal se ve sometido por padres despreocupados á la necesidad de buscar sustento en fuentes envenenadas que le transmiten la corrupción, la enfermedad y la muerte.

Es una de las razones por las cuales los hijos de la clase rica son menos fuertes física, intelectual y moralmente que los hijos de las otras clases.

La paternidad, lo mismo que la maternidad, tiene sus deberes y sus placeres. Cuidar de sus hijos no sólo es un deber para el padre, es también un placer. Algunos padres proceden como si su hijo sólo lo fuera de la madre, y de él se preocupan tan poco como si se tratara de un hospiciano.

En uno de los museos de Europa hay un cuadro de Ingres que representa una hermosa escena de familia. En él se ve á Enrique IV de Francia en el cuarto de sus hijos andando á cuatro patas, sirviendo de caballo al delfín.

Algunos padres se avergüenzan de llevar y aun de coger en brazos á su hijo cuando salen de paseo con sus mujeres. Sin duda que habréis notado más de una vez el espectáculo de un padre fuerte y de alta estatura al lado de una mujer nerviosa, delicada, rendida por el peso del hijo; es ella la que lo lleva, como si no perteneciera á los dos. Antes de casarse tal vez ese mismo hombre no le hubiera consentido que llevara ni siquiera la sombrilla; pero ahora, por despreocupación ó por un orgullo necio, ni lástima le da verla sudorosa y abrumada por el peso de su hijo.

Junto á la ciudad donde vivía un caballero había un pequeño parque á donde solía ir á descansar leyendo. Cuando tuvo el primer hijo, su mayor placer consistía en llevarse á su hijo al parque; él mismo conducía el carrito, que ponía á su lado mientras leía sus libros. Alguien le manifestó que era una inconveniencia é impropio de un caballero lo que hacía, pero el padre consideró aquello como un insulto; aquel niño era hijo suyo, y cuidarlo era no sólo su derecho sino también su deber.

La presencia de un niño es una bendición para el hogar. Verdad es que hay malos padres, pero verdad es también que el marido suele reconocer los peligros y las obligaciones de la maternidad. Su hogar y sus hijos dependen de lo que él haga y de lo que él sea, tanto ó más que de la compañera de su vida.

PARTE TERCERA

Qué ha de saber con relación á sus hijos.

CAPÍTULO XVII

LA HERENCIA

En esta tercera y última parte deseamos instruir al recién casado en todo lo que se refiere á sus hijos. Para que éstos se puedan aprovechar de la cultura de sus padres, es preciso que los padres la adquieran antes de que lo sean. Después de haber recibido su herencia y de haber sido sus cuerpos moldeados, y de haber recibido ya su carácter un impulso y una dirección determinada, los conocimientos que en este capítulo se dan son ya tardíos.

Realmente no voy á decir nada nuevo. Sobre la ley de la herencia estoy llamando la atención no sólo en los capítulos sino en mis libros anteriores. A la herencia no se le debe reconocer más eficacia de la que tiene, pero no se puede negar que de la concepción al

nacimiento y en virtud de esa herencia se van en parte formando las cualidades físicas, intelectuales y morales del niño. Las influencias, las fuerzas que lo moldean, pueden compararse al trabajo del artista que hace de barro moldes que luego se han de reproducir en bronce. El éxito de la obra dependerá en parte de la calidad del barro, pero con los mejores materiales puede un mal artista hacer un mal molde. Supongamos que el artista descuida el molde que está haciendo con barro, confiado en que hará las rectificaciones necesarias en las figuras de bronce que en él haya de fundir: ese artista hace un despropósito. Al hacer su obra toda operación tiene su importancia, pero nada la tiene tan grande como la perfección del molde. El barro es dócil en sus manos y sólo entonces puede evitar deformidades que después han de tener mal remedio.

Un día preguntaban á un gran pedagogo: ¿Cuándo hay que comenzar la educación del niño? Y contestó: Veinte años antes de nacer. El célebre orador Henry Ward Beecher dijo una vez que puesto que tantas cosas

dependían de la herencia, se debería dar más importancia á la elección de los abuelos; hay un gran fondo de verdad en esta paradoja. Todo el cuidado que una mujer ponga en elegir al padre de sus hijos es poco, y lo mismo puede decirse del hombre que tiene más facilidades para hacer esta elección.

La influencia de la herencia es tan grande, que los inteligentes afirman que no hay buen caballo de carreras si no desciende de raza de caballos dedicados á las carreras durante varias generaciones. Para una carrera corta puede un caballo cualquiera tener una asombrosa ligereza; pero no tendrá, si no es de raza, la resistencia que se necesita para una carrera larga y difícil. Y á la herencia tienen que añadir los cuidados de una educación y de un ejercicio constantes. El abandono durante algún tiempo puede ser causa de degeneración.

Los especialistas suelen afirmar que sobre el temperamento y las disposiciones del niño influyen principalmente el estado de espíritu y el humor de los padres en el momento de la concepción.

También ejercen una gran influencia sobre la salud y el carácter del niño el carácter y la condición mental de la madre durante el embarazo. Hasta dónde llegan y cómo se ejercen esas influencias no se sabe: es un misterio del Creador; pero parece cierto que la tranquilidad y la pureza de la vida, la ecuanimidad, los tiernos afectos y las nobles aspiraciones ejercen sobre el feto una feliz influencia. Si una fuerte excitación mental, una gran emoción, un susto ó una fatiga excesiva pueden alterar la leche de la madre hasta el punto de que sus efectos sean sentidos visiblemente por el niño, no es de extrañar que las influencias de la madre repercutan sobre el niño en el período de la gestación, en que depende de ella mucho más.

El profesor Gates de Washington ha demostrado que el estado mental de una persona influye sobre su aliento, y analizando el vapor respiratorio con que se ha empañado un espejo puede determinar la condición mental de quien respiró. La cólera, la venganza, los celos, la alegría, el dolor, el placer y todas las emociones modifican el aliento tan seguramente como la máquina telegráfica registra los partes que se le transmiten. El profesor Gates ha logrado descifrar los diferentes estados del alma revelados por el aliento.

Y no sólo el aliento, sino también las demás exhalaciones del cuerpo dependen de la mentalidad de la persona. Está probado que el olor de una casa de locos no tiene parecido con el de otra institución. Los más meticulosos cuidados, las fumigaciones más repetidas, no pueden limpiar las salas de ese hedor sutil característico de las exhalaciones corporales de los locos.

También tienen su olor distintivo los establecimientos penales. Tan pronto como se instalan en ellos los forzados, se instala en ellos el hedor penitenciario. Y lo que se dice de los manicomios y de los presidios puede repetirse de toda institución en que las personas están clasificadas según su estado mental.

Estos hechos nos permiten comprender cómo el estado mental de la madre, que influye sobre todo su organismo, puede influir sobre el espíritu y el cuerpo del bebé, que se

forma en su seno y que constituye en cierto modo como una parte de su personalidad.

Los antiguos conocían ya la ley de herencia; pero los más grandes descubrimientos datan de los dos últimos siglos Tomás André Knight, que nació en Wormley Grange, en Inglaterra, en 1758 y murió en 1836, llegó á tales resultados en el cultivo de las legumbres y de las frutas, que es considerado como el fundador de la ciencia de la horticultura. Los resultados que ha obtenido Bakewellen en la reproducción de los corderos de Leicéster son verdaderamente admirables. Al seleccionar de los rebaños los corderos que más se aproximan al modelo obtiene una variedad de raza muy diferente al tipo original.

Comparad el jabalí con las razas de cerdos mejoradas y al momento notaréis la diferencia. Un especialista dice: «Las piernas del cerdo deben tener la longitud suficiente para que el vientre no le arrastre. Como es la parte de menos provecho, no tenemos interés en que sea más larga de lo estrictamente necesario. Comparad nuestros cerdos con el jabalí y veréis cómo hemos logrado acortar sus piernas».

Los que se dedican á la recría de pájaros, palomas y demás volátiles, han obtenido los mismos resultados Y más maravillosos, si cabe, los que han mejorado las variedades de flores y plantas que adornan nuestros jardines En vista de estos hechos, dice el doctor M. L. Holbrook: «Si no existiera la ley de la herencia, si los animales y las plantas no transmitieran sus rasgos característicos, sería perder el tiempo el intentar mejorarlos».

Parece que también entre los seres humanos, y en los asuntos de amor, debían intervenir algún tanto la previsión y la inteligencia... La ley de la transmisión hereditaria es indudable; de padres degenerados no salen naturalmente los nobles caracteres á menos de saltar á un tipo primitivo, salto que no se efectúa sin causas adecuadas. Y de hombres ilustres pueden nacer también hijos degenerados; pero es debido á que han visto decrecer sus fuerzas á causa del esfuerzo y del trabajo intensivo que en las luchas de su vida consumieron. Caídos en un estado de depre-

sión física y mental, eso es lo que han legado á sus hijos.

A veces la degeneración es debida á los vicios. Cuando el padre se entrega á excesos sensuales, al tabaco ó á la bebida, no hay necesidad de buscar otras causas. A veces tiene el niño un padre excelente, pero una madre que es mediocre ó que ha pasado su embarazo en condiciones anormales. Otras ha podido verse el niño sometido á la influencia corruptora de criados viciosos.

El labrador que desea obtener una buena cosecha considera tres cosas como indispensables: buena simiente, buen terreno y buen cultivo. Y al aplicar estas cosas al hombre, claro es que ponemos á salvo su libertad y la acción de la gracia.

CAPÍTULO XVIII

INFLUENCIAS ANTERIORES AL NACIMIENTO

El espacio de que disponemos no nos permite hacer un estudio profundo de las teorías y de los principios relativos á las influencias que se ejercen sobre el niño antes de su nacimiento. Algunas citas, sin embargo, podrán suscitar nuestras reflexiones y conducir á investigaciones que den más luz sobre esta materia.

Se dice que la madre de Roberto Burns, poeta escocés, tenía un carácter muy alegre y una memoria felicísima para retener las viejas canciones y las baladas que cantaba al hacer sus tareas habituales.

Se ha citado con frecuencia el hecho de que la madre de Napoleón, estando de él encinta, acompañaba á su marido en sus campañas militares. Durante varios meses vivió

en medio de soldados y se interesó en el arte de la guerra. Esta influencia se manifestó desde los primeros años del niño, cuyos pensamientos y conversaciones versaban siempre sobre la guerra y sus conquistas.

En su interesante y sugestivo libro titulado *Impresiones maternales*, habla C. J. Bayer de una mujer á quien durante el embarazo le limitaron los gastos, y para hacer frente á los que hacía, robaba la caja de su marido. Su hijo fué cleptómano; robó á su hermana el reloj, á su madre una cadena de oro, á su padre un traje nuevo y un alfiler con diamantes, pero nunca robó la cosa más insignificante á personas extrañas á su familia. Si las madres quieren que sus hijos sean honrados, bueno serán que lo sean ellas antes.

Guiteau, asesino del Presidente de la República Garfield, en 1881, era resultado de una maniobra abortiva fracasada. Su padre era honrado y de muy clara inteligencia. Sin recursos y cargados de hijos, la madre, que tenía escasa salud, trató de desembarazarse de su nuevo hijo tan pronto como se sintió embarazada. No lo logró. Al fin de su embarazo

tuvo una fiebre cerebral, que indudablemente reaccionó sobre el hijo que llevaba en las entrañas. El hecho es que nació débil, enfermizo y durante varios meses no hizo sino llorar. Ya crecido, fué incapaz de dominarse ni de sentir remordimientos ni vergüenza; había nacido degenerado y asesino.

Del artista Flaxman, tan célebre por sus dibujos, cuenta el doctor Napheys lo siguiente: «Desde su infancia manifestó una gran predilección por el dibujo. Su madre, mujer de gustos artísticos y refinados, decía que durante su embarazo empleaba algunas horas del día en estudiar grabados y en fijar en su memoria retratos hechos por pintores célebres. Estaba convencida de que el genio de su hijo era fruto de su propia cultura estética».

No hace mucho tiempo llamó mi atención una señora que tenía dos hijas gemelas; me contaba que durante su embarazo había pasado sola los días entretenida en leer, y que sus hijas á los dos años en vez de juguetes pedían libros para entretenerse.

C. J. Bayer habla de una madre muy joven que fué durante su embarazo objeto de las

burlas de sus amigas, quienes la señalaban con el dedo diciéndole: «¿No te da vergüenza de estar en ese estado?». A consecuencia de esas burlas se refugiaba en su cuarto y lloraba amargamente. Pues bien, su hija, de seis años de edad, no podía soportar que nadie la señalara con el dedo, y al advertirlo se echaba á llorar desesperadamente.

Cita también el caso siguiente: «Tenía una mujer un niño muy listo y muy desarrollado, de tres meses de edad. Cuando sus amigas se extrañaban de aquella precocidad intelectual, la madre les decía:—Yo se la he comunicado. —¿Cómo?—le decían. Y ella replicaba:—Muy sencillo; cuando iba yo á la escuela, veía tantos niños tontos, incapaces de entender ni de retener lo que se les decía, que al casarme tuve el deseo intenso de tener un hijo que lo comprendiera todo pronto; durante mi embarazo he concentrado en este deseo mis pensamientos y me hacía la ilusión de que obtendría así un resultado favorable. Había oído decir que esto era posible y ahora tengo de ello una certeza absoluta».

El doctor Napheys cuenta de la mujer de

un panadero que durante su embarazo vendía pan en la tienda. Casi todos los días venía á comprar un panecillo un muchacho que tenía dos pulgares en una mano y que siempre le presentaba la moneda entre ellos y el índice. A los tres meses la madre dejó la panadería, pero aquella deformidad había hecho tal impresión sobre su espíritu que no se sorprendió al verla reproducida en su hijo.

Recientemente he oído hablar de una madre que dió á luz un hijo con una sola mano. La otra parecía cortada. Ella lo atribuía á que durante los primeros meses de su embarazo había vivido con ellos un hermano de su marido á quien le habían amputado una mano. La impresión mental continua que le había producido era, á su juicio, la explicación de aquella deformidad.

Por eso habría mucho que decir sobre los antojos de las mujeres casadas. En general se puede decir que vale más que no los tengan, que suelen ser una carga impertinente y molesta; pero que si no son perjudiciales, vale más satisfacerlos prontamente.

He leído la historia de una madre que nunca bebía licores y que en un embarazo tuvo el antojo de beberlos. Su marido, abstinente convencido, decidió que su mujer tomara un poco de licor como si se tratara de un remedio para quitarle el antojo y salvar al niño. Este nació normal y no manifestó nunca gusto por las bebidas. Pero si el uso de esta bebida hubiera sido continuo durante el embarazo, el niño hubiera nacido con propensión á la embriaguez. Numerosos casos lo han confirmado. También se dan casos de padres intemperantes que han tenido hijos refractarios á las bebidas. Tal vez sus madres soportaban el vicio de sus maridos y deseaban ardientemente durante el embarazo que sus hijos fueran sobrios, y así los predispusieron á la abstinencia de las bebidas alcohólicas.

Hablando de las influencias anteriores al nacimiento en su libro *La Castidad*, dice el doctor Dio Lewis: «No es exagerado decir que se puede sugerir al niño, antes de nacer, la predisposición y aun las grandes facultades para una profesión ó un oficio. Si la madre lo desea con intensidad y perseverancia,

puede estar segura de que sobre su hijo quedará la huella de su deseo».

Y sobre el mismo asunto, dice el doctor Napheys: «¡Qué pensamiento tan agradable! ¡Qué estímulo para que las madres cultiven los nobles pensamientos, las puras emociones, los sentimientos elevados!»

El carácter y las disposiciones de los hijos denuncian con frecuencia las influencias que rodearon á la madre en el embarazo. Generalmente se parece más el niño al padre que á la madre, y es que la madre piensa y recuerda más el semblante del marido que el suyo propio. Los niños que nacen en un período de prosperidad financiera suelen ser generosos y á veces pródigos. Los que nacen en épocas de estrechez suelen ser económicos y á veces avaros.

Las influencias anteriores al nacimiento son sutiles y poderosas, no hay medio de contrariarlas. La medicina ha hecho mucho para corregir defectuosidades, curar miembros rotos ó deformados, pero nada ha hecho hasta ahora para evitar la causa de esos males. Y es preciso que los padres se convenzan de

que vale más prevenir que remediar. Los que trabajan por la transformación de los adultos hacen bien, pero si hubiera medio de hacer innecesaria esa transformación sería mucho mejor.

Antes de acabar con esta materia quiero decir una palabra de consuelo á los padres que han tenido la desgracia de tener hijos deformes. Dios ha hecho el corazón de los padres tan grande que aman tanto más á los hijos cuanto más deformes son. Recientemente parió una mujer un niño con hocico de liebre. Estaba muy débil y temían enseñárselo; la impresión podía herirla de pronto. Cuando lo vió, exclamó: «Pues á pesar de eso es mi hijo y lo quiero tanto como si fuera el más hermoso».

Es también consolador el saber que las manchas de nacimiento disminuyen y con frecuencia desaparecen con el tiempo. El doctor Russegger cuenta de una mujer encinta á la que un perro mordió en una pantorrilla. Se asustó, pero en el momento no tuvo ninguna aprensión con relación á su hijo. Diez semanas después dió á luz y el niño llevaba

en una de sus pantorrillas huellas de los dientes que el perro había clavado en las de la madre. A las cinco semanas casi habían desaparecido y poco á poco desaparecieron por completo.

No es bueno que la madre se esté preocupando constantemente del sexo de su hijo antes de su nacimiento, porque podría influir sobre el feto. Podría nacer un niño con propensiones femeninas ó una niña con gustos de hombre.

Dar á luz hijos ó hijas á voluntad es una fantasía que no tiene seriedad científica alguna. Las teorías que circulan sobre esto son risibles ó al menos ninguna merece confianza.

Algunos creen que influyen sobre el sexo del niño las fases de la luna. Otros lo atribuyen á la estación en que el óvulo fué fecundado; otros al alimento que la madre tomó antes de la concepción y durante el embarazo. Los partidarios de esta última opinión creen que en la prosperidad y la abundancia prepondera el número de las hijas y en la estrechez el de los hijos, porque la alimentación es menos abundante. Piensan otros que

el óvulo alterna de sexo á cada menstruación. Otros que dependen de la edad de los padres y que por eso nacen hijas cuando el padre es de más edad que la madre. Otros que la explicación está en la vitalidad superior de uno de los cónyuges. Estas dos últimas opiniones han sido refutadas por especialistas. Otra opinión hay más generalmente aceptada, según la cual los hijos concebidos del segundo al sexto día después de la menstruación son niñas y los concebidos del noveno al duodécimo son niños. La curiosidad excesiva y el deseo anormal de algunos padres de tener hijos de sexo determinado son una mina para los impostores que viven á costa de la credulidad ajena. Los métodos que recomiendan estos charlatanes de la ciencia son en general inofensivos, pero hay algunos peligrosos y que verdaderamente envilecen. Sólo los mentecatos recurren á estos expedientes.

Nadie puede forzar á la naturaleza á descubrirle su secreto; no se ha conseguido al menos hasta ahora. Tal vez Dios lo ha colocado fuera del alcance de los hombres; tal vez se lo ha reservado para siempre.

CAPÍTULO XIX

LA INFANCIA

No deben desatalentarse los padres al sorprender alguna anormalidad en los hijos que les nacen. Con la educación pueden corregirlos y obtener resultados maravillosos. Un árbol torcido puede ser fácilmente enderezado cuando es joven; sin duda que hubiera sido mejor que estuviera recto, como sería también preferible que el niño hubiera nacido física y moralmente bien constituído; pero más vale enderezar al árbol y al niño que no ver torcer al árbol recto ó perderse un niño bueno mental, moral ó físicamente. Es obra de educación. No faltan libros y revistas que los puedan ilustrar, y yo me voy á limitar á tratar de algunos puntos importantes.

Muchos padres piensan que sólo cuando el niño sea ya de tres ó cuatro años tendrán el

deber de preocuparse de su educación. Están en un error. Los tres primeros meses son la clave de la infancia y los dos primeros años la clave de la niñez; ésta á su vez determinará la adolescencia, como la adolescencia influirá sobre la juventud y la madurez de la vida. En los dos primeros años se esbozan el carácter y los destinos del niño. El que no ha sido educado en ese período corre ya el riesgo de ser un indisciplinado toda su vida.

Las horas de las comidas, la duración del sueño, el saber si hay que mecer ó coger en brazos al niño cuando llora, todo esto tiene una gran importancia en sus comienzos. Más de una madre se ha hecho esclava toda su vida por errores cometidos en las primeras semanas de la vida de su hijo.

Los padres deben proteger á sus hijos contra la idiota costumbre de besarlos, que tanto puede comprometer su salud. Entre las personas que las abrazan y las besan puede haber alguna que está tuberculosa ó tenga alguna otra enfermedad contagiosa y entonces el mal que le hacen es irreparable. He leído en una revista médica un caso horrible: los

padres tenían un pensionado de jóvenes y uno de los pensionistas besó al niño, contagiándole así una de las enfermedades más repugnantes. Y ese peligro existe en todas las clases de la sociedad.

No ahorréis cuidado ni gasto para que la habitación del niño sea higiénica y alegre. Los padres deberían ser los mejores compañeros de sus hijos y elegir sus juegos y distracciones y sus libros, y más necesario que nada es que en la vida del niño se deje sentir la presencia y la influencia de la madre. Hay madres que entregan sus hijos al cuidado de nodrizas ó criadas por dedicarse por completo á los cuidados de la casa ó á los deberes y placeres de sociedad, sin pensar que todo eso es muy secundario cuando se lo compara con los altísimos deberes que la maternidad le impone. Muchas madres, en otros aspectos excelentes, consideran la crianza y educación de su hijo como una carga insoportable, sencillamente porque tienen pervertido el sentimiento de la maternidad. Racional es descansar de cuando en cuando á la madre de los cuidados del hijo; pero si tiene verda-

dera ternura maternal, ninguna compañía será para ella tan agradable como la de sus hijos.

Cuando hay absoluta necesidad de confiarlos al cuidado de domésticos, los padres deben ejercer una vigilancia activa é incesante para preservar su pureza. Centenares y millares de niños son anualmente víctimas de los vicios que les comunican sus criadas. El peligro es tanto mayor cuanto que suele encargarse á la criada de la tarea de desnudar y echar al niño en la cama. Para que se calme y duerma pronto tratan de despertar en el niño sensaciones que los tranquilizan y acallan, pero que ejercen sobre su sistema nervioso una influencia desastrosa. Como las madres difícilmente caen en estas sospechas, conviene llamar la atención de los padres sobre tan grave peligro.

También debe evitar que se les asuste, que se les haga miedosos en la oscuridad, que se les llene la imaginación de seres fantásticos, que se les amenace con el coco ó con la policía. Tengan presente que en esa edad los domésticos suelen hacerlos embusteros; en ella

aprenden los giros incorrectos de expresión, y si la niñera ó la nodriza es ignorante y se la permite llevarlo á paseo y reunirse libremente con cualquier niño, aprenden en poco tiempo más malicias de las que puede librársele en mucho.

Muy importante es también que los padres recuerden el deber que tienen de preservar á sus hijos contra los pecados solitarios. Es muy frecuente en los padres pensar que ese vicio no ha de manchar á sus hijos; á los demás, sí; á los suyos, no; son demasiado inocentes. He conocido á muchas madres que se horrorizaban é indignaban ante la sola sospecha de que se pensara eso de sus hijos; pero más cautos los padres los han observado y vigilado, y han sorprendido dolorosamente que ya estaban contaminados. El contagio les había venido de un camarada desvergonzado, de un criado ó del azar sencillamente. Nunca será excesivo el cuidado que sobre esto se tenga. Si tienen tendencia á llevarse las manos á sus partes, debe tenerse cuidado de limpiárselas bien, y si aun continúan, consultar al médico.

Cuando el niño se aproxime á la edad de la pubertud lo observaréis desmañado, su voz cambiará, empezará á apuntarle el bozo, se volverá arisco y poco sociable; no os burléis de él. Tened presente que en esa época, lo mismo los niños que las niñas necesitan más que nunca de vuestra ternura; ellos mismos no se explican bien lo que les sucede y conviene dirigirlos con exquisita prudencia. Dos libros hay en esta colección que podrán prestarles excelentes servicios: *Lo que debe saber el joven* y *Lo que debe saber la joven*. Los padres deberán juzgar cuándo es oportuno que los lean y qué parte de ellos les interesa leer.

Preocupaos de todo lo que se refiera á la educación de vuestros hijos. En ella tienen gran importancia los libros de estampas, las canciones infantiles, la plegaria de la noche, la música en familia, la conversación amable é ingeniosa y pura, el consejo discreto. En la escuela velad porque no destruya el maestro los principios que vosotros les inculcáis. No les dejéis salir por la noche, haciendo porque no sienta la necesidad de salir. No consideréis

nunca como despilfarro lo que pueda hacer á vuestros hijos puros y buenos.

Alejad de ellos todas las tentaciones que el contacto con otros niños les pueda traer, y ni en casa ni fuera consintáis que duerman con otros.

Desarrollad sus fuerzas físicas. Si en su colegio no hay gimnasia, hacedles seguir un curso particular ó compradles al menos unas pesas y que la hagan en casa. Inspiradles gusto por los ejercicios al aire libre y el deseo de ser vigorosos y fuertes. Enseñadles á dominar sus apetitos y regulad, en fin, su vida de modo que lleguen á tener «una alma pura en un cuerpo sano».

No descuidéis tampoco su educación moral. Que sean morales y capaces de inspirarles buenos sentimientos los libros y periódicos que pongáis á su alcance. Enseñadles á amar el bien y á encontrar placer en practicarlo. Llevadlos á la iglesia y no turbéis su fe infantil. Acordaos del amor infinito con que Jesús recibía á los niños. Los hombres que en el mundo ó en la iglesia han dejado huella durable han sido generalmente piado-

sos en su infancia, y de muchos santos sabemos que se volvieron ó se consagraron á Dios en sus primeros años.

Y ahora separémonos. Al estrechar vuestra mano, os doy la seguridad de que si habéis comprendido la santidad del matrimonio, si á él lleváis la pureza y la honradez que tenéis derecho á esperar de vuestra esposa, si hacéis un uso prudente de vuestros privilegios y estáis dispuestos á imponeros la disciplina personal indispensable para vuestra dicha, obtendréis todas las bendiciones que Dios ha querido otorgaros en el matrimonio, en el hogar y en la familia.

INDICE

PÁGS.

PRÓLOGO. 5

PARTE PRIMERA

Qué ha de saber un recién casado respecto á si mismo.

CAPITULO I

EL MATRIMONIO

Nueva esfera de vida para el hombre.—El matrimonio responde á las aspiraciones de su sér y le procura una gran felicidad.—El amor transforma la naturaleza.—El despertar de la vida reproductiva en el campo y en el bosque.—La razón debe dirigir á la pasión.—El instinto sexual no es un mal.—El vicio y la lujuria no pueden dar la felicidad.—Debemos destronar la lujuria y entronizar al amor.—Justificación de este libro. 11

CAPITULO II

DIFERENCIAS ENTRE LOS SEXOS

Cada sexo es superior en su esfera.—Diferencias entre el hombre y la mujer.—Diferencias físicas.—Diferencias intelectuales.—Mayor sensibilidad de la mujer.—Primeras manifestaciones del sexo.—Toda la vida procede de un óvulo.—Ovulo humano.—Este es siempre pasivo.—El espermatozoide es siempro activo.—Su notable vitalidad.—Celeridad del pulso en los niños recién nacidos.—Mayor actividad de los niños.—Nacen más niños, pero mueren también más.—Las mujeres tienen mayor resistencia y alcanzan mayor longevidad.—Las leyes civiles reconocen esta mayor pasividad de la mujer. 17

CAPITULO III

DIFERENCIAS ENTRE LOS SEXOS

(Continuación).

El temperamento de la mujer contribuye á dar estabilidad á la vida.—El del hombre la preserva del estancamiento.—Ambas influencias se completan y corrigen.—Ley de la semejanza mental y física en los que han hecho muchos años de matrimonio en buena armonía.—

Por qué las mujeres tienen tan robusta condición moral.—Beneficios que esto reporta al marido y á los hijos.—Las tribus salvajes presentan los caracteres del tipo masculino.—Las naciones civilizadas presentan los caracteres del tipo femenino.—La unión de los sexos desarrolla las más elevadas cualidades características de cada uno.—Beneficios que obtienen los esposos de la unión de la actividad del marido con la pasividad de la mujer. 27

CAPITULO IV

CUALIDADES INDISPENSABLES Á LOS ESPOSOS

Cualidades de un buen marido.—Su amor á la mujer y al hogar.—El hogar y el casino.—Derecho de la mujer á participar de las distracciones y placeres del marido.—La mujer necesita la distracción y el descanso todavía más que el hombre.—Descripción que hace el Dr. Farrar de un marido atento con su mujer.—Propensión natural de la mujer al mimo y al trato galante.—Falsas ideas sobre la mujer y sobre las relaciones conyugales.—Maridos y mujeres dominantes.—Las tribus indias.—Enseñanzas de la Escritura.—El trabajo es esencial á la felicidad conyugal.—La piedad en el hogar. 39

CAPITULO V

PÉRDIDAS FÍSICAS QUE PRODUCE LA PROCREACIÓN

Antes de levar anclas se rectifica la brújula.—Ignorancia general sobre lo que se refiere á los sexos.—Lecciones que nos da la reproducción de las plantas.—El musgo verde de los estanques.—La muerte como resultado de la reproducción en los peces.—La reproducción en los insectos.—La colmena y su reina.—En los pájaros, la reproducción ya no ocasiona la muerte.—En los animales el óvulo y el esperma quedan reducidos á proporciones microscópicas.—La procreación ocasiona una pérdida de fuerza vital.—Entre los animales la propensión á reproducirse es periódica.—En el hombre es más continuada.—Beneficios de la continencia.—A veces es un deber absoluto.—Ejemplos. 61

CAPITULO VI

MODERACIÓN EN EL MARIDO

Doble naturaleza del amor.—Tiene en la materia las raíces y la flor en el espíritu.—No debe confundírsele con la lujuria.—Tres teorías sobre las relaciones conyugales.—Satisfacción sexual ilimitada del marido.—Sólo para los fines de la procreación.—Como medio de manifestarse los esposos su mutuo amor.—Deben tener por objeto no sólo la perpetuidad de la raza, sino también el bienestar y la prolongación de la vida de los esposos.—¿Cuándo se dirá que hay moderación en el marido?—Dificultad del problema.—El instinto sexual, como todos los demás, debe ser enfrenado por la inteligencia.—Consejos de Jeremías Taylor.—Enérgicas palabras de la señora E. B. Duffey.—Limitaciones que ponen algunos médicos especialistas.—Imposibilidad de una ley general.—Es preciso considerar las condiciones físicas de ambos esposos.—Efectos degradantes de los excesos sexuales.—Respecto á los deseos de la mujer.—Importancia de dormir en lechos ó en habitaciones separadas.—Los ejercicios físicos como correctivo.—El dominio sobre las pasiones cuesta, pero vale mucho.—La lucha no es inacabable. 73

CAPITULO VII

DEFECTOS Y DEFORMIDADES

Aprensiones.—Procedimientos necios ó perjudiciales para evitarlas.—La verdadera impotencia es muy rara.—No debe consultarse

sino á médicos de moralidad y de competencia.—Cómo librarse de las aprensiones. — Las deficiencias son todavía menos frecuentes en la mujer que en el hombre.— Importancia de que el marido trate á su joven esposa con grandes miramientos.—Las enfermedades de la matriz son frecuentes. —Las que tienen esa enfermedad no deberían casarse hasta su completa curación. — Medio legítimo al alcance de la novia para conocer su estado físico antes del matrimonio. 91

CAPITULO VIII

PUREZA Y FIDELIDAD

La dicha conyugal depende de los acontecimientos cuotidianos y de los pequeños detalles.—El mal olor de la boca.—El uso del tabaco.— Efectos del tabaco sobre la mujer y los hijos.— Efectos de las bebidas sobre la descendencia. — Deberes de fidelidad.— Estragos físicos de la impureza.— Sufrimientos que puede ocasionar á la mujer inocente.—Testimonios de algunos autores.—Efectos de la impureza del marido sobre la mujer, sobre los hijos y sobre sí mismo. 97

PARTE SEGUNDA

Lo que ha de saber con relación á su mujer.

CAPITULO IX

LA RECIÉN CASADA

Importancia de las instrucciones contenidas en el anterior volumen.—La mujer experimenta menos los deseos sexuales que el hombre.—Se pueden dividir todas ellas en tres clases.—Es muy numerosa la de las mujeres que apenas tienen instinto sexual.— Causas de esta indiferencia.—A la segunda clase pertenecen las mujeres cuyo instinto sexual es normal.—A la tercera, las sensuales.—Desastres de la sensualidad en la mujer.—Entre los animales, la hembra determina el momento de la procreación.—Entre ellos la violación es imposible.— Esclavitud de la mujer.—Cambios que sobrevienen en la época crítica de los esposos.—Efectos visibles de las relaciones conyugales en los recién casados.—Causas y remedios de una excesiva irritabilidad sexual. 109

CAPITULO X

CUIDADOS QUE RECLAMA LA RECIÉN CASADA

Pocos recién casados guardan á sus mujeres los cuidados que éstas necesitan.—Algunas ignoran por completo lo que se refiere á la relación de los sexos.—Fatiga de las jóvenes en los preparativos de la boda.—Esposas ignorantes y maridos inconsiderados.—La repulsión entre los esposos comienza con frecuencia en la noche de bodas.—Costumbre de los griegos.—Un ejemplo sobre que meditar. — Consejos del doctor Guernsey.—Advertencias de la señora Duffey á los esposos impacientes. — Lo que dice el doctor Napheys sobre la prudencia de los esposos. — La virginidad. — Hijos anormales ó idiotas á consecuencia del exceso en la bebida.—La vida del hogar y la vida á pensión para el matrimonio.—El peligro de las deudas.—Trabajo, dicha y salud.—Medio de gozar de una felicidad durable. 119

CAPITULO XI

LA RECIÉN CASADA Y LA MATERNIDAD

Deberes múltiples de la mujer.—Esposas y madres mártires de su deber.—Miramientos que los maridos deben tener con ellas.—La paternidad es el gran objeto del matrimonio.—El que elude este deber introduce en su hogar la lujuria y atrae sobre su cabeza un gran castigo.—La reina Victoria de Inglaterra.—Causas que sugieren á la mujer el miedo á la maternidad.—Cómo los hijos contribuyen á moldear el carácter de los padres.—Son la cadena de oro que une á los esposos.—Atenúan los choques y los disgustos de familia.—Son la bendición de sus padres.—El deseo de tener hijos es natural y legítimo.—Esterilidad y sus causas. 131

CAPITULO XII

CUESTIONES REFERENTES Á LA DESCENDENCIA

Es muy natural en los esposos el deseo de tener hijos.—Algunos, sin embargo, tratan de eludirlo.—El crimen del aborto voluntario.—Algunos se imaginan que no come en crimen si el feto no ha adquirido todavía movimiento.—Testimonios médicos.—La salud y la vida de la madre son muchas veces sacrificadas por el aborto.—Carácter de los niños recibidos con disgusto y oposición.—Transmisión de la tendencia al asesinato.—Instrucción deficiente de las jóvenes.—

Cómo los maridos pueden ser responsables del crimen de su mujer.—Testimonios.—Limitación culpable y criminal de los nacimientos.—Casos en que no convendría tener hijos.—¿Hay medio de regularizar el número de los nacimientos?—Preparación para la maternidad.—Estado mental de los esposos en la procreación. 145

CAPITULO XIII

EL EMBARAZO

Durante el embarazo la madre debe ser rodeada de cuidados y ternuras.—La ignorancia sugiere á veces temores y miedos injustificados.—Cómo vencerlos.—Cambio de carácter en algunas mujeres después de la concepción.—Deber del marido en tales casos.—Conveniencia de ilustrar á la mujer antes del embarazo.—Los libros útiles.—Consejos preciosos sobre la alimentación, el descanso y los ejercicios de la mujer embarazada.—Errores que se cometen después del parto.—Las relaciones conyugales durante el embarazo.—Los pájaros y los animales.—Costumbres de los pueblos gentiles.—Importancia de un embarazo tranquilo. 171

CAPITULO XIV

CAMBIOS QUE PRECEDEN, ACOMPAÑAN Y SIGUEN AL PARTO

Maravillosa adaptabilidad del cuerpo de la madre para la reproducción.—Comparación con el reloj, con las flores y con los pájaros.—Transformaciones que se verifican en el cuerpo de la madre.—Por qué el niño tiene padre y madre.—La matriz parece tener inteligencia.—Cambios en el óvulo.—Su recepción en la cuna regia de la matriz.—En él están ya los rasgos característicos del padre y de la madre.—Cómo se alimenta el germen al principio.—La placenta y su misión. 187

CAPITULO XV

CAMBIOS QUE PRECEDEN, ACOMPAÑAN Y SIGUEN AL PARTO

(Continuación).

Formación del saco que envuelve el nuevo germen de vida.—Formación de la membrana blastodérmica.—Diferentes membranas

que rodean al embrión.—La placenta y el cordón umbilical.—Cómo crece el embrión.—Cambios en la madre al aproximarse el parto.—Dolores preparatorios.—El parto.—Cambios maravillosos en el cuerpo de la madre después del parto.—Cambios en el cuerpo del niño después de nacer. 197

CAPITULO XVI

NACIMIENTO DEL NIÑO

El parto.—Dolores que lo acompañan y siguen.—Lo que le conviene saber al marido para el caso en que tenga que asistir al parto de su mujer.—¿Debe el marido estar presente?—La primera necesidad del niño.—Cuidados á la madre.—Nada de visitas.—La elección de nodriza.—La madre no vuelve á la normalidad hasta pasado un período que oscila entre las seis semanas y los tres meses.—Las relaciones conyugales después del parto.—El primer alimento del niño.—Peligros de las nodrizas viciosas.—Las alegrías de la maternidad.—Deberes del padre para con sus hijos. 211

PARTE TERCERA

Lo que ha de saber con relación á sus hijos.

CAPITULO XVII

LEY DE HERENCIA

Los tres períodos en que principalmente se forma y se moldea el cuerpo y el carácter del hijo.—La estatua y su molde.—La educación del niño comienza veinte años antes de su nacimiento.—La herencia en los caballos.—Efectos del estado mental de la madre sobre el feto en formación.—Las emociones producen cambios químicos en el alimento.—Estado físico y mental y las exhalaciones del cuerpo.—Olor característico de los manicomios, presidios, etc.—Resultados obtenidos en el cultivo de las flores y las plantas y en el mejoramiento de las razas de pájaros y animales.—La herencia en la especie humana.—Hijos degenerados de padres ilustres.—Las causas —Las tres cosas esenciales para una buena cosecha: la buena simiente, el buen cultivo y el buen terreno. 223

CAPITULO XVIII

INFLUENCIAS ANTERIORES AL NACIMIENTO

Ejemplos. — Roberto Burns.—Napoleón.—Un cleptómano.—Cómo algunos han llegado á ser asesinos.—Guiteau.— La madre de un artista.—Deformidades.—Un niño con dos pulgares.—Un niño sin una mano.—Teoría de Bayer.—Los antojos.—Ejemplos.— Una palabra de consuelo á los padres que tienen hijos deformes.—La determinación del sexo. 231

CAPITULO XIX

LA INFANCIA

Posibilidad de formar y reformar al niño durante la infancia.—Importancia de los dos primeros años.—El peligro de los besos.—Necesidad de preservar á los niños contra los vicios de las domésticas.—Los peligros de los vicios solitarios.—Deber de los padres en el momento de la pubertad.—Educación física y moral.—Conclusión. 241

6

12
5!
60

Sublime
Inspiracio
3 los Histeños

Hernandez